



Roberto Wong
París D. F.



Galaxia Gutenberg

PARÍS D. F.

ROBERTO WONG

ROBERTO WONG

París D. F.

I Premio Dos Passos a la Primera Novela

Galaxia Gutenberg

ROBERTO WONG

Nació en Tampico. Tamaulipas, el 8 de octubre de 1982. Desarrolló su gusto por las historias leyendo cómics» pasión que luego se trasladó a la literatura. Ha vivido en Londres y en la Ciudad de México. Ocasionalmente colabora con reseñas y artículos en distintas revistas en México» además de mantener un blog con reseñas de libros. Actualmente radica en San Francisco. París D. f. es su primera novela.

En París D. E todo empieza con un mapa, mejor, con dos mapas superpuestos. Arturo, el protagonista, es un joven que lleva una vida anodina y que pasea por las calles del Distrito Federal buscando la superficie de los 105 kilómetros cuadrados de París, ese espacio soñado, ajeno a la crueldad, donde pueda suceder lo extraordinario. Un día, un atraco en la farmacia en la que trabaja trastoca su vida. El delincuente, abatido por la policía, muere a sus pies, pero la sensación de que La bala podía haberle llegado a él es demasiado perturbadora. Nada será igual a partir de ese momento en el que toma en sus manos la llave del azar, pero todo se decanta en la dirección no deseada: la violencia, el sexo, el cruce de tiempos y destinos paralelos. Realidad y delirio se confunden en esta novela en la que Roberto Wong nos habla de la ley de las probabilidades y de la mala suerte, pero también de la supervivencia y de las agresiones de las ciudades que habitamos, París D. F. nos descubre una voz osada, original, capaz de sacudimos.



Un jurado compuesto por Susana Fortes, Javier Goñi, Andrés Ibáñez, Antonio Iturbe, Antonio Orejudo. Emma Rodríguez y Marta Eanz concedió a esta obra el 1 Premio Dos Passos a La Primera Novela, que convocan Ámbito Cultural de El Corte Inglés, la agencia literaria Dos Passos y Galaxia Gutenberg.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.^a 1.^a
08037 Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2015

© Roberto Wong, 2015
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg. S.L., 2015
Imagen de sobrecubierta: Manila © Ricky Dávila, 2005

Conversión a formato digital: María García
Depósito legal: B. 261.04 2014
ISBN: 978 84-16252-541

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los

apercibimientos Legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de La obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

¿Por qué no tú, en esta ciudad y en esta noche tan semejante a las demás que se
confunde con ellas?

MARGUERITE DURAS.
Hiroshima, mon amour

Y, además, todo el mundo puede hacer lo mismo. Basta con cerrar los ojos.

LOUIS FERDINAND CÉLINE,
Voyage au bout de la nuit

0

Primero pensé que estaba acostado boca abajo. Luego recordé que estaba boca arriba. Respiré. Había un olor dulce en las sábanas. Olor a recién lavado, a suavizante. La idea me vino a la mente como un eco: París tiene una superficie de 105 kilómetros cuadrados, alrededor del siete y medio por ciento de la Ciudad de México. Si quisiéramos saber a qué espacio físico del Distrito Federal correspondería esta área, primero tendríamos que definir un centro, el punto inicial desde el cual fuera posible circunscribir esta extensión.

Tengo una almohada en la cara. Recordé: proyectar ambas coincidencias era posible a partir de la fórmula $a = \pi r^2$. Si a es igual a 105 km², despejar r es una ecuación simple que da como resultado $\sqrt{105/\pi}$, es decir, 5,78 km. Lo que resta sería trazar el radio resultante hacia cualquier punto cardinal y circunscribir su extremo a partir del centro.

Intento mover los dedos. París tiene una superficie de 105 kilómetros cuadrados. Esto corresponde al siete y medio por ciento de la superficie de la Ciudad de México.

Sobrepuse dos mapas y comencé a calcular. Lo que siguió fue escoger el lugar del que equidistan todos los puntos: República de El Salvador, 97, Farmacia París, epicentro alrededor del cual gira mi vida. En París, este centro debiera situarse en la catedral de Notre Dame.

Lo demás fue sencillo: sobreponer el espacio resultante y hallar las coincidencias. Recorrer en el Distrito Federal una serie de coordenadas a partir de este mapa significaba recorrer el París consecuente del otro lado del orbe. Un París imposible, pero no menos real. Una ciudad imaginada no tendría por qué ser menos memorable.

Así, París estaría delimitado en oriente por el aeropuerto Benito Juárez, hasta el bosque de Chapultepec por el otro lado. El Boulevard Périphérique

sería Eje 3 Norte y Ángel Urraza en el sur, que después se convierte en Independencia. La Torre Eiffel estaría en Reforma e Insurgentes. Trocadero sería Sullivan. Sacre Coeur estaría en Tlatelolco, a la altura de la plaza de las Tres Culturas.

El vértigo fue asombroso. ¿Qué sentir, si no, al ver que Chapultepec coincidía con el Bois de Boulogne? ¿O que el museo del Louvre se ubica en el mismo punto que Bellas Artes? Pasé días haciendo anotaciones en tarjetas, escribiendo detalles de cada uno de estos puntos. Cuando ambas ciudades se alinearon, no me quedó más que leer los signos ocultos en los mapas sobrepuestos, obedecer las señales que se me presentaron.

Tenía ante mí la llave del azar, el mecanismo para activar la probabilidad. Un engaño, quizá, pero ¿qué no lo es? Es curiosa La manera en que las cosas se esfuerzan en anudarse unas con otras, como calcetines enrollados en una lavadora. Años sin darme cuenta de nada que no fueran borracheras y la misma vista absurda desde la ventana, y de repente un relámpago o un flash, y con él, un entramado de concordancias que se esforzaban por ser visibles, acaso con un propósito, con un sentido.

Si no fuera así, ¿cómo explicar entonces que aquel lugar donde se sitúa mi recuerdo coincidiera también con aquella escena de Los amantes de Montparnasse? ¿Y que después viviera en la casa de los padres de Jeanne Hébuterne?

Sí, así fue, y en esto no obré con trampa alguna. La casualidad sólo fue el principio del desastre. En el resto, me dejé caer.

1

Arturo extiende el periódico sobre el mostrador y coloca el índice sobre su signo del horóscopo: «El día de hoy te traerá giros inesperados. Adoptar una actitud flexible y evitar acciones impulsivas te permitirá equilibrarlas cosas».

Le gusta revisar estas pistas, consejos atemporales que bien analizados podrían responder a los mecanismos ocultos de la casualidad. Aún no hay muchos clientes en la farmacia, pero sabe que una vez termine su café retomará ese impulso mecánico que lo lleva a recibir una receta, llenar una nota, tomar un frasco, responder a una pregunta, regresar al anaquel a por un medicamento, entregarlo, preparar el cierre, cerrar y volver a casa, lavarse los dientes, dormir y de nuevo extender el periódico a la mañana siguiente para regresar sobre esos giros inesperados que un extraño divide diariamente en horóscopos.

Un hombre agita un papel en la mano frente a Gema.

—¿Puedes atenderlo? pregunta ella sin mirarlo, mientras le pasa la receta a Arturo.

Éste se vuelve a mirar al hombre —alto, cansado y pálido, como si hubiera caminado sin parar durante días— y después mira el papel arrugado que le ha entregado: antirretrovirales.

Rellena el formulario —(la farmacia tiene un sistema novedoso: el cliente pide los medicamentos, va con el formulario a la caja, paga, regresa con el tíquet al dependiente y recoge las medicinas), y le pide al hombre que liquide el monto mientras va a buscar sus medicinas.

Cuando le entrega la nota, observa que a) hombre le tiemblan las manos. Algo se quiebra en el aire cuando el sujeto saca una pistola aullando reclamos ininteligibles. La mayoría sale corriendo y otros se agachan mientras tres tipos

y una chica en bata blanca ven al hombre apuntarles como si fuesen animales de corral a punto de ser sacrificados.

—Pásame estas medicinas, ¡rápido!

Lo único que se escuchan son las respiraciones agitadas y el sonido de los autos a lo lejos.

«Adoptar una actitud flexible y evitar acciones impulsivas te permitirá equilibrarlas cosas.» Arturo escucha la orden por debajo de un largo zumbido.

—¡Los medicamentos del señor! —grita el gerente.

—¡Rápido, cabrón!

El zumbido se detiene, como si se rompiera una burbuja. Arturo corre a los estantes, toma las cajas y las abraza contra su pecho.

—Mete en una bolsa todo lo que tengas, ¡ándale!

Al volver, ve que el ladrón se ha acercado hasta la puerta.

—Dáselos al señor, Arturo.

Éste sale de detrás del mostrador y estira el brazo para entregarle las medicinas en una bolsa con una imagen de la Torre Eiffel impresa en color rojo.

—Espera. Mete también la lana.

Gonzalo abre la caja y mete el dinero en la bolsa.

Todo es tan lento.

Arturo extiende su mano en dirección al ladrón hasta que se acerca lo suficiente para que los dedos temblorosos le arrebaten la bolsa.

«Si me muero... —piensa al ver el logotipo de la farmacia—, y yo sin haber viajado a París.»

Por su mente cruzan los titulares de los tabloides:

SE LO RECETAN

Encuentran libro de poemas entre sus cosas: ahora escribirá desde el infierno.

Suenan tres disparos.

No debería hablar de mí, pero lo haré: me llamo Arturo, tengo treinta y tres años, estudié Lengua y Literatura, trabajo en una farmacia y siempre quise

viajar a París.

La cámara enfoca a impar de personas entre el público. Luego, una voz en *off* grita desde un lugar oculto: «¿Qué crees?». Las cámaras captan el rostro de Arturo: está a punto de llorar. La presentadora del programa se pone de pie y lo abraza. Luego le entrega un cheque y un billete de avión a Charles de Gaulle. Todo el mundo aplaude.

Arturo abre los ojos y ve a Gema abanicándolo con un bloc de notas. Luces rojas y azules parpadean en el techo. A su lado, la cabeza del ladrón está esparcida sobre el piso como pedazos de caramelo Tutsi Pop. Él mismo tiene La bata y el rostro salpicados de motas rojas, y un sabor en la boca como cuando te muerdes la lengua.

Desorientado, escucha la voz de los que le rodean como si fuera el diálogo de una película que alguien mira en el cuarto contiguo. «Entonces, el delincuente se da la vuelta a punto de correr, y que me lo apañan los polis.» Traen alcohol y le limpian la cara. «Mira nomás cómo quedó.» Tiene ganas de vomitar. Un policía toma el celular del ladrón e intenta marear el último número del registro de llamadas, pero no tiene crédito. «El muchacho cayó al mismo tiempo. Si hasta pensé que también se lo habían echado.» El celular de Arturo ha quedado tirado en el suelo después de desmayarse. Otro policía lo coge para llamar con él.

—A ver, pásame el número.

Arturo levanta la mano, hace un gesto, pero no puede protestar.

—Va a tener que acompañarnos. Necesitamos su declaración.

—Esperen, ¿no puede ser otro día? Como que ya estuvo para una sola noche, ¿no?

—¿Y usted quién es?

—El gerente.

El zumbido ha regresado.

—Entonces también va a tener que acompañarnos.

Ambos se sientan en el asiento de plástico y se deslizan cada vez que la patrulla toma una curva. Por el camino, Arturo pide su celular.

El oficial lo saca del bolsillo delantero de su camisa y se lo pasa entre las rejas que los separan. Después de cruzar un par que estacionan en el exterior de un edificio en cuya puerta hay un grupo de hombres fumando. Cuando salen,

a las dos de la mañana, el único testimonio de lo sucedido es un par de formularios archivados en quién sabe qué cajón.

El gerente enciende un cigarro. Arturo no fuma, pero le entran ganas de hacerlo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Hace frío.

—Ha sido una locura.

—¿Qué?

—Todo esto. De repente, ¡bam!,y hay un tipo muerto en el suelo.

—Ojalá hubiera traído un suéter.

—Ya no se puede vivir en esta ciudad. Es un todos contra todos. Tuviste suerte.

—¿Cree que va a llover?

—No, no lo creo. Vámonos.

Empieza a llover.

2

La mamá de Arturo pasa los dedos por las decenas del rosario. Fue Gema quien le llamó. No dijo mucho, un par de detalles vagos: han asaltado la farmacia, todos están bien, Arturo ha ido a la delegación de policía, seguro que no tarda en regresar. Cuéntalas horas. No entiende por qué no contesta, o porqué no la llamó cuando pudo.

En todos los canales de la televisión hay infomerciales. Le duelen los nudillos y los puntos entre los nudillos y las uñas. Cada vez que unos faros se acercan, levanta una esquina de la cortina de la cocina. La calle le parece ajena, como si no fuera ella la que ha vivido allí los últimos años.

Un coche se detiene frente a la puerta. Arturo entra. Tiene la ropa llena de sangre y la cara pálida

Ve a su hijo mirar hacia la lata de refresco.

—Me bajó el azúcar.

Él no dice nada. Casi le parece un extraño, parado así en medio de la sala, con la bata llena de puntos rojos y la mirada perdida en el televisor.

—¡Ay, Arturo, hijito! ¿Y esta sangre? ¿Qué pasó?

Lo palpa por todo el cuerpo.

—Un tipo asaltó la farmacia. La policía lo mató.

—¿Lo mató?

La madre se seca las lágrimas y se dispone a calentar agua para servir café. Quiere decir algo, pero no sabe qué. Tampoco quiere exasperarlo. Seguro que está cansado.

—¿Quieres un café? ¿Un té?

—No. gracias,

El agua todavía no hierve, pero Arturo la ve echar dos cucharadas de

Nescafé y una de azúcar a una taza.

—Voy abañarme.

La mujer se dirige a la habitación de Arturo, coge la ropa tirada y la lleva al fregadero. El sonido de la ducha se eleva por encima de la lluvia que ensucia la calle. Cuando Arturo sale del baño, su madre va a su cuarto y deja la taza con café en la cómoda.

—He dicho que no quería nada

—Tu ropa está llena de sangre.

—Sí.

—¿Dispararan contigo tan cerca? Y no me mientas, Arturo, porque si no, no te hubiera salpicado.

Arturo se queda callado. También a él la idea le provoca vértigo.

—No lo sé, mamá. La policía es estúpida, qué quieres que te diga.

—¿No puedes demandarlos?

—¿Demandarlos por qué? ¿Por evitar un atraco?

—¿Cuánto dinero se había llevado?

—¿El ladrón? No lo sé. Gonzalo estaba en la caja. También pidió unas medicinas.

—¿Medicinas? ¿Para qué?

—¿Cómo lo voy a saber! ¡Déjame en paz, por Dios!

La señora no sabe qué pensar. ¿Cómo es posible que decidieran abrir fuego con su hijo tan cerca?

—¿Por qué no te acuestas? Es muy tarde.

La mujer le da un beso en la frente y sale del cuarto.

Arturo suspira. Coge la taza y tira el café por la ventana. Luego se acuesta y cierra los ojos. Trata de no pensar en lo que ha pasado, pero su mente reproduce el momento en el que el tipo le arranca ¡abolsa de las manos.

Bam, bam.

3

Abre los ojos y se queda mirando el techo. El gerente le ha dado dos días libres. ¿Qué va a hacer con ellos?

Su madre no está. Tal vez ha ido al mercado.

Afuera hace un día magnífico: el sol ilumina con tonos dorados las cosas.

Se viste y se dirige al puesto de revistas de la esquina. «Bien clavados.» «Horror: ahorcado y tragado por ratas.» «Le dieron eran.» Ningún periódico habla de lo de ayer. Siente prisa por llegar a algún lado, por hacer algo, pero no sabe muy bien qué. Entra en un café y pide el desayuno. Pasa la mañana imaginando historias para cada una de las personas que ve entrar y salir. Un hombre gordo con un viejo maletín de cuero, un anciano, una joven nerviosa: ¿quién, de todos ellos, estará muerto esta noche? ¿De quién nos olvidaremos de inmediato?

Arturo saca su celular y lo deja sobre la mesa. En el histórico de llamadas tiene registrado el número que marcó la policía. Piensa en llamar. ¿Por qué no? Lo peor que puede pasar es tener que colgar después. Observa el número durante varios minutos y se da la vuelta para mirar a la joven nerviosa, pero no está, se ha ido.

Entonces llama

El teléfono suena varias veces hasta que escucha la voz de una mujer.

«Has llamado al número de Nadia.»

¿Quién es ella? ¿La mujer del ladrón? ¿Su novia? ¿Su hermana?

«Por favor, déjame un mensaje y te regresaré la llamada.»

¿Será morena o castaña? ¿Llevará uñas postizas?

Marca un par de veces más, pero el buzón repite la misma promesa: «Te regresaré la llamada». Mira a las mujeres con las que se cruza y se pregunta si

Nadia será una de ellas, si no habrá olvidado el teléfono en casa.

Elige a una y la sigue. Tendrá unos veinticinco años. Ambos cruzan Eje Central a contracorriente hasta la estación de metro de San Juan de Letrán. Otra chica más linda pasa junto a él y la sigue hasta Izazaga. Fija la mirada en sus piernas, en la sincronía entre sus pies y sus caderas. Al verla, el acto de caminar parece casi imposible. La pierde de vista cuando entra en una tienda. ¿La esperará? No. Otra mujer de unos veinte años se ha dado la vuelta para mirarlo. Arturo sonríe y la sigue hasta llegara Chapultepec. Tiene ganas de hablarle, de decirle: «¿Te llamas Nadia? ¿No? Yo me llamo Arturo, soy poeta», y detonar así lo que nunca sucede, lo que siempre queda en el fallo de la posibilidad y el deseo.

Cruzan Doctor Río de la Loza. Arturo no nota que la chica camina cada vez más rápido. Le lleva media cuadra de ventaja, tal vez un poco más. Se detiene junto a un par de hombres frente a la Arena México y lo señala. Los hombres gritan.

«Poeta», piensa.

Comienza a correr.

0

Me habría gustado llegar a París en los años veinte, cuando aún se podía comprar un billete de tercera clase en un barco y había que esperar cinco o seis días para cruzar el Atlántico.

En todo caso, aquí estoy. Todo sistema es un preámbulo, la generación de un proceso para el desarrollo de algo que pueda considerarse, a posteriori, terminado.

Al principio no podía mover los dedos ni distinguir los sonidos. En mis oídos persistía algo similar al vacío que se genera cuando colocas una caracola en tu oído. Sentí el roce de una tela sobre mi cuerpo, luego mucho frío.

Respiré. En mis manos percibí la textura del piso. Luego pasaron muchas cosas. O volvieron a pasar. En otro momento me habría dedicado a revisar los mapas, pero esa noche no fue así: decidí recorrerlos de nuevo en mi cabeza, una y otra vez, todas las cosas, los lugares, todos los pasos, las calles, las cantinas y caricias. Intenté mover los dedos de los pies y pude hacerlo. Entonces desperté, me quité la almohada del rostro y lo primero que vi fueron las luces de las farolas de París colarse entre las cortinas. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la luz.

4

Arturo despierta al día siguiente frente a un pequeño pastel de zanahoria. Desde la sala se oyen *Las Mañanitas*.

—Feliz cumpleaños, hijo.

—Gracias, ma.

La mujer se sienta en la cama.

—Dios mío, ¿qué te paso?

Arturo tiene un ojo morado y algunos rasguños en la mejilla izquierda.

—Nada. Unos maríhuanos me intentaron asaltar.

—¿Asaltar? ¡Dios mío! ¿Dónde?

—En la Doctores.

—¿Y qué andabas haciendo ahí?

—Caminando.

Arturo se lleva la mano a la cara.

—¡Qué barbaridad! ¿Cuánto te robaron?

—Nada, no llevaba dinero en la cartera. Yo creo que por eso me pegaron,

—Ay, hijo.

—No es para tanto.

La mujer se queda callada. Luego pellizca un trozo del pastel de Arturo.

—No me mires así, sólo ha sido un poquito. ¿Tienes planes con tus amigos?

—No tengo amigos.

—Bueno, alguna amiguita

—Tal vez. ¿Tienes lana? Todavía no es quincena.

La mujer coge su bolso y saca quinientos pesos. Arturo se baña mientras

ella va a mirar La bata de la farmacia. Pese al cloro, todavía conserva algunas lunares rojos. Lo mejor sería tirarla y comprar otra. Mientras lava, oye la voz de su hijo, que le grita desde la puerta:

—Me voy, no me esperes despierta.

—Ven a darle un beso a tu madre.

—¡Se me hace tarde!

Arturo regresa al centro, ha quedado para almorzar con Gema. Se mete en un local en Regina y pide un café y un pambazo. Luego saca su libreta y escribe un par de versos, que tacha tras un par de segundos.

—No manches, ¿qué te pasó?

Arturo se vuelve hacia la voz. Es Gema

—Nada.

—¿Cómo que nada? Pareces el Cristo de Iztapalapa.

—Ayer me peleé.

—¿Te peleaste? ¿Con quién o cómo?

—Unos changos. Se quisieron pasar de listos con una chava y salté,

—¿Cómo crees? Eran dos. Uno quedó igual que yo. El otro fue el que me apañó.

—Orale. ¿A poco si eres bueno para los madrazos?

—Más o menos.

—Chale. Y después de lo del asalto.

—Así es esto. ¿Cómo va todo en la farmacia?

—De hueva, como siempre.

—¿Te conté que tuve un sueño rarísimo?

—¿Anoche?

—No, cuando me desmayé. Soñé que estaba en un programa de concursos con una doña tipo Talina Fernández. Hablaba de cómo siempre había querido ir a París y todo mundo se mostraba muy simpático. Incluso hacia llorar a una señora.

—¿Y luego?

—Nada. Creo que me daban el boleto de avión.

Gema lo mira con atención. Luego coge su mano y la abre.

—Toma, feliz cumpleaños.

Sonríe y le deja en la palma un pedazo de metal apachurrado.

—¿Qué es esto?

—Una bala. Rebotó contra uno de los anaqueles del fondo. Gonzalo la encontró.

Arturo toma el pedazo de metal entre los dedos y lo mira, sorprendido. Pensar que ese pequeño fragmento es capaz de terminar de tajo con todo.

Gema le toma la mano y le acaricia el dorso con su pulgar.

—Todo pasa por algo, Arturo. Ahorita no lo ves, pero...

—¿De qué hablas?

—Todo lo que nos pasa es una oportunidad para crecer.

Arturo se la queda mirando con los ojos entrecerrados. Luego guarda la bala en su bolsillo.

—Tal vez esto sea una señal de la vida, ¿no lo has pensado? Cuando llegó el asaltante justo estaba atendiendo a una señora que buscaba una ducha vaginal. Alguien le había dicho que si la mezclaba con un poco de vinagre, funcionaba mejor.

—No te estoy entendiendo nada.

—Te pasé la receta del tipo ese antes que nos apuntara con la pistola y en ese momento pensé: «No quiero estar aquí. No quiero estar detrás de este puto mostrador resolviendo dudas pendejas de viejas idiotas». Y entonces recordé algo que leí hace poco: no existe nada en el pinche mundo que esté ocurriendo o que vaya a ocurrir que no sea enriado por el universo para nuestro beneficio. Tal vez lo del asalto es una señal para que nos pongamos las pilas, para que hagamos otra cosa. ¿Cuánto tiempo llevas en la farmacia?

—Dos años. Señorita, ¿me da otra cerveza, por favor? ¿Quieres algo?

—Otra cerveza. Te decía que tal vez sea el momento de encontrar eso a lo que cada uno está destinado. Para mí, creo que está fuera de la farmacia.

La mesera, deja las cervezas en la mesa. Arturo toma la suya y le da un buen trago.

—Gema, cuando salí de la secundaria dejé de leer libros de superación personal. La vida no es un orden ascendente, y la verdad es que es muy pendejo situarte como protagonista de una carrera cuyos los obstáculos te llevan hacia una meta divina, todo entrecomillado dentro del concepto de mejor persona. Madura, por Dios, Nadie crece, nuestra vida es igual de

mediocre que La de todos los demás.

Gema no responde. Le da un trago a su cerveza y luego se levanta.

—¿Sabes qué? Vete a la verga. No todos somos unos mamones que estudiamos filosofía. Sólo estoy tratando de hacerte sentir mejor.

Saca su bolso y deja un billete de cien pesos sobre la mesa.

—Toma, yo disparo. Feliz cumpleaños.

—Es Letras, no filosofía —responde Arturo cuando Gema le da la espalda.

La mira levantar el dedo medio y perderse en la calle. Piensa en pagar la cuenta e ir a disculparse, pero en lugar de eso bebe de nuevo y saca la bala de su bolsillo. No quiere regresar a casa. Coge su celular y marca de nuevo el número de Nadia.

El teléfono suena hasta que salta el buzón de voz. Es como esperar un autobús que nunca pasa. Bebe las cervezas y paga. En el Zócalo, la luz del atardecer sobre la cantera rosa de Palacio Nacional Le hace pensar en Gema. Su enojo le parece tan lejano. Regresa a Regina e intenta recrear el camino que ha tomado. La cuadrícula de la ciudad le hace pensar en esos juegos de feria en los que se tira una canica por una tabla de madera con pequeños postes. La canica cae, golpeando las trabas, hasta aterrizar en un apartado que define el premio. El azar depende de los obstáculos.

Gira a la izquierda, pasa por en medio de varios puestos callejeros con pornografía y luego sigue ala derecha por Chapultepec. Las lonas verdes del tianguis evitan mirar el cielo. Frente a él, la avenida se extiende infinita. Tiene la sensación de que todos los que pasan a su lado contienen historias que con gusto cambiaría por su vida.

Sale de! centro. En Versalles gira ala derecha, luego toma Marsella, Havre, Londres, hasta llegar, sin percibirlo del todo, a un local de tarot. En la puerta, Zeus sostiene un rayo.

Entra.

Trocadero - Champ de Mars - Tour Eiffel

Sullivan. Tal vez no es el mejor día ni la mejor noche pero, ¿qué tienes que esperar? Llegas y sacas las tarjetas:

A tu alrededor, mujeres en dorado celebran tu llegada. A unos pasos está la fuente de Varsovia, luego el Seine y, en todo su esplendor, la Tour Eiffel.

En la esquina a tu derecha hay una escultura de Justo Arosemena. Está sentado en una pose afeminada, con la mirada seria y una de las manos sobre un libro. En otra esquina hay un *Eleven*. La idea de un trago te convence de cruzar el parque y comprar una botella de vino.

De ahí, puedes visitar el museo de la Marina y el del Hombre, en el que se encuentra el cráneo de Descartes junto al de Cuauhtémoc. Dependiendo de la época del año, es posible ver el espectáculo de luz a medianoche: chispas azules recorren la estructura dorada, como pequeñas cosquillas.

El hombre que te atiende tiene una cicatriz en la sien izquierda que le confiere un aire siniestro. Pagas y sales a la calle. A La izquierda, el tránsito comienza a crecer hasta detenerse, ahogado, a tu lado.

Las prostitutas que todavía están ahí para ver el espectáculo siempre lanzan un ¡aaaah!, como si su grito fuera una más de las luces del espectáculo.

La escena no te interesa. Das un trago a la botella y caminas rumbo a Reforma por el parque. Sombras de sombras se mueven a tu alrededor.

Creada en 1889 para la Exposición Universal, la Tour Eiffel es el símbolo de la expansión vertical, preludio de la conquista del espacio. Guy de Maupassant la llamó «cauchemar inévitable et torturante». Dos años antes, Porfirio Díaz inauguró ahí la estatua de Cuauhtémoc para conmemorar el aniversario de la caída de la ciudad.

Caminas en el sentido de las manecillas del reloj, toreando bicicletas y automóviles para regresar al punto inicial desde donde se observa la nada. Si, sin duda tiene su magia, como sí el simple hecho de articular ese mapa y esas tarjetas te permitiera reordenar los recuerdos que guardan esos lugares.

De eso trata todo, Nadia: salir de ti, salir de ese triángulo sin vértices vencido por mil y una cosas que no podrías explicar.

Preludia de la conquista del espacio, sólo desde sus orillas se entiende el orden ascendente, casi orgánico, de su estructura.

Un impulso te lleva a seguir el rastro de esa sombra, a seguir las consecuencias de tantas cosas y tan pocas. ¿Qué pasará cuando termines de recorrer este laberinto? ¿Qué vendrá después? Preguntas así no tienen respuesta, la única certeza clara son las consecuencias.

5

Una mujer sonríe desde una mesa diminuta al fondo del local.

—Hola.

—Hola, hijo, pasa.  En qué puedo ayudarte?

—La lectura,  cu nto cuesta?

Depósitos de grasa rodean a la mujer como serpientes cariñosas. Tiene las uñas largas y un diamante de plástico pegado en la frente. Un ejército de figurillas de cerámica lo observa desde las repisas.

—Quinientos pesos.

Arturo saca el billete y lo pone sobre la mesa. La señora desenvuelve una baraja de un pañuelo carmesí y separa una parte.

—Toma las cartas, hijo, y conc trate en lo que quieres preguntarle al tarot. H blale. Yo ahorita regreso.

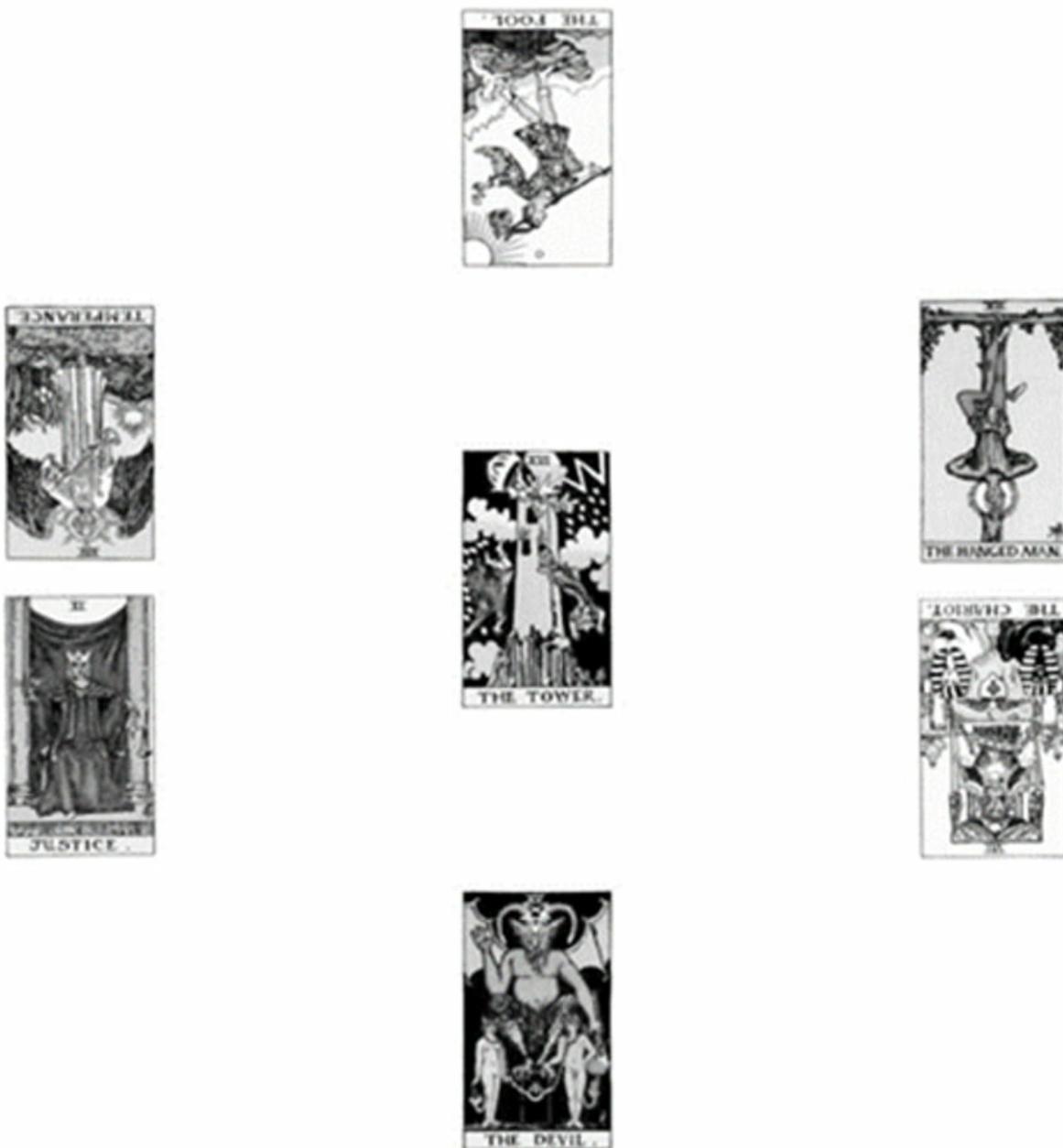
Después de barajarlas piensa en que al día siguiente regresar  al trabajo como si nada hubiera pasado. Y lo peor, lo esencial del drama, es que en realidad nada ha cambiado, todo se mantiene igual, él sigue siendo el mismo pusilánime, el mismo sujeto que camina por la ciudad con la vista a veinte centímetros de sus pasos.

La mujer regresa, masticando.

— Ya las revolviste? Se limpia la boca con una servilleta y toma las cartas. Sólo tiraremos los Arcanos Mayores.

Coge el mazo y lo dispone en tres montones. Luego le pide que vaya escogiendo al azar.

— stos son el pasado, el presente, el futuro, el ambiente, el inconsciente, la solución y la conclusión —dice, recorriendo con su uña las posiciones del hexagrama que ha formado. V ltea las cartas una por una:



—Una tirada de los Arcanos Mayores suele ser más espiritual. Revela las claves de un problema, mas que sus detalles.

La mujer observa las cartas y mueve la cabeza de arriba abajo. Hay algo de dramático en su silencio, pero Arturo se esfuerza en ejercer su papel de creyente. La ilusión del futuro, es simplemente, un ejercicio de interpretación. El horóscopo, las cartas, el café: mapas conceptuales de la probabilidad.

—Tu pasado está lleno de decisiones equivocadas. Te has complicado la vida tú solito. No andas bien. Estás obsesionado con algo, y esa obsesión te tiene a punto de estallar. Te la has pasado preguntándote qué te detiene, tal vez incluso culpando a los demás, pero ha sido tu indecisión lo que te ha provocado este estado de abandono. Si te fijas, tres puntas del hexagrama están invertidas.

«Esta vieja es amiga de Gema», piensa Arturo.

La mujer lo mira, esperando una reacción.

—¿Y luego?

—Pues luego, hijo, está el presente, y todo es un desorden. No puedo ver el qué, pero algo va a pasar. El carro está invertido. Muchas cosas están siendo trastocadas. Tal vez venga una enfermedad. O un accidente.

Hace una pausa y prende un cigarrillo. Con un gesto le ofrece uno.

—¿Qué te pasó en el ojo?

—Nada, fue jugando fútbol.

—Ya veo. —Se suena la nariz y prosigue—: Querrás seguir adelante, pero tendrás miedo al descontrol. Esta carta, por el contrario, indica una oportunidad de equilibrio, pero la decisión será difícil. Para alcanzar el balance, ciertas cosas tendrán que ser dejadas de lado. No cualquier cosa: algo importante. El colgado significa la redención a través del sacrificio, la pérdida. En tu ambiente hay una oportunidad, pero el inconsciente te traicionará.

Arturo toma el cigarrillo que le ha ofrecido y lo prende. Tose.

—El diablo, hijo, no significa nada malo por sí mismo, pero el tarot habla, sus símbolos son los arquetipos del mundo. Si sigues como vas ahora, existe el riesgo de que todo termine mal.

La gorda alza los brazos, cierra los ojos y se estira, respirando con dificultad, como si algo obstruyera su nariz.

—¿Eres Escorpión, verdad?

—Sí.

—Ten cuidado.

Pronuncia esto como si estuviera en una telenovela.

—El escorpión es el único insecto que prefiere picarse con su aguijón

antes que ser devorado.

Arturo calla. Fuma un poco más, pera vuelve a toser. Decide apagar el cigarrillo presionándolo contra el cenicero.

—Anteayer mataron a alguien en el lugar donde trabajo —dice, movido por un resorte involuntario.

—¿Cómo?

—De un balazo. La policía. El tipo era un ladrón.

—Dios bendito.

—¿Qué?

—Cuando una persona muere de manera violenta, su alma se queda en el lugar. Claro, eso es el carro invertido.

—¿Y luego?

—La lectura del tarot es una proyección del yo hacia una serie de eventos que podrían suceder o no. Por lo que me cuentas, tal vez tengas que hacer algo. Deberíamos hacer una sesión espiritista. A ver, dame tu mano. La otra. —La mujer pasa el dedo por la palma y sube por la muñeca—. Los chinos llaman a esta zona la Sala de la Audiencia. ¿Ves estas marcas? Aquí hay una cuerda, ¿laves? La cuerda, Arturo, es la asfixia. Si no haces algo, te ahogará.

Arturo no recuerda si le ha dicho o no su nombre. Se siente incómodo.

—Déjame hacer algo por ti.

La mujer se levanta con pesadez y se dirige a una de las cómodas que tiene a su lado. Escarba un momento en sus cajones y regresa con una bolsa de cuero con un lazo.

—Ten, hijo. Es un colgante de malaquita, la piedra de los reyes y de los sacerdotes. La utilizan como soporte de los símbolos sagrados o mágicos. Atrae la prosperidad. No tienes que tocarla.

Arturo saca la piedra de la bolsa.

—¿Está segura que es malaquita? Parece una amatista.

—Te dije que no la tocas. Son doscientos pesos por el amuleto.

—¿Qué?

—Doscientos.

Arturo revisa la cartera.

—Sólo tengo cien.

—Bueno, pero eso es sólo porque andas en aprietos. Ven a verme pronto,

¿vale?

La mujer le da la bendición y hace que Arturo le bese la mano. Sale de ahí con la sensación de que le han estafado. Aún es temprano. Camina de vuelta al centro entre vendedores ambulantes y edificios que parecen querer caerle encima. Poco a poco Santo Domingo lo rodea, cierne sobre él la sinfonía de títulos falsos, credenciales, pasaportes, actas y facturas.

—¿Qué andas buscando? ¿Acta de nacimiento? ¿Titulo profesional? Cien facturas, cien pesos. Pásale, sin compromiso.

El centro de la plaza está vacío, pero sombras de hombres y mujeres se mueven bajo el arco central.

«¿No podría inventarme otra vida? ¿A cuánto la vida completa?»

«Uh, no creo que le alcance, joven.»

«¿Cómo sabe? A lo mejor vendo un riñón.»»

«¿Y para qué quiere otra vida, si ni puede con ésta?»

Cansado, se sienta en el suelo bajo los arcos principales. Un hombre pasa frente a él, empujando un bloque de hielo. Si estuviera en París, ¿en qué lugar estaría?

Piensa en esto y le dan ganas de llorar.

6

Al día siguiente Arturo regresa al trabajo. Es viernes y le toca estar en la caja, ese corral de vidrio y metal dorado. Cuando lo ve, Gonzalo le da una palmada en la espalda.

—¿Y ahora, tú? Te dejaron como dalmata.

—Cállate.

—¿Y ese trancazo? Dile a tu mamá que ya no te pegue, —le dice el gerente. Arturo ni siquiera sonrío.

—Bueno, porfa, hoy ve al herbolario.

—¿Al herbolario? Ahí está bien aburrido, va puro Testigo de Jehová.

—Necesitan ayuda por la mañana. Después de la comida te regresas.

Camina media cuadra y dos tipos lo saludan desde detrás del mostrador.

—¿Qué onda? ¿Te mandaron a ti? Hubieran mandado a una vieja, no mames.

—Aunque en tiempo de guerra, cualquier hoyo es trinchera.

Los dos tipos se ríen. Arturo se queda de pie. mirándolos sin atinar si vale la pena reír o no.

—¿En qué los ayudo?

—Estamos acomodando todo. Miguel te explica la onda.

Pasan un par de horas separando las plantas y sumergiéndolas en aceites y alcoholes.

—¿Cuáles son los chochos que sirven para la ansiedad? —pregunta Arturo mientras acomodan unos frascos en los anaqueles.

—Los de árnica, ¿por?

—Son para mi jefa.

—Toma un frasco. Están a tu derecha.

Arturo agarra el botecito ámbar y se lo guarda en el pantalón. En ese momento recibe un mensaje de Gema.

«Culero, vamos a ir a comer a la corrida de la esquina a las tres, ¿jalas?»

A esa hora los encuentra en lo que en algún momento fue un garaje de vecindad.

—¿Qué tal te fue con los ñoños?

—Aburrido. Habrían preferido a Gema en lugar de a mi.

—Pendejo. Lo único que hacen es mirarme el culo todo el tiempo.

—¡Cálmate, buena!

Gonzalo ríe, mientras la mesera les sirve tres consomés.

—¿Y cómo vas, a todo esto? Estuvo cabrón, ¿no?

—Leve.

—¿Te fijaste en que el tipo del asalto se parecía un chingo a ti?

—¿Qué?

—Que se parecía un chingo a ti.

—Claro que no.

—Fuera de mamada. ¿O no. Gema?

—Un poco. Te daba un aire.

—No mames.

—Está cagado, güey.

—¿Qué tiene de cagado?

—Sobreviviste a un asalto, carnalito, aliviánate. Deberías estar más feliz. Que el bato fuera tu clon bizarro sólo hace que sea cagado, y ya.

—Que el bato se parezca a mí no lo hace más cagado, lo hace terrible.

—Bájale, güey. De cualquier forma, el tipo ya es abono.

El sueño. Las cartas del tarot. El regalo de Gema.

«¿Y si era yo, y no él, el que estaba predestinado a recibir esa bala?»

—No te claves.

Arturo se levanta y va al baño. Se echa agua en la cara, pero no es suficiente. Siente en los oídos el mismo zumbido intermitente de aquel día. Ve su rostro en el espejo y no lo reconoce. Abre el frasco de árnica y se echa un par de pastillas en la boca. Regresa a la mesa, pero no se sienta.

—Ahí les dejo.

—¿Adonde vas?

No responde. Sale y camina por las calles que rodean el centro. Quiere evitar los espejos, pero es imposible: parece que todos los lugares por los que pasa se empeñan en repetir su imagen hasta el infinito. Cuando regresa a la farmacia, pasa el resto de la tarde mirando el lugar donde cayó aquel tipo, su silueta marcada con un gis imaginario.

0

El nombre de Nadia resonó en mi memoria y me hizo recordar la noche que conocí a una chica francesa en la cola par a el baño. Ella se puso al final, justo cuando yo estaba a dos personas de pasar. Ambos estábamos en la misma facultad y tomábamos una clase juntos. Le indiqué con un gesto que se acercara a mí y me inventé una historia:

—Tómame de la mano, así podemos fingir que somos novios y nadie te molestará por meterte en la fila.

Ella asintió.

—Para que parezca que somos novios de verdad —me dijo—, mejor nos besamos.

Recuerdo ese "beso y regresan a mí sus labios, levantados brevemente en las orillas. Nadege. Se llamaba Nadege. Pasamos la noche besándonos, hasta el amanecer, cuando regresamos a casa en metro. El calor era asfixiante. Ella agitó un periódico con la mano para provocar una brisa en medio de aquel vagón sofocado. Me apoyé en sus piernas, cansado y todavía un poco borracho. Cuando desperté, ella ya no estaba.

Unas semanas antes de que terminara el semestre llegué a su casa sin avisar. Nos sentamos a una mesa astillada que había comprado a una costurera. Tomé un par de cervezas del refrigerador y las abrí. Bebimos y hablamos durante un par de horas. Ella había venido por un semestre. Después regresarían su ciudad, a algún pueblo en el Mediterráneo o la Bretaña. Le pedí que me leyera unos poemas.

Cogió su ordenador y abrió una página de Internet.

—Prévert, ¿lo conoces?

Apoyó ambos codos en la mesa y se inclinó hacia la pantalla, juntando un

poco los senos. Empezó a leer:

Cet amour
Si vioient
Si fragile
Si tendré
Si desesperé
Cet amour
Beau comme le jour
Et mauvais camine le temps.

Después de terminarnos las cervezas, apagó la luz y nos metimos en La cama. Su cuerpo era perfecto, con unos pezones apenas sugeridos, casi del mismo color que el resto de su piel. Entré. Todo era como una fantasía. La tenía acostada de lado, con su espalda en mi pecho. Por todo su cuerpo había cientos de lunares como puntos de luz ciega. Después de un rato paramos, pero ninguno de los dos terminó. Culpamos a la cerveza, incluso nos reímos. Los primeros rayos de sol atravesaron la ventana. Me besó en el pecho y se sentó sobre mis tobillos. Tomó mi pene y lo lamió mientras yo temblaba. Terminé. Luego nos besamos.

Cuando desperté ella ya se había bañado. Me dio mi ropa y se disculpó por no poder invitarme a desayunar. Me vestí y me acompañó a la puerta.

—¿Cuándo nos vemos? —pregunté.

—No sé, nos llamamos.

El tono de su voz adquirió el énfasis de la confianza, ése no sé qué que acciona mecanismos parecidos al cariño.

—Nos llamamos —repetí.

Hizo un gesto con la mano que no entendí, una especie de barrido, de hasta luego y cerró la puerta. Nunca más volví a verla.

7

El nombre es sospechoso: Bojorquez. No tiene relación, pero le hace pensar en los pésimos versos de un poeta amigo de su padre. En la agencia de viajes hay dos escritorios llenos de papeles y un par de ordenadores 386. Varios cuadros descoloridos con imágenes de mujeres con el pelo esponjado cuelgan torcidos de la pared.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿en qué te puedo ayudar?

Arturo jala una silla y deja su mochila en el escritorio. La mujer que lo atiende aprieta la boca y lo mira con ojos curiosos. Su rostro le hace pensar en un pájaro.

—Estoy interesado en visitar París.

—¿En qué fechas?

—No sé, cuando sea más barato.

—Tiene que ser en temporada baja, del 1 de noviembre al 31 de marzo, salvo Navidad y Año Nuevo. Vamos un poquito tarde. ¿Vuelo directo o con escalas?

—Igual: lo que sea más barato.

—Con escalas. ¿Tienes visa americana?

—¿Cómo?

—Visa para entrar en Estados Unidos.

—No.

—Entonces no puede ser un vuelo con escala. Tendrá que ser directo, a menos que saques la visa de Estados Unidos. También te podemos ayudar con ese trámite.

—¿Cuánto tarda la visa?

—Depende de cuándo te den la cita.

—¿Y con eso ya puedo hacer escala? ¿Es mucho más barato si paso por Estados Unidos?

—Te ahorrarás unos trescientos dólares, probablemente. Aunque la vísate cuesta unos cien. ¡Margarita!, ¿cuánto cuesta la visa a Estados Unidos?

—¡Como cien dólares!

—Ahí está. Sería un ahorro, siempre que te la den, claro.

—¿Cómo? ¿No es seguro?

—No, para nada. Todo depende, ¿Tienes un buen trabajo?

—Claro.

—Entonces no debería haber problema. Pero si no te la dan, *bye*.

—Mejor regresemos a lo del vuelo directo.

—También hay una opción con escala en Londres, pero British Airways es más caro. Aunque tienen un vuelo vía Cancún que podría ser una opción.

—Prefiero el vuelo directo.

—Sí, teniendo en cuenta todo, igual no te conviene. Bien, vuelo directo, entonces. Aunque también hay otra opción con Iberia, via Madrid, ¿te interesa?

—No, ¿podemos ver Los vuelos directos?

—Sí, mejor. En España ha habido muchos problemas con inmigración. Vuelo directo, entonces. ¿Alguna preferencia de aerolínea?

—No.

—Air France y Aeroméxico comparten códigos de viaje. Veamos éste. Si vuelas, digamos, en noviembre, que ya es temporada baja, el vuelo completó te saldría en 1.079 dólares, más cien dólares por emisión, ¿Cómo lo ves?

—¿Cuánto sería en pesos?

—A tipo de cambio de hoy, déjame ver... serían 13.558,5 pesos. Aceptamos tarjeta de crédito, menos American Express, o bien depósito bancario. ¿Quieres que te lo imprima?

—Por favor.

La impresora de puntos comienza a disparar.

—También tenemos otros paquetes que igual te interesan: por veinte mil pesos hay un tour de dos semanas por ocho ciudades europeas, mucho más barato que si fueras por tu cuenta. Mira, te anoto los datos aquí, en la impresión.

—¿Cuánto tiempo pasan en París?

—¿En París? Dos días y medio. Es una agenda apretada, pero vale mucho la pena.

Arturo mira la letra artificialmente redonda.

—Gracias, creo que esto me basta por el momento.

—Los precios están sujetos a disponibilidad, cuanto más te tardes en reservar tu lugar, más caro te va a salir. Te dejo mi tarjeta.

—Gracias, Ivonne.

—Ésa soy yo. Estamos a tus órdenes.

«Trece mil pesos, más los gastos de hospedaje y comida. Unos veinte mil fácil ¿De dónde voy a sacar el dinero? Tal vez podría pedir una tarjeta de crédito, comprar el billete y no pagarlo nunca.»

Aprovecha que todavía dispone de algo de tiempo para ir al banco donde le depositan su quincena. Al entrar, tiene que anotar su nombre en un cuaderno y esperara que le llamen. Cuando se sienta frente aun ejecutivo, ya ha pasado una hora y cuarto.

—Buenos días, bienvenido a Santander Serfín, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero saber qué se necesita para obtener una tarjeta de crédito. Tengo la nómina depositada en su banco.

—¿Me permite su tarjetita? Gracias.

El hombre teclea en su computadora la cadena de números.

—Señor Arturo, ¿tiene comprobantes de ingresos?

—Sí.

—¿A cuánto asciende su sueldo mensual?

—Tres mil quinientos pesos.

—El portafolio de tarjetas de crédito del banco ofrece una variedad amplia de soluciones y beneficios. En su caso, yo le recomendaría la tarjeta Santander Serfín clásica, que le permite el uso de cajeros automáticos y en establecimientos afiliados.

—Sí, está bien. ¿Cómo es el proceso?

—Tiene que rellenarme este formulario y luego regresar con la siguiente documentación: identificación oficial, comprobante de domicilio y comprobantes de ingresos de los últimos tres meses, todo en original y copia. Como es su primera tarjeta, necesitaremos que se presente con un obligado

solidario como garantía.

—El monto de crédito de la tarjeta, ¿lo solicito yo?

—Puede hacerlo, pero el equipo de crédito lo asigna dependiendo de los ingresos. Lo usual es que el monto sea equivalente a un mes de su sueldo.

—¿Un mes de sueldo?

—Si necesita más, al año puede pedir un aumento en su línea de crédito. Dicha solicitud se hace aquí en sucursal con cualquiera de los compañeros y tarda de tres a cinco días hábiles en ser respondida.

Arturo se queda en silencio mientras mira el formulario de solicitud. Qué mierda. Qué gran mierda

—¿Y si quisiera que me prestaran veinte mil pesos?

—¿Cómo dice?

—Sí, que el banco me prestara veinte mil pesos.

—Un préstamo personal.

—Sí.

—Pues... con sus ingresos no sería posible. Existe la posibilidad de una hipoteca. ¿Tiene una propiedad en la ciudad libre de gravamen?

—No, mi mamá y yo rentamos una casa.

—Ya veo. Entonces me parece que está algo complicadito.

—Complicadito. Así es todo, ¿no? Complicadito.

—Yo le recomiendo, joven, que pida la tarjeta, y si lleva un buen manejo de la misma, poco a poco va a poder aumentar su línea de crédito.

—¿Joven? ¡Tengo treinta y tres años! —Abre el frasco ámbar y se toma un par de pastillas—. Perdona, he andado un poco ansioso últimamente. —Se levanta de la silla—. En fin, gracias.

—Gracias a usted. En Santander Serfin estamos para servirle. Que tenga muy bonito día.

8

Hace mucho que ha sonado el bip que indica que el tiempo disponible para dejar un mensaje de voz se ha agotado. Aun así, Arturo sigue hablando.

...tal vez mi obsesión se inició a partir de una serie de anécdotas arbitrarias: una película en blanco y negro, una mujer francesa que nunca volví a ver, una vacante en el periódico, un libro como un juego de niños. Y digo arbitrarias porque estas cosas fueron acercándose solas, atraídas por un magnetismo inconsciente.

»Las cosas están más claras ahora, por supuesto» como si todas esas situaciones (la vigésimo tercera película de Alain Resnais, Bretón, *Rayuela*) hubieran sido zurcidas a partir de ese disparo...

»... sí, perdona que hable tanto, pero estoy un poco borracho.

Frente a él se extienden un par de impresiones en acetato y varios libros tirados por el suelo. Hemingway. Roque Barcia. Luis Eduardo Rivera. Vila Matas. Blasco Ibáñez. Janet Flanner. Decenas de separadores asoman entre las páginas como dedos en medio de una cabellera. Ha pasado varias noches escarbando citas, lugares, anotando direcciones, datos, itinerarios. El proceso ha sido agotador, quisquilloso.

—Bueno. Nadia. tengo que irme. Me dio gusto que habláramos.

Deja caer el teléfono y siente que su cuello pierde fuerza. El efecto es como el de una zambullida. En el agua de la memoria recuerda sus recientes derrotas: los veinte mil pesos imposibles. Gema, Nadia, la muerte de su madre. Entre estos eventos han ido apareciendo puntos en el mapa, líneas que forman la ruta imaginaria de un metro.

Cuando despierta, piensa en cómo encontró a su madre tirada en su recámara y en la historia que ha contado en la farmacia. Por alguna razón que

no comprende la idea se le ocurrió en cuanto la vio tirada: «París tiene una superficie de 105 kilómetros cuadrados, alrededor del siete y medio por ciento de Ciudad de México.»

¿Por qué? No lo sabe. Tampoco le importa.

«Si quisiéramos saber a qué espacio físico del Distrito Federal correspondería esta extensión, primero tendríamos que definir un centro, el punto inicial desde el cual fuera posible circunscribir esta extensión.»

El gerente no tuvo otra opción que darle una semana de descanso.

Se seca la cara y se mira en el espejo. Regresa a la sala y observa el mapa en el suelo. Está listo.

Aprovecha los días que le quedan para meter sus cosas en cajas. Ha decidido mudarse a un departamento minúsculo en el número ocho de la Rué Amyot» en la Doctores. Lo único que se lleva son libros, ropa y algunos álbumes de fotos. En el nuevo piso pega una ampliación del mapa y marca con tachuelas de colores los puntos de interés de la ciudad.

Sólo resta empezar.

Ese fin de semana, sale y sube por Eje Central hacía el arco que da al Quai de Conti. Camina por la Rué Vivienne hasta llegar a Garibaldi, donde pide varias tragos esperando que algo pase. Lo acompañan cascotes de cerveza y canciones de mariachis cuyo título desconoce. Toulouse-Lautrec ofrece toques eléctricos por veinte pesos.

Tiene ganas de hablar de nuevo con Nadia, pero lo frena la clara negativa del buzón de voz. Ante esto, decide replegarse. Puede regresar a casa. O perderse. Está borracho, sí, pero ese estado le parece el más lúcido desde que cumplió treinta y tres años. Lo único que lo motiva ya es descubrir lo que comparten él, París y la Ciudad de México.

Al salir a la calle le parece ridículo que la Alameda encaje con el Jardin des Tulleries, como si él mismo hubiera buscado esa coincidencia. A su alrededor pululan niños de la calle, clochards y taqueros bajo una lluvia anunciada que deja caer sus primeras gotas.

Llega a Trocadero después de caminar casi una hora. Las mujeres, indiferentes, portan sombrillas diminutas esperando a que los coches paren.

—¡Ven, demonio! —exclama, pero salvo un par de miradas de desprecio, ninguna le hace caso.

«Beberé hasta morir», piensa, y se mete a un Oxxo a comprar una botella

de vino.

Se sienta en la calle. Está cansado. Cansado y borracho. La noche ha perdido todo su encanto bajo la lluvia. Por un momento quiere regresar a casa, meterse en el agua caliente y recostarse, pero no hay tregua. Bebe y suspira. Está vencido, mojado y el reggaetón es la única música de fondo que sube desde los coches en la calle. Comienza a llorar.

—¿Qué te pasa, macho? ¿No que muy gallito?

—Soy muy hombre responde al tiempo que sorbe los mocos. ¿Cuánto?

—Quinientos pesos una hora, natural.

Arturo asiente.

El resto lo recuerda como un sueño: las aceras y los pasos confundidos en una bruma densa que mezcla los límites de la ciudad con los de su cuerpo.

—Mis piernas son las calles. Por mi cabeza circulan los automóviles y los ciclistas.

—¿De qué hablas, loco?

—Aprieta mí mano. ¿Cómo te llamas?

—Noemí. ¿Tú qué, saliste poeta?

—No importa. Noemí. Es un gran nombre.

Suben al cuarto. Dentro, la cama da vueltas. Cierra los ojos. Tiene miedo que no se le pare.

Arc de Triomphe - Champs Élysées - Place de la Concorde

Miras el mapa No te asombra que al bajarte del metro ambas estaciones coincidan: San Cosme / Charles de Gaulle-Étoile. Detrás de ti, Circuito Interior forma el arco que menciona La tarjeta.

Su construcción duró treinta años y fue erigido por Napoleón para honrar a los hombres de Hidalgo caídos en la guerra de la independencia Es el monumento a la Gran Armada, el monumento al soldado desconocido. Dos veces por año la puesta del sol se alinea con los Champs Élysées, y el astro se deja ver justo en medio de su arco. Ni en Constantinopla ni en Italia existe una calle tan bien acompasada y con tanto concierto.

Aun lado están todas las tiendas de lujo y al otro, zapaterías y fayuca. Al llegara la Place de la Concorde rodeas unos puestos callejeros para cruzar al arco de seis columnas que da paso el recinto. El pasillo que lleva al centro de la plaza está enmarcado por unas fuentes diminutas de la que borbotean chorros de agua turbia.

Antes llamada Place Louis XVI la Place de la Concorde es la más grande de París. Construida antes de la Revolución Francesa, es la última plaza real que, poco después, se convertiría irónicamente en el teatro público de la guillotina.

En el centro, Vicente Guerrero mira al noroeste con una espada en la mano y la frente perlada de cagadas de paloma. Cruzas la plaza y entras al Colegio,

donde deberían estar los tritones.

En el centro del famoso Templo de San Fernanda del Colegio de Propagación de la Fe, ahora convertido en cementerio, se levanta el obelisco de París, columna de 23 metros de altura cuya ubicación original se hallaba a la entrada del templo de Luxor, en Egipto.

Firmas una hoja de visita y avanzas por un pasillo que da paso al Panteón de los Hombres Ilustres. La ciudad muere. Dentro, sólo se escucha el trinar de pájaros atolondrados que vuelan entre las ramas de jacarandas y fresnos.

El cementerio tiene dos fuentes construidas durante la época del rey Luis Felipe de Francia. Los motivos marítimos, tritones y nereidas, simbolizan el pasado acuático de París, sus miles de canales ahora secos.

La primera tumba es la de Benito Juárez, el resto pertenecen a constituyentes y héroes de la Independencia. En uno de los nichos ves la escultura de un hombre que te llama la atención. Tiene un bastón en su mano derecha y buscas dibujan un gesto malsano, como la mirada de un borracho o un perverso.

Sales de ahí y pasas por la iglesia. En un retablo, a tu derecha, un hombre sostiene un rosario frente a dos santos.

—Oh, Dios, nuestro médico y remediador eterno, que hiciste a Cosme y Damián inquebrantables en su fe, invencibles en su heroísmo, para llevar salud a las dolencias humanas, haz que a través de ellos sane nuestra enfermedad, y que a través de ellos también la curación no conozca recaída.

El hombre guarda el rosario en la bolsa de la camisa y se pone en pie. Sale sin atender el resto de la misa. «Es el santo de los alcohólicos», te dice un hombre que se ha parado a tu lado.

«Por la fe creemos que la presencia de Jesús en la hostia y el vino no es sólo simbólica, sino real, es lo que llamamos el misterio de la transustanciación: esto es mi cuerpo entregado por vosotros, éste es el cáliz de mi sangre.»

Recuerdas un sueño que tuviste hace poco: estás en la calle, persiguiendo

a un desconocido. Él no se da la vuelta, pero sabe que estás detrás de él. Se apresura, pero casi lo tienes. Entonces entra en una iglesia. Cuando cruzas la puerta, notas que estás rodeada de gente. Conforme entran más personas, la iglesia se empieza a derrumbar. Las piedras caen del techo mientras intentas salir, pero la entrada está obstruida por un grupo de gente desesperada por entrar.

Cuando despertaste estabas sudando y te dolía la cabeza. Te levantaste de la cama y fuiste a la cocina a tomar un trago. Antes de regresar a la habitación, pasaste a ver a la Niña. Parecía tener sueños dulces, con media sonrisa dibujada en su rostro. Quisiste despertarla, decirle que se fueran a otro sitio, que si se marchaba contigo le comprarías muchas muñecas y un montón de dulces y lo único que tendría que hacer sería no gritar, no gritar- nunca. Pero no lo hiciste. Regresaste a la cama y te quedaste mirando el techo, sufriendo en silencio ese dolor de cabeza.

«Lo que cambia es la sustancia. Los accidentes: la forma, el color, el sabor, permanecen iguales», continúa el padre.

Ves el mapa y los puntos que aún te faltan.

Te persignas y regresas a la ciudad.

9

Si Nadia contestara, ¿qué le diría? Necesita un pretexto, una historia,

«Yo conocía al tipo. Supe que había marcado este número y como la policía no había podido dar contigo...» Sí, podría ser creíble, salvo por el hecho de que no sabe ni cómo se llama el asaltante. No es complicado dar con la noticia en un periódico de nota roja en Internet:

Se lo recetan

Asaltante de farmacia muere baleado

Vóceros de la fiscalía General del Distrito federal informaron que los hechos se registraron minutos antes del cierre de la conocida Farmacia París, cuando un sujeto apuntó con arma de fuego a los empleados para robar dinero y medicamentos con alto valor en el mercado. Después de hacerse con el botín e intentar escapar, el delincuente se encontró con elementos del área de Vialidad de Seguridad Pública que pasaban por el lugar.

El desconocido trató de accionar su arma contra los agentes pero ésta falló y el hombre fue abatido a tiros en República de El Salvador, 97, hasta donde acudió el Ministerio Público para dar fe de los hechos. El occiso fue identificado como Luis Velarde López, de treinta y tres años de edad, nativo del Estado de México, pero avecindado en la Colonia Doctores, según dio a conocer el subprocurador contra la Delincuencia Organizada.

Observa la imagen del cuerpo tendido sobre el piso de Notre Dame y reconoce sus tenis que se cuelan en la foto.

Luis. Así se llamaba.

Es inquietante, sin duda, pero hay que asumirlas consecuencias, resolver todo con una tecla y una llamada de treinta segundos.

Nadia sigue sin contestar. Esta vez el teléfono ni siquiera da tono.

En la farmacia le muestra a Gema cómo sus tenis asoman en la foto del periódico.

—Qué cagado. Deberías imprimirla y enmarcarla.

—¿Para qué?

—No sé. Para tener una historia que contar cuando la gente vea que tienes la foto de un muerto en la sala.

—Y les diga: soy yo, o más bien, era otro.

—Con lo que te encanta.

—¿Quieres ir a tomar algo al salir?

—¿Adonde vamos?

—¿Te late probar algo diferente? Conozco un buen lugar.

—¿Qué tipo de lugar?

—Un cabaret. Hay ficheras. Arman números locochones.

Gema ríe. Luego se encoge de hombros y asiente.

—Va.

Cuando salen, caminan por la Rué Saint-Jacques hasta el Boulevard Saint Germain, metro Isabel la Católica. El Savoy se encuentra en el número 120 de la Rué Monsieur Le Prince, casi esquina con la Rué de Vaugirad. En el lugar hay una pista rectangular con un tubo en cada lado. La atmósfera azul sólo es interrumpida por las luces de neón del techo.

Se sientan en un cubículo de cuero rojo y piden un par de cervezas.

—He sido un pendejo últimamente. Sorry.

—No te preocupes.

Gema brinda haciendo chocar su botella con la de Arturo.

Ambos dan un trago y se vuelven a ver el show. En la pista, una mujer da vueltas con un vestido blanco.

—No entiendo cómo no se caen dice Gema al ver sus tacones,

—Práctica.

Las cervezas cambian como los números. Desde la cabina, el Dj anuncia el show especial de la noche: la Bella y la Bestia.

—Patético.

—¿Por qué? A mí me da risa.

—Mira el disfraz. Está horrendo.

Los dos personajes se persiguen a lo largo de la pista. Luego, la Bestia captura a la mujer, la recuesta sobre el piso y le arranca el vestido. La lencería brilla bajo la luz de neón.

Gema da un trago a su cerveza.

La Bestia se saca el pene y Bella comienza a chupárselo, mientras uno que otro borracho grita entusiasmado.

—Voy al baño.

En la pista, la Bestia se coge a Bella de perrito. Tiene puesto un condón que brilla como el resto del lugar.

—¿Qué onda, nos vamos? —dice Arturo cuando la ve regresar.

—Sí, por favor.

Llama al mesero y pide la cuenta. En la calle, Arturo para un taxi

—¿Adonde los llevo?

Gema lo toma de la mano.

—Asnieres sur Seine —responde.

0

Cerramos la persiana de acero de la farmacia y caminamos sin prisa hacia la línea rosa del metro. Crucé el torniquete y me volví para decirle algo a Gema, pero ya no había nadie conmigo. Ella, Gonzalo y el gerente habían desaparecido. La luz de la estación chisporroteaba. Caminé despacio hasta el andén y lo encontré desierto. «¿Hola?», pregunté, pero parecía que todo mundo hubiera desaparecido y yo me encontrara solo, en medio de una ciudad extraña.

El metro llegó y entré al vagón. Dentro sólo había una mujer: su rostro era el de un cadáver. Asustado, descendí en la siguiente estación. Traté de subir las escaleras, pero parecían, infinitas. Cerré los ojos y no me detuve hasta sentir el aire fresco en mis pulmones. Afuera estaba nevando. Entonces alguien dijo a mi espalda: «¿Qué crees?».

Me volví y encontré el cañón de una pistola en mi frente.

Salvo aquel día en la farmacia nunca me había pasado nada extraordinario. Escribía poemas por las noches, algo que yo intuía entre el milagro y la fiebre, mientras el sonido de la televisión llegaba desde el cuarto de mi madre.

El tiempo transcurría bajo el metrónomo de las voces de la televisión. La cena se servía en los cortes comerciales.

Apuré el lápiz, pero nada de lo que llegué a escribir valió la pena. Abrumado ante el fracaso, leía, o pretendía que leía y me quedaba mirando el techo, pensando en mi vida, en lo extraño que me resultaba ser yo, en lo que me hubiese gustado ser otro.

¿Cuáles son los hitos de una vida promedio?, pensaba. El primer amor. El verdadero amor. El primer empleo. Un ascenso. Casarse. Mudarse. Una película o un espectáculo. Ver el mar. Algún viaje. Volverse un poco más

pusilánime. Aguantar los gritos de tus hijos. Perder el interés. Saber que nada vale la pena Morir.

Cuando uno no ha vivida, lo único que resta es enlistarías rutinas mecánicas de las que se componen los días. Y en todo este guión, lo peor era que yo ni siquiera podía contar con lo mínimo indispensable: nunca me había enamorado, nunca había ganado una rifa ni tenido más de diez mil pesos en el banco. Tampoco había publicado nada, ni siquiera vivido fuera del D. F. Nunca había tenido un perro. Tampoco un gato. Jamás me habían llamado por teléfono para un sondeo. La lista podría seguir. Y pensar que de muchacho fui un joven entusiasta, siempre deseoso de ser muchas personas y ser de muchos lugares al mismo tiempo, pues ser sólo una me parecía muy poco.

Por eso estudié Literatura. Me gradué y no encontré trabajo, pero eso no era malo, podía dedicarme a cualquier cosa, algo eventual, que no me exigiera mucho y me dejara tiempo para escribir, escribir como un obseso, hasta que un día publicara mi libro. Qué importa que fuera una sucesión impenetrable de versos, no se habría visto nada parecido desde el Rubaiyat, y entonces de verdad sucedería la vida, la *vraie vie*, y pagaría a las putas con poemas, firmaría libros, robaría versos, escribiría un decálogo y mi amante me dispararía. Es decir, mi vida sería perfecta.

No hay que aclarar que nada de esto pasó mientras estuve en México. Mí padre murió, a mi madre le dio «azúcar» de ia «impresión.» Empezamos a tener problemas económicos y busqué trabajo en Los anuncios del periódico. Cuando vi el de la Farmacia París, pensé: «Si no he ido a París, al menos puedo trabajar ahí». Tiempo después mataron a aquel tipo y enseguida cumplí treinta y tres años. No necesitaba ser un genio para darme

cuenta de que nunca iba a dejar mi trabajo, que nunca iba a publicar nada, que nunca iba a tener el dinero suficiente siquiera para mudarme de barrio.

Tenía que hacer algo. Tenía que marcharme de allí.

10

En el camino al Ministerio Público ha repetido palabra por palabra lo que ha dicho Gonzalo: «Se parecía un chingo a ti. Tu clon bizarro». La idea germina y Be entreteje con lo que le dijo la gorda del tarot, con lo que sus mismos hallazgos sugieren.

—Hola.

La mujer de recepción levanta la cara y abre un poco más los ojos. Bajo ella, un bolero le saca brillo a uno de sus zapatos.

—Hace unas semanas asaltaron la farmacia donde trabajo. Quiero hablar con el agente que tomó mi declaración. Es sobre el caso.

La mujer no responde, pero saca con destreza una fotocopia de un cajón y se la tiende.

—Rellénela y pase a la ventanilla cinco. Ahí dice el nombre del agente que lo atendió.

Arturo tiene que describirlo porque no recuerda su nombre. No es difícil: el tipo es la mezcla entre un toro y un gorila.

El dependiente toma el formulario y le pide que se siente. En un momento entran dos policías con un hombre esposado.

—¿Qué hizo? —pregunta uno sentado detrás de un escritorio.

—Es un perro. Le arrancó la oreja a un cabrón.

El hombre se limita a mirar el suelo, mientras los agentes lo sostienen frente al escritorio. Tiene la boca llena de sangre.

—De una mordida, ¿cómo ves?

—¿Qué quiere? —pregunta alguien a sus espaldas.

Arturo se da la vuelta. La masa del judicial es la de un pequeño planeta.

—Hola Es sobre el asalto a la Farmacia París.

—¿Farmacia París?

—Sí, necesito pedirle un favor.

—Pase por acá.

Lo toma del brazo justo por encima del codo y lo dirige entre cubículos hasta una oficina cerrada

—Siéntese.

En la sala hay una silla y una mesa de fórmica. El agente sale y minutos después regresa con un refresco en lata.

—¿Entonces?

—Necesito ver el cuerpo. ¿Sigue en la morgue?

—¿Qué cuerpo?

—El del asaltante de la Farmacia París. Fue hace unas semanas, en el centro.

—El caso está cerrado, el tipo, muerto. ¿Qué más quiere?

—Verlo.

—¿Por qué?

Arturo toma aire.

«Por curiosidad. Porque el tipo se parece a mí. Porque quiero saber con quién compartí la muerte por escasos centímetros, Porque lo necesito como salvavidas, para dar sentido a esta ficción que se abre en distintas direcciones, Porque he estado jugando a la gallina ciega y tal vez ahí se esconde lo esencial, el jugador y el juego, una señal o un signo.»

Pero no dice nada de esto. El judicial ha recargado su peso sobre los antebrazos. Se le ve ojeroso, sin afeitado, un tanto molesto. Arturo arguye razones personales y un trauma manifestado en pesadillas.

—Necesito ver que está muerto.

Señala sus ojeras con el índice.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Arturo.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

—Treinta y tres. ¡Putra madre! En mis tiempos eso se curaba con una peda, no yendo a ver un cadáver. Tienes suerte de que siga en la morgue. En unos

días pasa a la fosa común. —Hace una pausa y se truena el cuello—. Pinches chamacos. Si, podría llevarte al SEMEFO, supongo. Aunque eso sí, luego tendrás que hacerme un favor a mi.

Arturo piensa en una mordida, se imagina empeñando la quincena para pagarle sus putas.

—Pero ya lo veremos luego, no hay prisa. Por lo pronto, tendré que meterte como familiar, así matamos dos pájaros de un tiro: tú lo ves y nosotros ponemos todo en orden. Tendrás que reconocerlo y firmar unos papeles. Puedes decir que eres su primo, ¿cómo lo ves? ¿Estamos?

—Estamos.

En la calle, el judicial prende un cigarro.

—¿Quieres uno?

—No, gracias.

—Vámonos.

Tiene un Taurus dorado. El auto le queda chico, parece que lo va a romper con sólo respirar.

—Dijo que lo iban a enviar a la fosa común.

—Es lo que se hace cuando nadie reclama el cuerpo.

—El día del incidente, un oficial utilizó mi teléfono para marcar el último número de su registro de llamadas. Pertenecías una mujer. ¿No era un familiar?

—¿Una mujer? Creo que sí... La llamamos, pero se desentendió del caso. Pinches viejas, todas son iguales.

—¿La vieron?

—Hablamos con ella y fuimos a verla a un departamento en la Narvarte, pero cuando llegamos ya no estaba. No volvió a contestar al teléfono. El tipo vaha dos pesos, así que no insistimos.

—Ya.

—Así pasa. La familia ya no quiere saber nada y dicen que no los conocen, que ni se acuerdan de ellos. Es para ahorrarse lo del entierro: la gente no tiene ni dónde caerse muerta y bajita la mano un funeral mínimo te sale en cinco varos.

Arturo no pregunta más. París se pierde mientras un pasaje desolado cubre de gris los cerros. Llegan al SEMEFO, estacionan y pasan a una caseta donde

Arturo firma un par de documentos y enseña su identificación. Luego entran, en una sala con sillas de plástico beis, del mismo color que las paredes. Hay un orden geométrico que Arturo no logra descifrar, como si todo formara parte de un rompecabezas o un caleidoscopio. Un hombre los recibe y les entrega un par de batas blancas. Bajan dos pisos y caminan hasta un pasillo estrecho que conduce a un sótano frío, como el congelador de un carnicero. Arturo se siente flotar en medio del olor a alcohol y amoníaco. El forense, delgado y con un breve bigote, le indica una mesa y le entrega una tabla con varias hojas.

—Tómese el tiempo que quiera.

SERVICIO MÉDICO FORENSE TSJDF

Sumario 1/63

México, Distrito Federal, a doce de junio de dos mil tres,

Dr. Armando Luna Rosas T., Subdirector Pericial

Dr. Salvador González B., licenciado en Medicina, Médico Forense del SEMEFO TSJDF.

Manifiestan que a las 5 horas del día 10 de mayo de 2003, en cumplimiento de orden judicial, practicaron la autopsia al CADÁVER NÚMERO SEIS, según se enumeró en el momento del levantamiento.

EXAMEN EXTERNO

1. Aspecto general del cadáver.

El cadáver aparece sobre la mesa en posición de decúbito supino, miembros superiores extendidos pegados al tronco y con las palmas de las manos hacia arriba. La cabeza muestra dos impactos de arma de fuego. La caja torácica presenta del lado izquierdo la UNDÉCIMA y DUODÉCIMA costillas rotas. Hay señales de cicatrización queloide en los antebrazos. Existe la presencia de un hematoma en el hombro izquierdo.

2. Identificación.

a. Ropa y objetos personales.

El cadáver vestía las siguientes prendas que le son retiradas respetando su integridad:

- Chamarra de mezclilla.
- Camiseta deportiva de color azul marino con logotipo visible.
- Pantalón tejano, con desgaste visible a la altura de las rodillas.
- Calzoncillos blancos.
- Calcetas deportivas blancas
- Tenis del número 9, de color negro.

El cadáver llévalos siguientes objetos personales:

- Reloj negro, deportivo, de esfera blanca y manecillas rojas.
- Ocho monedas
- Cartera con identificación a nombre de Luis Velarde López: papeles personales, un billete de 100 pesos.

Las ropas y los efectos personales son puestos a disposición del Juzgado para identificación y estudio criminalístico.

b. Características generales.

Se trata del cadáver de un hombre. Normosómica, con palidez de piel y mucosas. Inflamación de ganglios sugiere proceso infeccioso reciente. Estatura: 18a centímetros.

c. Características individuales o marcas particulares.

Ninguna.

3. Evolución de fenómenos cadavéricos.

El cuerpo llega al SEMEFO horas después de la defunción. El proceso necrológico se presenta en su primera fase. A nivel externo, la integridad cutánea es completa salvo por los impactos de arma de

fuego en el cráneo, a la altura del hueso frontal y la cara orbitario.
(FOTO 4).

4. Lesiones traumáticas.

a. Cuerpo y extremidades.

- UNDÉCIMA y DUODÉCIMA costillas del lado izquierdo rotas. Dada la ausencia de hematomas en el área, se estima que la fractura se produjo hace más de un mes.

- En la superficie ósea de la bóveda craneal, aparecen dos ORIFICIOS. El PRIMERO está situado a nivel de la escotadura supraorbitaria y el hueso frontal. El SEGUNDO a nivel del hueso lagrimal y nasal (DIAGRAMA 1). Su morfología es circular, con diámetro mayor oblicuo de 1,7 centímetros y diámetro menor de 1 centímetro. Los bordes del orificio son regulares y nítidos sin que se aprecien alteraciones cromáticas macroscópicas en los bordes del mismo. Las características generales del orificio se corresponden con las de un orificio de entrada, por DISPARO DE ARMA DE FUEGO, con una circunferencia de contornos regulares y una alteración subyacente en el diploe craneal en forma de cono truncado con la base más ancha en la tabla interna. A nivel de la mandíbula, falta el segundo premolar del lado derecho, apareciendo el primer molar del Lado izquierdo con marcados fenómenos de caries. En los incisivos inferiores se observan incrustaciones calcáreas en el borde oclusal.

Arturo pasa la lengua por el espacio donde intuye que no habrá un premolar. Pero está ahí.

Mira a Luis con atención. Los orificios provocados por las balas siguen ahí. Su piel presenta un color amarillento, con marcas violáceas en los labios y en el ojo que queda. Está desnudo e hinchado. Observa sus manos y toca una con los dedos. El tacto es falso, como una imitación de cuero. Toma la cabeza de Luis entre las manos. Con el pulgar derecho repasa la ceja que aún existe. El olor a amoníaco resulta casi insoportable. Toma su mano izquierda y la compara con la suya: tienen casi el mismo tamaño. En el pecho, Arturo tiene un poco más de vello. Hay pequeñas cicatrices en su antebrazo, y una uña del

pie está rota.

Todo Luis parece un barco zozobrado. ¿En verdad se parecen?

El judicial carraspea. Arturo no se ha dado cuenta de en qué momento ha regresado.

—Pinche cabrón, cómo quedó. ¿Nos regala una firma? Aquí y acá también. Arturo escribe su nombre en la línea que le presentan.

—En el informe dice que encontraron un reloj entre sus cosas. ¿Me lo puedo quedar?

El forense asiente y sale de la habitación.

—Mirándolo bien, sí podrías pasar por su primo.

Arturo no contesta. Cuando el doctor regresa, le tiende el reloj en una bolsa de papel y le pide otra firma.

En la calle, Arturo siente el aire de la tarde golpearlo como vidrio molido. Al cabo de unos pasos se detiene junto un poste y vomita. En su boca cicatriza el olor a cloroformo.

11

Rué Cambronne con Villa Croix Nivert. Dentro, las paredes respiran al ritmo de La música. Un hombre con un gorro de cocinero se tira al suelo y Levanta la cadera, mientras otro que viste de cuero mueve sus brazos con movimientos que a Arturo le hacen pensar en un helicóptero.

Se dirige a la caja y compra un par de fichas fosforescentes. Con ellas, pide una cerveza en la barra. Los rayos láser Lastiman sus ojos. Apura su bebida y va al baño. Todo brilla camino al mingitorio: las paredes, la ropa, los dientes de la gente. Tira el vaso y entra. Ala izquierda hay una tina de metal con hielos. Piensa en Luis. No podría afirmar si se parecen o no; al menos, no tal como lo ha visto. Trata de reconfortarse, pero es cierto que hay algo familiar en su rostro, como el recuerdo de un extraño recurrente en la ciudad. El vapor se eleva cuando sus orines chocan con el hielo.

Le cuenta esto a la mujer que le sirve otra cerveza por una de sus fichas. Ella sonríe, pero Arturo duda que lo haya escuchado. Regresa a la pista. Quiere bailar, retar al tipo que mueve sus brazos como aspas de un ventilador, pero otro lo empuja y lo saca del círculo.

—Coman verga, malditos maricones.

Se siente tan fuera de lugar, que piensa en irse y regresar a casa. Cierra los ojos. Siente la música en el centro del pecho.

—¿Qué onda, galio? ¿Me vas a invitar a tomar algo?

Se da la vuelta, La reconoce por sus ojos, esa mirada mezcla de curiosidad y desprecio.

—Mi cartera. Y mi amuleto.

Noemi ríe.

—En lugar de andar llorando mejor invítame una chela.

Asiente. La toma de la mano y se dirigen a la barra Ya no le importan los rayos láser ni las peleas de baile.

—Dame las fichas, yo las cuido dice Noemi.

Las mete en el bolsillo trasero de un pantalón a punto de reventar. Arturo pasa su mano por el culo de Noemi mientras se pregunta cómo puede caminar con eso.

—Epa, cabrón. Luego, luego con las confianzas.

Deja un par de fichas sobre la barra y recoge las cervezas.

—Vente, vamos arriba a ver qué pedo.

Hay algo en ella que lo seduce. C que lo vence. Podría dejarse guiar por Noemi al centro de la noche, al corazón mismo del infierno.

—Eres una cabrona, me chingaste todo.

—¿Qué querías? Mínimo tenía que sacarte la lana del cuarto. Intenté despertarte y no reaccionaste. Te pellizqué, te sacudí, hasta estuve a punto de cachetearte. Además, ni que hubieras traído tanta lana.

—¿Y el amuleto qué?

—No mames, esas mierdas no sirven para un carajo.

Noemi da un trago a su cerveza y le pide que la espere. Lave bajar las escaleras con ese culo en forma de corazón y piensa que no regresará. Se ha ido con las fichas, además,

Se recarga en el barandal y deja caer su cerveza entre la gente.

Hay tantas cosas que se pierden para siempre.

—¡Eh, cabrón!

Extiende una mano en señal de disculpa, pero los tipos sobre los que ha caído el vaso corren ya hacía la terraza.

«Noemi, ¿por qué me has abandonado?»

Frente a él llegan tres tipos. No son nada del otro mundo. Uno le recuerda al forense.

—Soy poeta.

Ni siquiera responden. Arturo se tapa la cara mientras los golpes caen por todos lados. Uno, dos, tal vez tres minutos.

—Ya estuvo bueno, culeros.

Un hombre los separa. Es la voz de un hombre. Levanta la vista pero la luz le duele. La mole que se ha parado entre él y aquellos tipos le resulta familiar.

—Vámonos —dice Noemi.

Arturo se levanta y Le tómalala mano.

—¿Dónde estabas?

—¿No puedes evitar meterte en pedos? fue un accidente.

—Cállate. Estás pedo de nuevo. Pareces un chamaco de quince años.

Salen del lugar y comienzan a caminar.

—¿Adonde vamos?

—¿No te dije que te callaras?

Arturo no reconoce las calles. Piensa en sacar su mapa, pero teme que ella se enoje. Noemi lo arrastra por las calles de la Roma y la Doctores hasta que llegan a una casa vieja. Reconoce el lugar, lo ha visto antes-, la Place Denffert Rocherau. Eje Central corre a su izquierda. Se adentran en Manuel Othón y llaman a un zaguán rojo oxidado. Un hombre abre la puerta —¿Conoce usted a Marianne?

—De la montaña.

—¿La hora?

—Va a sonar.

—¿El derecho?

—Universal.

—¿Dios nos ve?

—Desde lo alto de la montaña.

—¿El león?

—El león.

—El hombre abre y Noemi pasa sin decir más.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué fue qué?

—El león.

—¿De qué hablas? A ver, gallo, vamos a jugar a un juego en el que no hablas hasta que yo te lo ordene, ¿entendiste?

—Pero...

Noemí le pega una cachetada.

—Qué chingaos.

Otro golpe le calienta el rostro. Regresa en si lo suficiente para repararen

el pasillo a oscuras y en el murmullo que sube desde el fondo del patio. ¿Qué posibilidades tiene? Continuar o regresar a casa. Quiere mandarla a la chingada, pero le intriga lo que encontrará cuando llegue al origen de la música

—¿Entendiste?

Arturo mueve la cabeza.

—Bien. Tómate esto. Te va a alivianar.

Cierra los ojos y traga. Noemí lo toma de la mano y cruzan el patio hacia una puerta de hierro. La empujan y bajan unas escaleras sin luz hasta llegar a un portón de madera despintada. Algo retumba en su pecho. Después, cruzan la puerta.

12

Despierta confundido. La mano le arde, tiene un corte en la palma. ¿Qué ha ocurrido? No está en su casa. Encuentra el baño y deja correr el agua para lavarse la cara. Luego bebe del grifo. Las sienas le palpitan. En su mente se atropellan recuerdos incompletos: focos rojos que cuelgan de conexiones sin *socket*, Noemí, gente mirándolo.

Sale de la habitación y descubre un par de gatos que lo miran en silencio. En la cocina encuentra platos sucios y un refrigerador con una cebolla podrida. Hay pelos, croquetas y papeles tirados por el suelo. Colgadas en la pared hay pinturas de cráneos de perros y caballos. Toma más agua y regresa a la cama. Intenta dormir, pero no puede. En su cabeza se suceden más imágenes sin orden. Gente bailando. Un tubo. Él corriendo por una escalera.

El colchón es cómodo, con una base de latón dorado que destaca contra la pintura roja del cuarto. Hay telas amarradas en las esquinas de la cama que le hacen pensar en Aerosmith. Ropa de mujer tirada aquí y allá. En la cómoda, una caja de cuero. Está a punto de cogerla cuando escucha abrirse la puerta.

—¿Ya despertaste? —dice Noemí mientras le avienta una bolsa con un paquete envuelto en papel cera—. Tomé el dinero de tu cartera.

Arturo atrapa la torta y la abre con ansia. Tiene la sensación de no haber comido en días.

—¿Cómo me corté la mano? —pregunta mientras mastica.

—Una cerveza rota.

Noemí lleva puesta una blusa que deja ver sus pezones.

—¿Qué pasó ayer?

—Nada interesante. Te empedaste y tuve que cuidarte como aun pinche mocososo. Siempre metiéndote en problemas, como con esos pendejos del

Patrick Miller.

Arturo mira a Noemí. Su voz ejerce sobre él un efecto inexplicable.

—Bueno, vístete, que tengo que descansar antes de ir a trabajar.

—El otro día te busqué en Sullivan. Nadie parecía conocerte.

—¿Qué creías? ¿Que iban a darte mi celular y mi dirección para lo que se te ofrezca? —Le avienta su ropa antes de que él responda— Ándale, apúrate, que tengo prisa.

Arturo se viste. Quiere darle un beso, pero ella vuelve el rostro.

—Ya, que se me hace tarde te digo.

Noemí le da un juego de llaves y lo empuja a la puerta.

—Ahí cierras.

Sale a la calle, en medio del esqueleto de un tianguis cerrado.

Noemí. Tiene unos ojos de un negro casi absoluto. Mira su cartera: esta vez no le ha robado. Camina hasta el centro y entra en un restaurante a desayunar. Extiende el mapa: Boulevard Magenta. Pide el periódico y busca la sección de los horóscopos: «Te enfrentas a una situación delicada en tu Lugar de trabajo que conlleva cambios importantes. Intenta conectar con los buenos amigos y las personas que puedan ayudarte. Deja a un lado el orgullo y las soluciones aparecerán solas. En el amor, tienes que ceder para poder mantener esa relación por la que has arriesgado tanto. Los cambios de temperatura no te van a favorecer. Cuídate».

Se vuelve a mirar el reloj.

Mierda, la farmacia.

Apura el desayuno y toma un taxi para ir a casa y cambiarse. Sí tiene suerte, llegará con poco retraso. Pero no la tiene.

Musée du Louvre - Les Halles - Pompidou

La lluvia ha convertido París en un paisaje muerto.

Pides otra michelada mientras garabateas en una de las tarjetas.

En otra época castillo medieval, palacio renacentista y mansión real, el Musée du Louvre, hecho de mármol blanco de Carrara, alberga ahora una de las mayores colecciones de arte clásico del mundo. Situado frente al Jardín des Tulleries (y alineado con el Arco del Triunfo), cuenta con una sala de conciertos donde han actuado Lola Beltrán, María Callas y Luciano Pavarotti, entre otros.

Es casi mediodía y comienza a escampar. Has reservado para el Musée du Louvre ese día entero. Sales del restaurante y te sientas al pie de la escalera central, dando la espalda a la pirámide de leoh Ming Peí. Te da pereza entrar, ver una vez más *La Joconde* dibujada por Siqueiros o *Le Portrait de Louis XIV* de Orozco.

La Place du Madero fue bautizada así por Pancho Villa, al entrar en la ciudad junto a Zapata. Él mismo puso la placa que recargó sobre el mármol, mientras debajo una banda cantaba: «Cuatro años ya, ha cumplido la Revolución...».

Puedes irte de ahí por el Boulevard Sebastopol para doblar a la derecha por la Rué Aubry y llegar a la Catedral Metropolitana. O caminar al sur por el Boulevard du Palais, muy cerca de Notre Dame, hasta el Jardin du

Luxembourg.

Pero no» prefieres caminar al azar y perderte por calles donde na hay parque ni palacio alguno, lugares donde la única vegetación es la pintura descarapelada que cae sobre las aceras. Estás aburrída de los trayectos, aburrída de estas notas de historia que a nadie le interesan. Harta, entras en el primer bar que ves. En un primer momento no te das cuenta de que el lugar está casi vacío. Pides una cerveza» mientras miras una foto en blanco y negro del Moulin Rouge.

—¿Y esa foto?

—Un recuerdo de la pasada dueña —explica el camarero—. Tenia un negocio redondo: la cantina, un prostíbulo y un hotel de rato a la vuelta. Ya no queda nada de todo aquello. Aquí llegó avenir el mismito Indio Fernández, ¿cómo ve? Aunque ahora ya no separan ni las moscas» con todo respeto.

Notas el temblor de sus manos mientras seca los vasos.

—En aquel entonces se vendía a cincuenta centavos una cerveza que se llamaba Caballito. Todo esto estaba lleno de murales de París. El molinillo, le decíamos. El lugar se cerró en el cincuenta y cinco, por culpa del regente Uruchurtu, un tipo que quería convertir la ciudad en un ranchóte aburrído. Luego lo abrieron de nuevo otros dueños, pero ya no fue lo mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—La vida, señorita, la vida.

—¿Por qué nunca se cambió de trabajo si ya no viene nadie?

El hombre se queda callado, concentrado en sus manos.

—Supongo que soy hombre de una sola cosa.

0

Conocí a una prostituta en París que me robó la cartera. Estaba borracho y caminaba por Trocadero. Supongo que ella me abordó y me convenció de llevarme a un brincadero de paso, de esos que abundan en la Avenue d'Iéna.

Cuando desperté, no había rastro de ella. Ni de ella ni de mi cartera. El cuarto era verde, con esa serie de objetos sórdidos que se repiten simétricamente en todos los cuartos de los moteles de paso: una televisión, una lámpara de mesa, una papelería de plástico, un par de espejos y un jabón Rosa Venus.

Salí de la habitación sin hacer ruido, pero no había manera de que me escapara sin que me vieran los de la recepción. Desde ahí, un tipo me gritó:

—*Tinquiéte pas*, que ya dejaron todo pagado.

Regresé a casa caminando y me tiré en la cama. Guardaba recuerdos confusos: mi lengua rodeando un ojete redondo y estriado, y la certeza de esperar un estruendo. Recuerdo verla bailando sobre la cama, con su cabeza rozando las aspas de un ventilador apagado. Mis manos sobre su pecho sin tetas... su espalda sudada, en nado sincronizado con su cadera.

Eso, y un dolor profundo, seguido de la sensación maravillosa y terrible del orgasmo.

Noemí. Se llamaba Noemí. Olí mi mano: terna ese inconfundible olor a sexo, un aroma dulzón y penetrante, como a camisa recién planchada.

Fui al refrigerador, tomé una Coca y me paré en el balcón. Era casi mediodía y recordé que hacía unos años Jeanne Hébuterne había saltado desde un sirio similar. Estaba embarazada de Modigliani. Miré por el balcón y sentí vértigo. Di un trago al refresco. Las burbujas en mi boca me brindaron un poco de paz, pero el vértigo continuaba.

Regresé a la habitación, tomé dinero y salí de casa. Crucé el Pont du Carrousel para atravesar después el Jardin du Palais Royal y llegar a Garibaldi. Había pocos mariachis y uno afinaba su guitarra con una mirada triste. Le di veinte euros y le pedí que me cantara una canción de José Alfredo Jiménez. El tipo empezó a cantar. Sin rencor, pero también sin consuelo. Me metí en Le Regent y pedí una cerveza. Luego un tequila. El mariachi hizo caer la noche.

Cuando salí, lo único en lo que pensé fue en buscar a Noemí. Llegué a Trocadero y pregunté por ella Sin tetas, ojerosa y pintada, con la raya del ojo negra, negra.

Nadie parecía conocerla. La noche anterior había sido como un sueño y, aun así, me parecía lo más real que me había pasado en los últimos meses. Me fui de ahí y regresé a casa. Ahí me di cuenta de que también me había robado mi amuleto.

13

—¿Estuvo buena la peda?

La mira de soslayo y asiente.

Gema acomoda cajas de medicamentos en los estantes. Tiene esa manía de acomodarlo todo, poner los medicamentos en orden, categorizarlos por especialidades y ordenarlos alfabéticamente, o distribuirlos por tamaños y presentaciones.

—Tienes suerte de que el gerente no haya venido hoy.

—¿Suerte? Eso no existe.

—Lo dice el que lee el horóscopo a diario.

—Eso es otra cosa. Un ejercicio intelectual. No lo entenderías,

—Explícamelo.

—Analizo cómo unas cosas colaboran con otras. Me parece que no se ha prestado suficiente atención al hecho de leer el horóscopo y que lo que se lee, pase. Guando esto sucede es posible, por momentos, ver los hilos ocultos que sostienen las cosas.

—Aja.

Gema toma un frasco de paracetamol de uno de los anaqueles y se lo avienta.

—Para que te alivianes. Ya mero son las dos y va a caer un buen de gente. Más te vale ponerte al tiro.

—Gema, ¿no me puedes dejar en paz?

Ella lo mira con severidad. Cruza los brazos y apoya su peso en la pierna derecha.

—Te sientes mal porque desde que vives solo chupas a diario.

—¿Neta me tienes que sermonear? Ya déjame en paz, con un carajo. No

necesito esto.

—¿Qué te pasó en la mano?

—Me corté.

—¿Con qué?

—Una botella

—Andas mal, Arturo. Ultimadamente me vale madres, pero, neta, deberías cuidarte. Te puede pasar algo en alguna de esas cantinas en las que andas.

Cantinas. La palabra acciona el recuerdo de Nadia. No le ha llamado en los últimos días.

—Nadia, neta ya bájale que no ando de humor. ¿No ves que estoy crudo? Qué ganas de andarme fregando.

—¿Nadia? Si ya se te olvidó, me llamo Gema. No me confundas con una de las putas que te coges.

—Perdóname, Gema. Aunque, para ser honestos, cualquiera de esas putas, como las llamas, cogen mejor que tú. Es más, cualquier mujer coge mejor que tú. Estar contigo es como jalármela con la izquierda.

Gema lo mira extrañada, pero antes de responder, da la media vuelta y se va. Es mejor así. No se arrepiente de lo que dijo. Hubiese querido ser más despiadado, reducirla al borde del llanto. Siente que la cabeza le va a explotar. Se echa sobre una cama de cajas y cierra los ojos. Nadia. Esa noche la llamará y le contará todo lo que ha pasado. Le dirá que Luis, el Luis que conoció, el que la llamó ese día, está muerto, y ella es la última persona con la que habló, si es que acaso contestó a la llamada. Tal vez también le cuente cómo tuvo que ir a la morgue para cerciorarse de que todo eso había pasado, que el tipo que cayó a su lado era real pero que no tenía nada que ver con su vida, que fue sólo el destino o el azar los que gestionaron que las balas le dieran a él, y sólo a él, en el momento en el que ambos estaban al alcance de la muerte.

Sí. Nadia entenderá, lo sabrá todo de sus pesadillas y comprenderá que era inevitable que Luis muriera para entresacar esa hebra que ha reordenada sus días en nuevas posibilidades. Noemí, por ejemplo. Nadia. No habría podido ser de otro modo. Pese a todo, la posibilidad tiene bien medidas sus limitaciones: la Ciudad de México no habría podido ser otra que París, como tampoco nadie más habría podido seguir los pasos de Luis ni tomar su rostro entre sus manos. Está cerca, lo sabe, y todo depende del momento en el que

Nadia conteste el teléfono y acceda a encontrarse con él.

Cuando despierta ya es de noche. La oscuridad de la bodega lo desorienta, por un momento no reconoce las cajas ni los anaqueles que lo rodean. Aturdido aún, sale de la farmacia sin despedirse de nadie. No repara en el contraste de Notre Dame iluminada contra el cielo.

14

Regresa al departamento de Noemí en el Boulevard Magenta. Sube dos plantas hasta su piso y prueba varias llaves hasta que logra abrir.

—¿Noemí?

No está, ¿y ahora?

El techo es alto y de ladrillo, sostenido por un par de vigas que corren a lo largo de la habitación. El piso está sucio, pero el diseño de la loseta le hace pensar en una hacienda.

La ventana está abierta. Desde ahí puede ver el patio. Va a la recámara y avienta su mochila sobre el colchón. Hay ropa tirada en el suelo y en la cama. Un plato con migajas en una de las cómodas. Recortes de revistas de moda en las paredes. Abre los cajones: ropa interior, blusas, condones. En uno se halla la caja de cuero cerrada con llave. La levanta; es pesada. Vuelve a ponerla en su sitio, cuidando de acomodar la ropa de manera similar a como la encontró.

En el estudio repara en algo que no vio la primera vez: una Virgen Mana en un altar lleno de veladoras. Hay un par de rosarios y medallas de santos. Al lado, un maniquí de unicel tiene alfileres clavados en la cara. Más recortes, basura, tijeras y tachuelas sobre el escritorio. También hay varias pinturas sin terminar sobre cartulina. Toma una pequeña y la guarda en su chamarra.

Siente ganas de ir al baño y entra en el pequeño cuarto que se halla detrás de la recámara. En los estantes hay toallas Femeninas, más condones y tampones. Maquillaje, algodón, esmalte de uñas. La pátina del espejo ha desaparecido casi por completo. Hay manchas marrones alrededor del retrete. Arturo pasa un papel por el borde de la taza, se baja el pantalón y se sienta, mirando el resto de los detalles: el sarro en la regadera, el champú, la marca de la pasta de dientes.

Escucha la lluvia golpear con suavidad las ventanas, como un ejército que apenas inicia su marcha. Tal vez es hora de que se vaya. Se limpia y vacía el depósito del baño. Regresa a la habitación y se acuesta en la cama. Mira hacia arriba y trata de empatar la cicatriz con la geometría del techo. Cierra los ojos.

Un gato entra al cuarto y se sube en La cama. Lo mira con aburrimiento, como si el hecho de encontrarse ahí no rompiera con las expectativas de ese día. Trata de acariciarlo, pero el gato bufa y se va de un salto.

Se levanta, toma una pluma del tocador y escribe una nota diciendo dónde dejará las llaves y su número de teléfono. Ya no tiene nada más que hacer allí.

En el patio, las gotas de agua han dibujado constelaciones sobre el cemento.

Se llévalas manos a la cara y bosteza.

Cuando llega a la calle, la lluvia arrecia.

15

¿Dónde está el mapa? Tampoco encuentra sus notas. Tiene que ir a la farmacia, pero no puede salir sin el mapa. Lo revuelve todo: voltea cajones, mochilas, busca debajo de la cama. No está.

¡Putá madre!

Noemi. Tal vez está en su casa.

Desesperado, corre a su departamento. Atraviesa Juárez, la Alameda, Hidalgo. En su desesperación siente que en cada esquina se repite el mismo puesto de tacos, el mismo Oxxo, la misma entrada de metro. La ciudad entera es un semáforo y un montón de coches bajo un cielo percutido.

El portón está abierto y Arturo sube los dos pisos hasta la puerta de madera.

Llama.

Alguien se asoma desde una ventana.

—¡No está!

«Lo sé», quiere decir, pero tan sólo pide una pluma y un papel y garabatea un mensaje que empuja por debajo de la puerta.

Esperar. Es lo único que le queda.

Sale de ahí y regresa a la calle vacía. París ya no está. No recuerda el nombre del quartier, ni si es la Rué de Richelieu o la Rué de Montpensier la calle que lleva hacia la Alameda. ¿Cómo regresará ahora a casa? ¿En qué puente cruzará el Seine? Se queda parado mientras una vida que no reconoce brota en la calle.

—Llévate el mantel para la mesa, diez pesos.

París, postal del cielo.

—Puede preguntar, sin compromiso.

*Rostros en la multitud: pétalos en
una rama oscura y húmeda.*

—Pásele, gueríta. Escójale, está fresco.

Moriré aquí, con. aguacero.

Corre. Cruza de nuevo la Alameda para seguir por Doctor Mora hacia Revillagigedo. El D. F. parece falso, lleno de cosas que no deberían estar ahí. Él, por ejemplo. Él debería estar en otro lugar.

0

Lo más cerca que estuve del amor fue cuando estuve con Gema. Un año antes del asalto fuimos a tomar unas cervezas y luego me pidió que la acompañara a su casa. Tomamos un taxi y recuerdo que me dio las llaves mientras ella buscaba algo en su bolso. La puerta rechinó cuando la abrí. Gema entró y yo la seguí hasta su cuarto. Aún puedo oír a la abuela roncar, con un sonido como el de un tren destartado. De esa noche guardo la memoria de su cuerpo diminuto y dos pezones magníficos, un par de círculos negros como vacíos perfectos en medio de su pecho. Cogimos y cogimos mal, con esa sensación de insatisfacción que da siempre un primer encuentro. Es como andar en medio de la oscuridad: algo te dice qué hacer, pero en realidad no tienes ni idea. Besas, chupas un poco aquí y allá, eres gentil o filme, aprietas o apenas rozas, y de repente todo acaba y lo que se supone que tendría que ser un orgasmo no es más que una breve sacudida y una sensación de ganas de orinar. Al día siguiente tuve que acompañarla a que comprara la píldora del día después.

Nadie comentó nada en el trabajo. Los días en la farmacia se tornaron pesados, ambos atrapados en la incomodidad de no saber qué esperar. Al cabo de unos meses decidimos obviarlo, cosas que pasan, nos dijimos, y seguimos como siempre, pero ese siempre fue triste, fue un nada, algo que no termina de concretarse porque no existe la posibilidad de que ocurra, porque no existe la posibilidad del amor cuando la vida es plana y aburrida.

Poco después del funeral de mi madre fuimos al Savoy. Bebimos unas cervezas, vimos un espectáculo y luego tomamos un taxi que nos llevó a su casa en Asnieres sur-Seine. un lugar con una vista magnífica sobre el río. Gema tomó mi brazo y lo pegó a su pecho mientras el taxi cortaba las calles de París a toda velocidad.

—Te ves distraído.

—No es nada.

—Te han pasado muchas cosas en las últimas semanas.

Puso mi mano en su corazón, en un gesto que me pareció ridículo. ¿Quién se creía? En ese momento me arrepentí de todo: de habérmela cogido aquella vez y de haberla invitado a salir de nuevo, de dejar que ese taxi nos llevara hasta su casa a reproducir la misma promesa fracasada de hace un año. Pensé en regresar a casa, pero estaba indeciso, mi mente dividida entre dos posibilidades. Bajé del coche y Gema puso su índice en mis labios.

—No hagas ruido, mi abuelita ya debe estar dormida.

El cuarto de Gema es pequeño. Las paredes están pintadas de rosa. Cierro los ojos y estoy ahí de nuevo.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras prende la lámpara de noche.

—Todo bien.

Luego me besa. Su boca huele a cerveza. Es la misma Gema, pero la sensación es diferente. Mis manos recorren espacios que ya no dan lugar a la sorpresa.

Si cogemos, pienso, ya no es por deseo o soledad, sino porque es lo único que podemos hacer.

Me separo de ella y la tiendo en la cama. Todavía no tengo una erección.

Gema se acaricia los senos y empuja mis besos hacia su vagina. Su vello frota mi cara como un zacate negro.

Cogemos como quien prende la televisión. No podemos hablar, no podemos mirarnos en la oscuridad durante toda la noche.

Lamo su sexo y me quedo observando el pequeño milagro de su vagina. Su ano está tan cerca de mi lengua que paso la punta por el orificio estriado, sintiendo la geografía de sus rugosidades. Gime. Continúo lamiendo el pequeño orificio mientras ella tiembla. Su sexo moja mi nariz. Cuando la lengua se me cansa, le doy la vuelta y la pongo a cuatro patas. Tomo mi pene y lo mojo con saliva, para después insertarlo con firmeza en su ano.

—Espérate, me duele.

No me detengo.

—Aguanta, Arturo.

La tomo del cabello y lo jalo con fuerza. En mi centro su piel se resiste, pero termina cediendo, absorbiéndome. Ahoga un grito y clava sus uñas en mi

mano, en los dedos que la tienen sujeta por la cadera.

—Neta, me está doliendo, cabrón.

Llevo la mano que sostiene su cadera a su boca.

—Bájale —le digo susurrando.

Se tira en la cama, pero yo persiga su cuerpo y me desplomo sobre ella. Hay algo en mí que despierta violento.

Ella, intenta apartarme de su cuerpo, se arrastra sobre las sábanas como un soldado en plena guerra. Una de mis manos sostiene su cadera, disfruta de apretar la carne que se desparrama entre los dedos.

No sé cuánto tiempo pasa. Tal vez mucho. Tal vez poco. Me deslizo sobre una ola que se ha formado entre su espalda y mi pecho. Termina.

Gema solloza unos minutos, pero a mí me parece escucharla desde lejos. Nadie dice nada, así que intento dormir. Luego ella se levanta y se limpia la cara y la nariz con un bleenex.

—Por favor, vete.

—¿A. esta hora? Ya me gasté lo que traía, no tengo para el taxi.

Va hacia su bolso y toma cien pesos que avienta en la cama.

—Vete.

Su cuerpo se ve mucho más frágil de lo que recordaba, pero esos dos pezones aún me asombran, como los ojos de un ave en medio de la oscuridad. Tomo el dinero y me visto. Cuando salga de la habitación, escucho de nuevo los ronquidos de la abuela.

Camino a pasos lentos. Gema baja en silencio detrás de mí. Llego a la puerta. Ella, envuelta en una toalla como si acabara de salir de la ducha, se queda parada mirando mis tenis. No digo nada. Salgo y, a unos pasos, escucho el sonido del pasador que la protege a ella y a su abuela. El frío de la madrugada me golpea. Ni siquiera me fijo en las calles que cruzo para regresar a casa.

16

Ese día no ha ido a trabajar. Le parece una idiotez estar así por haber perdido el mapa y las notas. Podría rehacerlo todo, volver a crear los itinerarios, las referencias, los mapas, pero la sola idea lo fatiga.

Está cansado,

Sena tan sencilla no tener estas pretensiones, evitar buscar que la vida sea un poco más grande de lo que en verdad es.

Toma su celular y llama a Gema, El teléfono suena varias veces antes de que conteste.

—Gema, ¿nos podemos ver? Necesito hablar con alguien. Sí. ya sé que son las dos de la mañana, carajo. Toma un taxi, yo te lo pago. Nos vemos en Garibaldi.

Las calles están en silencio, nove a nadie hasta que cruza Fray Servando y Arcos de Belén.

«Ya voy para allá», lee en la pantalla de su móvil.

En la plaza quedan pocos mariachis, la mayoría ya ni se acerca ala gente.

—¿Cuánto por una hora?

—Se la dejo en ochocientos, jefecito.

—Mejor mil, ¿no?

—Mejor mil, ándele.

—Traigo quinientos.

—Pues ya, nomos porque es lo último. ¿Cuál le cantamos?

—Aguante, déjeme conseguir un trago.

Arturo pide un par de jarros de barro con tequila y refresco de toronja. Gema no puede tardar mucho. Échense la de un mundo raro,

El mariachi silba y comienza el repique de la guitarra. Una trompeta

acompaña sin mucha gracia al cantante.

—¿Qué onda? ¿Qué te pasa?

Arturo extiende el brazo con el tequila.

—Salud. Gracias porvenir.

—¿Qué tienes? Son las tres de la mañana, no mames. ¿Estás bien?

—Nunca voy a ir a París.

—¿De qué hablas?

—El otro día fui a una agencia de viajes. Quería ver en cuánto andaban los boletos.

—¿Y?

—El viaje completo está como en veinte mil varos. Es un chingo.

—¿Y por eso no fuiste a trabajar?

—Eso y otras cosas.

Gema se sienta a su lado.

—Quisiera ir allí de una vez por todas. Y aun cuando tuviera esos veinte mil pesos, me aterra la posibilidad de que la realidad sea mediocre, gris, de que París no sea lo que esperaba. ¡Muchachos, échensela otra vez!

Gema da un trago a su tequila. Mira a los mariachis intercambiar gestos mientras vuelven a tocar la misma canción.

—Lo que busco es más difícil de conseguir de lo que yo creía. Sin embargo, es cosa común en ese otro París, como una chica linda con un baguette bajo el brazo.

—¿Qué otro París?

—Olvídalo. Aunque quisiera, no podría explicarlo.

—A lo mejor ese otro París no es para ti.

—No me salgas con ésas otra vez, Gema.

—Me has llamado a las tres de la mañana para que viniera aquí a escucharte, ahora te chingas. Nos han enseñado que el trabajo duro puede ayudarnos a lograr cualquier cosa, pero es una mentira. Existe una delgada línea entre el trabajo duro y obstinarnos por algo que nunca lograremos.

—Señores, va de nuez.

—También nos sabemos la de Vámonos, Que se me acabe la vida, Gracias, *La mano de Dios, No me amenaces.*

—¡Mundo raro!

Ambos se quedan en silencio escuchando a los mariachis.

—Dicen que la palabra mariachi viene del francés *mariage*, porque érala música que se tocaba en las bodas.

Arturo sabe que la historia es falsa, pero le gusta. Disfruta el sabor del tequila mientras escucha a José Alfredo. Todo es tan frágil, piensa, nada tiene importancia y al mismo tiempo lo único que vale la pena son las nimiedades, como esa canción en *repeat* y que Gema esté con él ahora. Las cosas grandes les pasan a otros. Al resto sólo les queda conformarse con lo pequeño, con lo que no tiene importancia.

La hora se extingue y La plaza se vacía. Pronto amanecerá. Camina con Gema hacia los taxis que los esperan sobre Eje Central.

—Te acompaño.

—No, no hace falta.

—Gema.

—¿Qué?

—¿Crees que tú y yo pudimos, en algún momento...?

—No. Ese tren se nos pasó. Déjalo ir.

Un taxi la lleva a ese punto de París que tal vez Arturo nunca vuelva a ver. Algo en su interior se encoge. Sospecha que es él quien se está desvaneciendo y que París sigue ahí, pero ya no es capaz de verlo. Quisiera ser un tipo más simple, pero no puede. Ya no puede vivir de otra manera.

Shakespeare & Co. - Quai de Montebello - Gare du Nord Versailles

Otros puntos del itinerario también resultaron decepcionantes. Por ejemplo, que en el lugar donde está la librería de Sylvia Beach haya una bodega de papel, o que toda esa gente que vende libros en el Quai de Montebello no sean otra cosa que negocios de poca monta en la colonia Álamos.

Tal vez lo más decepcionante, sin embargo, sea Versailles: un castillo imaginario en medio de la carretera México Toluca. La opulencia de Luis XIV reducida a un despoblado, sin un solo lugar para tomar un trago.

Miras por la ventana del autobús que te regresa a la ciudad. «Algunas cosas resultaron decepcionantes.» Sin duda. ¿Acaso no es ésta la frase que podría resumir toda una vida?

Lo único que puede arreglar tu vocación de cosa rota es una cerveza. Al llegar al D. F. evitas mirar el mapa: sabes que algo se revelará apenas des la vuelta a la esquina, otra pieza más de ese rompecabezas que alguien ha Llamado París. ¿Por qué seguir? Tal vez siempre te ha seducida el azar, accidentes que, elevados a la enésima potencia, rompan lo establecido, lo común, lo que das por sentado.

Cuando llegué a tu casa y comencé a hablar sentí como si hubiera estado callado mucho tiempo y las palabras me fueran a explotar dentro de la garganta. «Tu nombre en ruso es Nadege, el diminutivo de la palabra “esperanza”, es decir, la versión abreviada de un trayecto.»

La Niña salió a la sala, agarró la caja y la agitó, pero se la arrebaté de las manos. Me quedé callado un momento, avergonzado. Luego hablé de Luis, de cosas que te parecía haber escuchado en otro lugar y que fingían ser parte de ti, como un eco del deseo, de la necesidad.

Diste a la niña de desayunar y la mandaste a su cuarto. Luego te serviste un trago y me tomaste del brazo para salir de ahí. Agarré la caja y nos sentamos en las escaleras. La pusiste sobre tus piernas y ía abriste. Algunos libros. Mapas. Tarjetas. Un cuaderno con anotaciones.

Cerraste el paquete y dejamos el resto para estos encuentros. Nos despedimos y regresaste a casa. Cuando llegó el Hombre, la Niña gritó: «¡Papá, un tipo vino a visitar a mamá! ¡Y le trajo un regalo!».

Viste los ojos de la Niña al decirlo. Un destello, una satisfacción.

—Buenas tardes, señorita, ¿me permite invitarla a un trago?

El tipo te saca del recuerdo de esa sonrisa. Salvo el bigote, no tiene nada de especial. Podrías decirle que si, aceptar que todos esos errores tomen forma, explicarle quién es el Hombre y quién es la Niña y cómo viven allá en ese otro espacio, en un departamento que tiene una sala donde hay un cuadro horrendo con tres caballos que corren por el campo.

—No, gracias.

Sales y prendes un cigarro.

—¿Señorita? —repite al seguirte, tal vez porque se ha dado cuenta de que estás llorando.

No le contestas. Inhalas el humo y se lo avientas en la cara. Te secas los ojos con un gesto nervioso y respondes:

—¿Un trago, dijiste? ¿Por qué no? Necesita algo fuerte.

17

Despierta antes del mediodía. Se levanta de la cama y va hacia la cocina.

En la alacena ya no hay Zucaritas.

«Si no hay Zucaritas, no puedo desayunar.»

«Si no puedo desayunar, no puedo ir a trabajar.»

Intenta marcar el número de Nadia.

«El número que usted marcó no existe, o ha cambiado.»

Hace días que escucha este mensaje. Se queda un momento quieto y luego se dirige al balcón. No hay nadie en la calle. Cierra los ojos. Quiere sustituir esta vista por la de Montparnasse. Aprieta los ojos y centra sus esfuerzos en perseguir esa escena. Luego los abre. Ante sus ojos se despliega la misma calle vacía en la Doctores. El despertador comienza a sonar.

Regresa a su cuarto y busca las pastillas. Encuentra el frasco marrón pero está vacío. ¿Cuándo se los terminó? Todo es un collage de cosas que no terminan de tener sentido. Se viste lo más rápido que puede y sale. No coge nada, ni siquiera las llaves. Si tuviera el mapa, sabría que camina por la Rue de l'Estrapade hasta Saint Jacques. Tendría que girar ala derecha y cruzar el Pont de l'Archeveché para llegar a la farmacia. Le bastaría entrar y pedirle disculpas a Gema por todo lo que ha pasado. Abrazarla, decirle que la ama, rogarle que le diga que todo estará bien, que esto no es más que un delirio, que un día irá a París y que será preciso que espere porque nadie sabe lo que le deparará la vida y que tal vez le traerá cosas buenas: el amor, un buen poema o un perro, y terminará apreciando el canto de los pájaros, la distancia entre los pezones de Gema, su boca menuda y sus manos tiernas.

Pero no puede hacer esto. Todo es inútil y lo único que resta es atravesar el centro por el Quai Saint Michel, el Quai des Grands Augustins, el Quai de

Conti, hasta llegar al Institut de France y frente a él, el Pont des Arts.

Camina hasta ahí y se detiene en el centro.

Debajo de él, el agua.

Frente a él, los autobuses cortan el aire.

Una imagen que no existe recorre su mente.

Piensa en sus padres.

Piensa en Gema.

Piensa en Noemí.

En Nadege.

Piensa en lo mucho o lo poco que las pudo haber querido. Trata de recordar sus gestos, la forma de sus manos, la manera que tenían de cepillarse los dientes, de tomar una quesadilla, de respirar, cualquier cosa, pero es imposible, todo se ha ido tan rápido como el instante entre una mañana y una noche.

Ahora sólo queda el Seine.

Cierra los ojos.

Comienza a Llover. Cláxones. Pisadas sobre charcos que reflejan el cielo de París, sus edificios.

El ruido del tráfico crece como si fuera una cascada.

Recuerda un verso de Rimbaud.

Me iré lejos, dichoso, como con una chica,

Tiene que dar un paso hacia adelante. Eso es todo.

Por los campos, tan lejos como el gitano vaga.

La idea de matarse le hace bien

18

Abre los ojos y a su izquierda hay un camión verde que avanza como un animal herido. El tráfico está parado y la poca gente que hay a su alrededor se resguarda a la espera de que la lluvia pase.

Se siente como un Idiota por estar ahí, empapado, deseando ver un tsunami que no llega. Regresa a casa, entra en el baño y deja correr el agua caliente. Se quita la ropa y se mira desnudo frente al espejo.

Ve su celular. No tiene mensajes nuevos. Ninguna llamada. Piensa en la gorda del tarot y en las cosas que dijo. Se baña y sale de casa rumbo a la Place Charles Michels.

El lugar está cerrado.

Llama a la persiana de metal.

Nadie abre. Tal vez si espera un rato...

—Hola, ¿Gonzalo? ¿Me puedes pasar al gerente? Si, quería avisarle que estoy enfermo y no voy a ir a la farmacia ¿Ayer? Ayer también tuve diarrea. Sí Sí Ya nos arreglamos cuando regrese. Sí Gracias.

Cuelga y espera.

Da una vuelta por Varsovia hasta Tokio. El cielo está gris, como lo ha estado las últimas semanas. Falta poco para que se deshojen los árboles. Regresa por Toledo y camina de nuevo a Londres. Desde lejos ve a la tarotista quitar los candados de la persiana metálica.

—Buenos días.

—Buenas, hijo. No seas malito, ayúdame a levantar esto.

Arturo mete los dedos debajo de la hoja de metal y la levanta.

—¿En qué te puedo ayudar, hijo?

—Hace unas semanas me leyó el tarot. ¿recuerda?

—Claro, ¿eres el que se va a casar, no? Te va a ir muy bien.

—No, mas bien me dijo que todo se iba a ir a la mierda.

La mujer prende las luces, agarra una silla frente a Arturo y con la mano lo invita a sentarse. Luego camina hacia el fondo y cruza una cortina de cuentas.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

Al cabo de unos minutos, Arturo escucha burbujear el agua desde una estufa que no alcanza a ver. La mujer regresa con dos tazas. Le tiende una.

—Te va a gustar, Es de Veracruz. Trae membrillo.

La mujer se echa paja, atrás y suspira. Cierra los ojos y luego los abre como si acabara de despertar de un mal sueño.

—¿Eres el Escorpión, no?

Todo el cuerpo de Arturo se tensa, como si estuviera a punto de saltar.

—Sí.

—¿Cómo vas?

—Bien.

—Qué bueno.

Toma su café y lo mira por encima de la taza.

Arturo inspecciona de nuevo el lugar. Parece utilería barata, el set donde alguien aparecerá con una pistola para asustarlo y después decirle que todo es una broma.

Mira hacia la cortina de cuentas.

—Entonces, ¿para qué soy buena?

—Se equivocó.

—¿Qué?

Arturo recuerda que dio el paso al frente y que no pasó nada. No cayó al agua desde el Pont des Arts. Escapó.

—Se equivocó. El descontrol; no pasó. Estoy bien.

La gorda lo mira y le da otro trago a su café.

—Bueno, eso me da gusto. Veamos qué dice tu horóscopo hoy. —Saca de su bolsa un pequeño anuario—. «En el trabajo vivirás alguna situación de tensión con algún compañero. Procura mostrarte diplomático y date cuenta que estás en el entorno laboral y no en un patio de colegio. Mantén una actitud madura y responsable pero procurando que los demás se den cuenta que a ti

nadie te toma el pelo. Contesta de forma inteligente pero cortante.

»En el amor, hoy tienes un día muy cambiante. O estás de mal humor o estás a risas, no te acabas de decidir y tienes a tu pareja enojada ya que no sabe cómo decirte las cosas para que no te parezcan mal. Note muestres tan sensible que las cosas no son para tanto.

»En la salud, aléjate de los puntos de calor. Hoy vivirás un día propicio para sufrir algún tipo de quemadura leve. Ten cuidado.

Cierra el anuario y sonrío.

—Pásame tu mano. La derecha. —Se queda callada. Luego vuelve a sonreír—. Pues sí. todo parece estar bien. En todo caso te recomendaría beber menos, pero, bueno, eres joven. Mira tú monte de Saturno. —Toca el espacio debajo del dedo medio—. Está un poco hundido. No seas tan ansioso ni aprehensivo.

Deja su mano sobre la mesa y regresa a su café.

—¿Eso es todo?

—Puedes terminarte el café, si quieres.

—Esperaba algo más. La última vez incluso me ofreció una sesión espiritista.

—No va a ser necesario, hijo.

Arturo se queda callado y jura no volver a leer un horóscopo en su vida.

Busca su cartera, pero la mujer lo interrumpe.

—No es nada, déjalo.

Arturo se encoge de hombros, da un trago más a su taza y se despide.

Cuando sale, la mujer se queda mirando hacia la puerta un largo rato.

0

He vuelto a ver a Noemí. Me he quedado a dormir en su casa, pero he despertado a media noche. He soñado algo, pero no recuerdo qué es. Estoy enojado. Casi furioso. Bebo un vaso de agua y desde la ventana veo las sombras de los cables de luz formar telarañas en el piso. Decido no quedarme más tiempo y salgo de nuevo a las calles pedregosas del Barrio Latino, Paso los dedos entre los arbustos y me los llevo a la boca. La oscuridad es casi total, no hay coches en las calles. ¿Qué hora es? Me pierdo durante una eternidad por las calles aledañas. No hay nadie. Los únicos lugares que permanecen abiertos son los Oxxos.

Desde la puerta de vidrio pido una cerveza. Intento platicar un poco con el encargado, pero el tipo no me responde. Sus ojos se ven vidriosos, cansados. Acabo la cerveza y le entrego el envase. Más tranquilo, regreso a casa de Noemí. Una cartulina Fosforescente enumera a los morosos: Pairoux, Tucoulat, de Fonvielle, todos con adeudos de mantenimiento que se remontan a años atrás. Subo las escaleras. En lo alto se ven las pequeñas chimeneas por donde corren los gatos. Introduzco la llave.

Abro la puerta y me quito los zapatos. Noemí está despierta, me mira desde el sofá de la sala. No dice nada pero me tiende una cerveza. La destapo y le doy un trago. Me hace un gesto para que me acerque. «Soñé», intento decir, pero me interrumpe con un beso. Luego me lleva de vuelta a la habitación y me venda los ojos, al tiempo que pone un pequeño cuadrado de papel en mi lengua. Tengo ganas de hablar y digo: «¿Conoces a los Pairoux?». No contesta. Siento el papel disolverse. Me quita el cinturón, desabrocha el botón del pantalón y corre el cierre. Tira por encima de los muslos y, ya abajo, me quita también los calcetines. Luego me toma de los brazos y me los levanta para quitarme la playera. Acaricia mi pecho y pezones. Los pellizca. Me besa.

Su lengua es ancha y cálida. Suspira. Luego me acuesta en la cama, toma mis muñecas y las envuelve con una especie de tela. Después las amarra a los postes de latón de la cama. Hace lo mismo con mis tobillos. Jalo un poco para medir la fuerza de sus nudos. Son fuertes.

A través de la venda puedo ver sombras, la escucho recorrer el cuarto y abrir un par de cajones. Me ofrece su sexo a momentos, mientras golpetea mi pene. Luego se lo traga, hasta el punto donde sus dientes tocan mis testículos.

Se detiene. Luego regresa y mete sus dedos en mi boca y con la otra mano vuelve a masturbarme. Huelo un cigarro encendido. Toma mi pene y se lo restriega por la vulva. Cuando lo inserta por fin, apaga la ceniza en mi pecho. Grito.

Juega conmigo por un tiempo que no mido. Desamarra mis pies y los une con esposas. Hace lo mismo con mié manos. Me sienta sobre la cama y me quita la venda de los ojos.

Junto a ella hay un hombre desnudo.

No sé qué decir.

No puedo verle la cara: lleva puesta una máscara de carnaval.

Intento hablar, pero recibo una cachetada.

Noemí se mete el pene del hombre en su boca mientras me mira.

Pienso en cerrarlos ojos, pero no lo hago. Ella le quita la máscara y apóyalos antebrazos en la estructura de metal de la cama, ofreciéndole el trasero.

Entonces lo veo. Es Archundia. Sonríe, la toma de las caderas y la embate por detrás. Ambos comienzan a gritar.

Noemí alarga su mano hacía mi boca. Me acerco mientras ella se llena las puntas de los dedos de saliva. Toma mi pene con firmeza.

Intento moverme, pero algo parece enfadarla. Aparta a Archundia y me tira de nuevo sobre la cama. Me da la vuelta y se pone debajo de mí, succionando de nuevo mi pene con su boca. Pienso que Archundia la penetrará, pero él se coloca a mis espaldas y con su mano derecha me toma del hombro.

Intento decir algo, negarme, pero no puedo.

Me vuelva para verlo. Ya no es Archundia, sino Luis, Sonríe.

Despierto.

19

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Necesito una ducha vaginal.

Arturo se vuelve a ver al cliente. Es Noemi.

—Hola, gallo. ¿Cómo estás?

—¿Tú? ¿Qué haces aquí?

—Pensé en pasar a saludarte.

—Te dejé un mensaje con mi número. Creo que dejé un paquete en tu casa.

Un mapa y unos apuntes. ¿Lo tienes?

Gema le tiende una nota a Noemi.

—Por favor, ¿puede pagar en caja? Con el recibo regresa.

—No sé, corazón. ¿Cómo es?

Noemi toma la nota, busca algo en su bolso y camina hacia Gonzalo.

—¿Y ésa? ¿Es la puta que te andas cogiendo? dice casi a gritos-. Qué asco.

Gema sale del mostrador hacia La bodega. Gonzalo los ve desde la caja.

—Ten, corazón, le dice Noemi cuando regresa.

—El paquete, ¿lo tienes?

—Coño, ¿no lo sé! Tengo que buscarlo. ¿A qué hora sales mañana?

—Como a las nueve.

—Date una vuelta por casa y vemos. Te hará de cenar. Pásame otra vez tu celular.

Arturo anota su número en un pedazo de papel.

—Mándame un mensaje para guardar tu número.

—Ok, gallo. Nos vemos después.

Arturo mira a Noemi alejarse de Notre Dame, Se ve un poco más delgada que la última vez, piensa, Gonzalo la sigue con la mirada, luego se vuelve hacia Arturo y levanta el pulgar, sonriendo. Aún es temprano y no hay muchos clientes.

—Cúbreme, güey— le pide Arturo.

Camina hacia la rebotica esperando ver a Gema llorando, pero está acomodando unas cajas en uno de los anaqueles.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Qué fue eso?

—¿Qué?

—Lo de que si ésa era la puta que me cogía, y quién sabe qué chingados.

—Se ve que es una golfa desde lejos. No sé qué te tengo que decir, Arturo, si ya estás grandecito.

—Es una amiga. A todo esto, ¿a ti qué te importa?

—Sí. lo sé, me debe de valer madres, ¿no?

Arturo no contesta. Quisiera abrazarla, decirle que no se preocupe, que todo va a estar bien, pero ¿es cierto? Ni él mismo lo sabe.

—Escucha, Gema, ¿por qué no vamos a comer y platicamos?

—No puedo, ya tengo planes. Además, tú haces de tu vida un papalote, no tienes que darme explicaciones. —Toma unas cajas de medicamentos y sale de la bodega para surtir los estantes del vestíbulo. Arturo la sigue, pero ya no dice más. Recorre con los dedos el marco dorado del mostrador y atiende a una señora que busca un remedio para los hongos de los pies.

20

—Te invito a unos tragos en el Dos Naciones —propone Gonzalo cuando cierran la farmacia.

«Si pudiera piensa Arturo, Gonzalo vería que Bolívar 58 es el Pont Neufy frente a nosotros está Les Vedettes du Pont Neuf. Pero seguro que no apreciaría esta sutileza.»

—¿Qué onda con Gema? ¿Por qué se llevan tan mal últimamente?

—Viejas. Están locas.

Arturo dice esto poco convencido, avergonzado, incluso. ¿Qué sabe él de mujeres, en realidad?

—¿Y la vieja que te fue a ver hoy a la farmacia?

—Una amiga.

Gonzalo no pregunta más. Llegan al bar y suben las escaleras hacia la planta alta. Vahas parejas bailan en la pista. Cuando se sientan, Gonzalo pide una cubeta de cervezas.

—Yo disparo.

—¿Y eso?

—Nomás, ando de generoso.

—¿Te volviste a chingar mercancía?

—Nel, como crees. Aquella vez fue la única. Salud.

—Salud.

—Eres buen compa. Además, se me pasó tu cumpleaños y con el desmadre del asalto ya no hicimos nada.

Un grupo de mujeres los mira desde una mesa cercana.

—¿Bailas?

—No, ¿Tu?

—A huevo, papá, Soy hijo del Aguacate Chico. ¿Sabes quién era?

—Nel.

—Estás regüey. Mi familia es de la Guerrero. Mi papá y su hermano iban a bailar al salón Los Ángeles. Les llamaban el Aguacate Grande y el Aguacate Chico.

—Órale.

—Mi jefe fue triple monarca nacional de danzón, ahí como laves. Una vez se peleó dos veces el mismo fin de semana.

Ambos dan un trago a sus cervezas.

—Ya no lo dejaron entrar después de eso. Luego se enfermó y ahí quedó.

—¿Hace cuánto que murió?

—Unos veinte años. Yo todavía estaba morro. —Gonzalo da otro trago y remata—: Pinches viejas, están bien feas.

Apura la cerveza y sale a bailar. Saca a una chica que parece tener menos de veinte años. Arturo los mira desplazarse a lo largo de La pista mientras las luces tiñen sus pasos de tonos arcoíris. Sonríe.

—¿Y tú? ¿No me vas a invitar a bailar?

La mujer viste una minifalda roja. Tiene el pelo rubio, casi naranja.

—No bailo, gracias.

—Pues yo te enseño.

—Ahorita no.

Ella se queda callada, hace una bomba con su chicle y se va. Gonzalo regresa.

—¿Qué tal?

—Dos dos. No se dejó agarrar la nalga.

Destapa una de Las botellas de la cubeta y se la pasa.

—Ya dime la verdad: ¿te cogiste a Gema? ¿Por eso se andan peleando a cada rato?

—Qué te importa.

—Ya, no seas mamón. Cuéntame.

Da un trago a su cerveza y luego le da un codazo.

—Mira a ésa. Está buena.

—No mames.

—Si le mato un puerco.

—¿Qué te pareció la chava que fue a verme a la farmacia?

—Está buena. ¿Te la andas dando?

—Algo así.

—¿Dónde la conociste? Dile que un día saque a una amiga, ¿no?

—Va.

Brindan de nuevo. Gonzalo se levanta y saca a bailar a otra chica. Arturo disfruta la escena: ve en Gonzalo a alguien que le gustaría ser. Revisa su celular y observa el nombre de Nadia casi como si fuera un fantasma. Le gustaría que estuviera ahí, contarle un par de cosas: lo que ha visto, todo lo que ha vivido.

—Ya, güey, no seas puto y saca a una vieja a bailar. Yo te la disparo. Es bien sencillo, mira: lo único que tienes que hacer es este pasito cotorro una y otra vez, y de vez en cuando darle una que otra vuelta. Eso sí, bien apretaditos, para que te sientan las cabronas. ¡Ay, apá!

Arturo ríe, no hace nada para impedir que Gonzalo llame al mesero y le dé un billete de cincuenta.

—No me vayas a quedar mal, cabrón.

El mesero regresa con una chica de pelo negro que le llega casi a la cintura.

—Hola.

Toma de la mano a Arturo y lo lleva al centro de la pista. La música se interrumpe.

—¿Cómo te llamas?

—Cinthia. ¿Tú?

—Arturo.

—¿Nada más?

—¿Cómo que nada más?

—¿No tienes otro nombre?

—¿Como de telenovela?

—Ándale, como Arturo José. O Carlos Arturo.

—Luis Arturo.

—¿En serio?

—Nel, cómo crees.

La música empieza y Cinthia to toma de las manos y le da vueltas. Él se deja hacer. La canción termina y Arturo la invita a la mesa.

—Voy al baño y te alcanzo, papito.

Quince minutos después la ve bailar con un señor de botas vaqueras.

—Te la bajó ese pinche marrano.

—Bah. No me habría aguantado el ritmo.

—Estás cabrón.

Arturo piensa en Noemí mientras recorre con el pulgar la cicatriz que tiene en la mano.

—Güey, tengo que decirte algo.

—¿Qué?

—Ando saliendo con Gema. Ella me dijo que entre tú y ella no hay nada, nomás de amigos. Espero que no te encabrone. La neta, sí me late chido.

Arturo lo mira entre los reflejos de las luces multicolores.

—No hay pedo, güey. Vas con todo.

Bebe otro trago. Luego se levanta y saca a bailar a la rubia de la minifalda roja.

Palais-Royal - Les Invalides

Frufrú: el sonido que produce el roce de la seda.

Antes de ser un bailadero, el Palais Poyal perteneció al clero. A unos pasos del Louvre, el duque de Richelieu compraría estos terrenos para construirse un palacio que albergara el jardín interior más grande de París. Guillermo Rubio adquiriría luego este antro, hasta que lo cerraron en 1957. cuando se dañó peligrosamente debido a un sismo. Fue después de eso cuando le cambiaron el nombre por el de «teatro Fru Fru».

Ahora el lugar ha cambiada. Se ve viejo, casi deshabitado, pero en aquella época la marquesina y la reja con hojas de arce doradas brillaban cada noche. Cuando reabrió llegaste a ir con el Hombre. La Niña aún no había nacido y tú y él eran dos puntos en la misma línea.

Caminas hasta la esquina de la Rué des Petits-Champs. Frente a la antigua Cámara de Diputados se halla el restaurante bar El Jarrito. Pides un tequila y una cerveza. Ya no te preocupa regresar ebria: allá, en ese otro espacio, el Hombre se ha llevado a la Niña. Al menos has descolgado ese estúpido cuadro de la sala y tirado todas esas figuritas de porcelana de las repisas, los cuadros de princesas y el televisor de la recámara. Es increíble cómo todas esas cosas invadieron tu vida: el noticiero de las once de la noche, un llavero souvenir de un viaje a la playa y decenas de tazas con nombres de ciudades.

Fue por la orden de Louis XIV que se creó el Hotel des invalides, destinado a albergar a los soldados incapacitados por servir a la patria. En 1840, los restos de Napoleón Bonaparte fueron depositados ahí. En el lugar

también descansan Villa, Zapata y Carranza.

Lees la tarjeta y sabes que en algún lugar debe haber un mausoleo, una tumba majestuosa. Pero no hay nada, tan sólo una rata muerta en medio de la calle. Eso y una cantina en Atenas y Abraham González; la Trasatlántica.

Tal vez Napoleón se emborrachó ahí con Armando Jiménez.

Cruzas la calle y entras a averiguarlo.

21

Al día siguiente Arturo va a cenar a casa de Noemi. Abre la puerta, pero antes de entrar ella lo toma del brazo y salen a la calle de nuevo.

—Me he tomado el día libre para que cenemos, así que pensé que valdría la pena ir a otro lado. Por cierto, ten. Es lo que olvidaste en casa. ¿De dónde es el mapa?

—De París.

—¿París?

—Sí, París.

—¿Alguna vez has estado en París?

—Podría decirse.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es?

—¿Estás sordo? Si, ¿cómo es?

Quisiera explicarle lo que ve, cómo por momentos todo se desarrolla ajeno a su voluntad y se desdoblán arcos y rectas de los que surgen superficies, puertas, recovecos. Pero ¿cómo hablar de estas cosas que sólo se sienten como una terrible angustia?

—No lo sé. Es difícil describir París. El cielo es azul. La gente tiene una nariz y una boca.

—No seas mamón.

Podría citar lo que otros ya han dicho, tomar prestadas todas esas citas y orquestarle una ficción, pero sabe que no puede hablar de París, de esa ciudad que ahora le parece aún más falsa que la réplica del Louvre frente al Liverpool Insurgentes. En el fondo sabe que no es un orador, no hay elocuencia alguna en las imágenes que describe a partir de fotografías.

—La gente abandona París durante el verano —comienza Arturo—, y la ciudad parece otra al llenarse de turistas que insisten en tomarse fotos ridículas frente a la Torre Eiffel. Todo lo que es París parece satisfecho consigo mismo, al grado que nadie parece ya entusiasmarse. La arquitectura es Formidable. Las calles, bu sistema de perspectivas. Ceda rincón parece embellecido por el simple hecho de tener un bistró, un café, un hombre o una mujer con una bufanda anudada al cuello,

Noemi lo mira con atención.

—Y en medio de esta belleza casi insoportable, uno se da cuenta que ahí todo se da por hecho, que no existe nada asombroso ya fuera de París y la vida que ahí se desarrolla.

—No te creo responde ella tras una pausa.

—¿Qué?

—Que no te creo. Las ciudades no son así. Las ciudades apestan, en cada rincón hieden los humores de su gente. Gritan. Se convulsionan. Una ciudad no es cordial: te agrade, intenta ir por ti, aplastarte en el cruce de dos esquinas. Tú no has descrito una ciudad, has descrito una postal, un cuento.

—¿Tú qué sabes?

—Sé muchas cosas sobre lo que es una dudad. La vivo cada noche, desde la misma esquina en la que me paro. Las personas son el reflejo de la ciudad, su parásito. Se alimentan de las distintas realidades que la conforman. Muestran su mojigatería...

—Esa palabra no existe.

—... sus vicios, su hipocresía. Una ciudad es un gran mecanismo. Engranajes y palancas que engullen a unos y a otros. Tú y yo, ahora, estamos corriendo para evitar ser aplastados.

—Tal vez el D. F. sea así, pero no sabes nada de París.

—Cualquier ciudad es así. Una dudad duele. La gente se queja de ella como una sarna que no puede quitarse. Y a la menor oportunidad, todos escapan. ¿Por qué crees que en cualquier asueto la ciudad se vacía? Cualquiera con tantito dinero se pela, se va a otro lugar que no sea éste. Tú mismo lo acabas de decir: París se vacía durante el verano. La mejor época del año y todo el mundo escapa. ¿Por qué? Porque París les duele, les harta. Todas las ciudades son así, en cualquiera de ellas uno termina quejándose de todo.

Arturo no sabe qué decir. Podría hablarle de sus itinerarios, contarle las cosas que no ve, los lugares que reclaman sus afectos. Pero no lo hace. Tan sólo unos días atrás él mismo se encontraba perdido, buscando vestigios de algo que aún no comprende. Ve el mapa y se da cuenta que están caminando por el Barrio Latino. Si pudiera..., si ambos pudieran ver todas estas cosas.

Noemi se para en la calle a ver una rata aplastada.

—Esto sí es real. Ésta es la verdadera imagen de una ciudad.

Arturo piensa en Nadia. Con ella todo sería diferente, ella entendería lo que trata de hacer, las imágenes de las que intenta apropiarse.

Noemi toma ala rata por la cola y la levanta, extiende el dedo y toca el pelo seco con un gesto de asco. Luego la deja caer al suelo.

—Tomemos un taxi y vayamos a algún otro lado.

Arturo ve el mapa. Cerca del Parc André Citroën hay un bar cubano.

—Si te portas bien —dice Noemi—, tal vez pueda enseñarte un par de cosas esta noche.

Lo toma del brazo y sonrío.

—¿Qué cosas?

—Ya verás.

—¿Y ese cambio de actitud?

—He sido mala. Te quiero compensar. Un pequeño intento por ganarme el cielo.

0

Vine a Père-Lachaise. He llegado, por uno de esos azares que gobiernan este tipo de momentos, a la tumba de mi madre. Esa noche me levanté de madrugada, fastidiado por el ruido de la televisión encendida. ¿Qué hora era? Me levanté de la cama y me dirigí a su cuarto. Un destello azul titilaba por debajo de la puerta.

Entré a su habitación y la vi tirada en medio de un charco de vómito mientras la televisión parpadeaba, hablando de productos que pueden hacer cualquier cosa menos detener una puta aneurisma en medio de tu sala.

Su cuerpo estaba frío y afuera mi uniforme seguía tendido, bailando alegre con el viento. Salí de la casa y lo arranqué de los mecates. Luego entré y me dije: «Todo está bien». Pero nada estaba bien. Mis manos temblaban y ni siquiera podía enfocar la vista. Puse la ropa en un cesto. Luego regresé al cuarto y le quité el vestido y lo metí también en el cesto.

«Si no hago algo —pensé—, me volveré loco.»

Fui a la cocina y tomé papel y aceite. Eché todo en el cesto y le prendí fuego. Luego le quité el resto de la ropa y la eché a las llamas, en medio de la sala.

Agarré la televisión y la aventé al suelo. Luego hice lo mismo con la estantería de la sala. Arranqué cortinas, cogí los platos de porcelana y los estrellé contra las paredes. No sé por qué supongo que era lo que tenía que hacer. Los vecinos oyeron el ruido y entraron en el momento en el que levantaba el colchón e intentaba prenderle fuego con un encendedor.

En el funeral leí un poema:

*Inclinado en las tardes tiro mis tristes redes
a tus ojos oceánicos.*

*Allí se estira y arde en la más alta hoguera
mi soledad que da vueltas los brazos como un náufrago.*

Esa noche, cuando ya todos se habían ido y me quedé solo en casa, recordé que una vez, de niño, me oriné en los pantalones. Creo que había dejado de usar pañales hacía poco, y me sentí muy avergonzada. Pensé que mi padre se iba a enojar, pero no lo hizo: «Te cambio», dijo, y me llevó al baño.

*Será preciso viajar por los ojos de los idiotas.
campos libres donde silban las mansas cobras deslumbradas,
paisajes llenos de sepulcros que producen fresquísimas
manzanas,
para que venga la luz desmedida
que temen los ricos detrás de sus lupas,
el olor de un solo cuerpo con la doble vertiente de lis y rata
y para que se quemem estas gentes que pueden orinar alrededor
de un gemido
o en los cristales donde se comprenden las olas nunca repetidas.*

Pienso en mi padre y creo que la poesía nos destruyó a ambos: es terrible tener tan cerca a la belleza sin poder tocarla. Me pregunto cómo sería mi vida si mi padre me hubiera obligado a mí y a mis hipotéticos hermanos a pelearnos entre nosotros. Cómo sería hoy si en lugar de recordar esos versos de García Lorca, recordara cómo apoyar una escopeta en el hombro.

Coloco una piedra sobre otra en la tumba de mi madre y parto del cementerio. En todo caso, pienso, la niñez no tendría que ser un pretexto.

22

—Nunca había venido aquí —dice Noemi cuando entran a la Bodeguita del Medio, en la calle de Cozumel—. Buenas noches, ¿dos personas?

—Sí, por favor.

—¿Qué les ofrecemos? Tenemos cerveza, mojitos, cuba libre.

—Dos mojitos.

—¿Sabes bailar?

—¿Qué si sé bailar? Soy hijo del Aguacate Chico.

—¿Y ése quién es?

—Triple monarca nacional de danzón. Cuando murió, lo único que nos dijo es que iba a extrañar ir a bailar al Ángeles. Nada más.

La mesera deja sobre la mesa el par de vasos llenos de hierbabuena y ron.

—¿En serlo? Sí que era un bailarador de los buenos, entonces.

—Si.

—Vamos a bailar, esa canción me encanta.

—Ahorita, brindemos primero.

—¿Por qué?

—El paraíso recobrado.

—Por el paraíso recobrado.

Noemi da un trago a su mojito y se levanta de un brinco.

—Ven.

Levanta a Arturo de la mesa mientras empieza a mover las caderas. Él la toma entre sus brazos.

«Es ligera —piensa—, casi frágil, un pájaro que te picoteará las manos si intentas acunarlo.»

—La verdad es que no sé bailar.

—¿No? ¿Y la historia del Aguacate Maduro?

—El Aguacate Chico. Era el papá de un amigo.

—Deberías presentarme a tu amigo, mejor.

Noemi sonríe, no se lave decepcionada. Se mueve y lleva a Arturo alrededor de la minúscula pista. A su lado, un par de hombres los observan.

Arturo levanta los brazos cada vez que Noemi da vueltas. Su cintura parece girar en una órbita extraña, llevarla más lejos de donde están, directa a Cuba o a Puerto Rico.

—La Bodeguita del Medio era un bar donde Hemingway sol a ir a tomar ron dice Arturo de la nada.

—Aj .

—Hemingway.  Lo conoces? Un escritor gringo.

—No. nunca lo había oído.

—Era un gran escritor. Un hombre de verdad.

Los tipos miran el culo de Noemi y ríen mientras lo señalan.

—Le gustaba ir a cazar a África.

— rale.

Por el rabillo del ojo ve que uno le envía un beso a Noemi.

— Viste eso?

— Qu ?

—Esos hombres, no te han quitado la vista de encima.

—D jalos.

Arturo se detiene y camina hacia ellos.

— Se les perdió algo?

— Qu ?

—Que si se les perdió algo.

No le responden. Uno de ellos da un trago a su bebida mientras el de la derecha se pone de pie.

— Perd n?

—No han dejado de mirarle las nalgas a mí novia desde hace un rato.  Qu  pedo?

—Bájale a tu desmadre —dice el que est  sentado.

El otro hombre añade:

—Es sólo que esas nalgas se nos hacen conocidas.

Arturo lanza un puñetazo que falla el blanco. El segundo, sin embargo, acierta en la mandíbula. Aprovecha que están borrachos para conectar un par de golpes antes de que los separen. Los meseros contienen a los dos hombres mientras otro lleva a Arturo y Noemi a la salida.

—¿Qué te dijeron que les pegaste? —le pregunta ella en la calle.

—Te faltaron al respeto.

Noemi deja escapar una risa franca. Luego lo besa en los labios.

—Eres un encanto. ¿Nos vamos?

23

Tarda en encontrar la llave. Cuando lo hace, hace girar el picaporte y atrae a Noemí hacia su cuerpo.

Prende las luces mientras siguen besándose.

—Hey.

A Arturo lo recorre un escalofrío.

—Perdón por interrumpir, galán.

—¿Qué haces aquí? La luz...

—No me gusta esperar con la luz prendida. Se me meten ideas en la cabeza, En medio de la oscuridad imagino que estoy dormido. —Hace una pausa. Saca un cigarrillo y lo prende. Por la ventana se alcanza a ver la Tour Eiffel—. Pendejadas. No les molesta, ¿verdad?

El humo se eleva y se acomoda en el techo del departamento.

—¿Qué haces aquí?

—Compré cervezas. Están en el refrigerador.

Noemí se dirige a la cocina y toma dos.

—¿Quieres una cerveza? —le pregunta a Arturo.

El judicial sonrío.

—Me cae bien tu vieja. Creo que no nos hemos presentado: Daniel Archundia. Mucho gusto.

Arturo repara en que no sabía su nombre. La vez que preguntó por él, lo hizo con su descripción.

—Bueno... recordarás que me debes una. Estoy metido en un pedo.

Archundia sonrío y toma la cerveza que Noemí ha puesto sobre la mesa mientras ella va a la habitación. Entonces comienza a hablar de dos tipos y un paquete. No da muchos detalles. No hace falta: queda claro desde el principio

que Arturo es la línea que conecta los puntos.

—¿Por qué no lo haces tú?

—¿Yo? Pinche Arturo, pensé que estaba claro. Pensé, también, que un amigo como tú me podría ayudar.

Deja la botella sobre la mesa con una fuerza excesiva y se vuelve a mirar el mapa de París pegado con tachuelas.

—Suena bastante peligroso. Pienso que...

—Mejor no pienses nada, Arturo. Quiero hacer esto por las buenas, no te quiero perjudicar. Me caes bien, a pesar de tu cara de pendejo. Tomaré mi cheve y me iré, y tú te acostarás con tu noviecita y pensarás en lo que he dicho. Mañana te llamaré y quedaremos de nuevo para revisar los detalles. Y no pensarás nada, ¿me escuchaste?

Arturo no responde. Tensa Los puños y la mandíbula mientras ve a aquel armatoste levantarse y caminar hacia la puerta.

—Y ni se te ocurra hacer alguna pendejada añade el judicial en un susurro.

Archundia sale y cierra con tranquilidad la puerta.

Arturo escucha a Noemí pasar al baño al tiempo que él se apoltrona en el balcón. Desde ahí oye cómo el agua se pierde en ese remolino habitual y, ahora, absurdo. A través de los sonidos imagina lo que hace: la escucha abrir el refrigerador, sonarse, echar una botella al bote de basura. Esa súbita intimidad lo repele. Va a la habitación y ve a Noemí sentada sobre la cama. Piensa en los nudos que preparará, en cómo buscará

cualquier cosa apta para pegar un golpe o generar una herida, en cómo todo acabará por confluir en un lugar tan ridículo como una novela erótica.

Archundia.

«Si haga esto, si logro hacerlo, tal vez pueda hacer cualquier cosa después: ser libre, escapar de una vez por todas. El tipo es un salvavidas, una especie de solución. Es poco, sí, pero es un consuelo, un cabo al que aferrarse.»

Escucha el sonido de una cremallera que se baja.

Termina la cerveza y camina hacia la recámara.

24

Arturo se despierta de mal humor. Se sienta a leer mientras ella prepara el desayuno.

—¿Quieres que les ponga jamón?

—Sí, por favor.

Viste una playera que termina en la mitad de sus nalgas. Le asombra que se muestre tan indiferente, que no le pregunte nada de Archundia ni de sus planes.

—¿Qué piensas de lo de ayer?

—¿Qué pienso de qué?

—¿Cómo de qué? ¿Te tengo que explicar todo con palitos?

Noemi avienta el plato con huevos sobre la mesa, se quita la playera y camina hacia la habitación. Desde el comedor, Arturo contempla cómo se viste. Noemí. ¿Quién es ella? Ha pasado tanto y tan poco, que ahora le parece verla por primera vez. Se levanta y camina hacia ella, mientras se enfunda en esos jeans apretados.

—*Tú significas todo para mi, que tengo miedo de tu amor, y hoy que estoy cerca de ti, mi amor, mi corazón late más.*

—Eres un idiota.

—Lo siento.

—Me vale madres.

—Sólo quería que lo supieras.

La abraza por la espalda, rodeándola por los hombros.

—¿Y ese reloj?

—¿Qué tiene?

—No te lo había visto.

Con la mano derecha, Arturo se toca la muñeca.

—Ya lo tenía.

—Escucha, esta noche he tenido un sueño.

—¿Qué?

—Estaba en el departamento, ordenando mi ropa, cosa que nunca hago. Tú entrabas y comenzabas a gritarme. De repente, mi cuarto se convertía en un escenario, como el de un pequeño teatro. Tú estabas ahí, eras el director de la obra y yo era la actriz, pero no podía oírte bien, no podía escuchar tus instrucciones. Luego te enojabas y comenzabas a gritarme, así que me iba.

Arturo no responde. Se ha sentado sobre la cama mientras Noemí termina de alistarse,

—Tomaba una mochila y salía por la ventana, volando. Luego pensaba: «Ojalá que me siga», y me volvía para buscarte, pero no estabas. Qué ridículo, ¿no?

Noemí se pone los zapatos y camina hasta la puerta No necesito llave para abrir abajo, ¿verdad?

—No.

—Noemí, de lo de Archundia.

—¿Archundia?

—Olvidalo.

—Tengo que irme. Nos vemos luego, ¿ok?

El sueño no es ningún misterio: Noemí sabe que apenas cruce esa puerta, él comenzará a olvidarla. Inevitable que todo lo que salga por esa puerta se pierda en un oscuro eco. ¿La quiere? Lo que comparten no es simple atracción, al menos no de un modo convencional. Es algo que no puede nombrar, anclado a leyes que no conoce, a una necesidad diferente, como cerrar los ojos y dejarse caer.

Sale del departamento. Desde el balcón, Arturo la observa caminar hacia el centro. Huele su mano: conserva el olor del encuentro, como a un paquete de dulces recién abierto. Todo en ella tiende a ser así: enérgico e indeleble. Se toca las cicatrices recientes, ese lugar donde se mezcla lo bello y lo grotesco. Noemí, la destructora. Imposible distinguir esa frontera del todo, es como querer narrar la manera en la que el fuego quema la madera.

Regresa a su desayuno y mira de nuevo por la ventana. Al terminar, irá a la delegación a buscar a Archundia.

Place de la Bastille - Place des Vosges - Opéra Garnier

Colocas el mapa sobre la mesa y encima el papel albanene, cuidando que ambos centros coincidan. Intuyes que al final descubrirás algo, aunque no tengas idea de qué es. Apenas entras al mercado de la Place de la Bastille, el olor a especias y verduras te llena la nariz. Hay cartulinas fosforescentes llenas de precios y promociones por todo el lugar.

Llamada originalmente La Merced, antes de ser un mercado fue una fortaleza que defendía las antiguas puertas de la entrada a París. Prisión símbolo del absolutismo, La Merced fue tomada por asalto el 14 de julio de 1789 por el pueblo, en el que es considerado como el primer acto de la Revolución francesa.

Alrededor hay pollos colgados, pedazos de res y cabezas de puerco. Sigues por el Boulevard Beaumarchais hasta "Illegal" a unas calles llenas de mercerías, tiendas de blancos y telas. En la Place des Vosges te quedas absorta viendo lo que no ves: un jardín dividido en ocho y las cuatro fuentes que abren los pasillos diagonales.

—Hola.

La última vez que viste al Hombre fue cuando encontró la caja. Fue la Niña La que se la enseñó. El te la aventó en la cara y tiró las tarjetas por el suelo. Tomaste la escoba de la cocina y lo golpeaste en el brazo. Trató de protegerse, pero le diste otro golpe mucho más fuerte en la espalda, a la altura del hombro. El palo se quebró. Luego te agarró de la muñeca y te dio un puñetazo. Quedaste inconsciente, no sabes cuánto tiempo.

—¿Sigues perdiendo el tiempo con eso?

Todavía no había amanecido cuando despertaste. La Niña no estaba. Ella y el Hombre se habían ido. Fue entonces cuando comenzaste con los recorridos.

—Olvidalo, ¿quieres?

—Dios, necesito un trago. ¿Cómo está Natalia?

—¿La Niña? Como siempre.

—Como siempre. ¿Dónde están viviendo?

—Con mi mamá.

—Con tu madre.

Aún tienes que ir a la Opéra Gamier en la Rué Scribe.

—Escucha, tengo que Irme.

Entre ustedes la ciudad se sacude, el Hombre te agarra de la muñeca con fuerza.

—Mi mamá y la Niña están solas. Vamos.

Te sueltas de su mano. Sabes que la ciudad todavía no puede caer, no mientras no hayas descubierto el final de este camino.

—No. Adiós, Humberto.

—¿Eso es lo que quieres? Estás enferma, ¿todavía no lo aceptas? ¿Todavía no lo ves?

—Tengo cosas que hacer.

—Cosas que hacer. Beber y seguir perdiendo el tiempo con estas estupideces. Está bien. Pero olvídate de mí y de Natalia para siempre.

—Hace mucho que lo he hecho.

Das la vuelta y caminas sin volver la vista atrás. Un día tus recorridos brillarán como estrellas en la noche de lo efímero.

0

Recuerdo a medias nuestra conversación.

—¿Nadia?

—¿Sí?

—He conocido a Luis.

—...

—Nadia, escucha: vine a dejarte esto. Es extraño, lo sé, hablarte así, desde un lugar indefinido, desde un teléfono público, desde una carta, desde una foto. Dictarte instrucciones de lo que tienes que hacer, decirte en qué calle doblar, qué ver, qué tocar, convertirme en un fantasma, en una presencia que intuyes en las cosas. Piensa en esto como en un regreso, una vuelta a voces de otros tiempos escondidas en estas tarjetas, ecos de *música lejana, en la noche que se extingue*. Kavafis, por supuesto.

—...

—Si todo partió de un error, ¿por qué no tomar esto como señal?

—...

Cierto, pero todo es difícil, aun las cosas que no valen la pena.

Decidí ir por un trago a un bar del Boulevard Saint Michel. Me senté en la barra y puse sobre el mostrador una foto de Nadia que robé de su departamento. Es difícil pensar en un rostro y una voz y lograr que coincidan. Siempre hay un punto de desfase, como si cada una perteneciera a una persona distinta, pero en el caso de Nadia esto no fue así. Cierro los ojos y la veo de nuevo con su pelo quebrado y los ojos hundidos. Sonríe y echa la cabeza hacia atrás, como en un gesto de espanto. Es linda, pero esa lindura se concentra en sus ojos marrones, en su mirada profunda.

Abro los ojos y el hombre al lado mío mira la foto.

—Linda chica.

—Sí.

El hombre me ha hablado en español.

—Me hace pensar en una chica que conocí. Era una azafata de Air France.

—¿Y qué pasó?

—Salí con ella un par de veces cada que aterrizaba en París. Me llamaba y quedábamos para vernos en algún café del Barrio Latino. Una noche le pedí que se quedara conmigo. Estaba enamorado. Dijo que lo pensaría, pero no la volví a ver. Después de no saber de ella por un mes, mi patrón me encontró sollozando en el mostrador del hotel en el que trabajo. «¿Qué pasa?», me preguntó, y le conté la historia. «Bueno, tienes suerte.» «¿Por qué?», quise saber, y escucha lo que me respondió: «Saliste con ella un par de veces, ¿o es que no sabes que muy pocas francesas salen con extranjeros que no sean europeos? Es muy simple: para un francés, usted sigue siendo un indio».

—¿De verdad?

—Así fue.

Guardé la foto y ambos nos quedamos bebiendo en silencio. Salvo nosotros, el lugar estaba casi vacío.

—Bueno, ha sido un gusto. No siempre es fácil encontrar otro latinoamericano en París.

Me dio la mano y salió renqueando de la cantina» de vuelta a París y sus circunvalaciones, en las que ya mismo tendría que sumergirme una vez más.

25

—El comandante no está. Si gusta esperarlo.

Arturo se sienta en la banca de madera, pero no aguanta ahí mucho rato. Regresa junto a la mujer del mostrador.

—Aquí tiene: éste es mi número, dígame que me llame cuando lo vea.

Sale a la calle y toma un pesero que lo lleva al Quartier de l'Horloge. Es un viaje Largo, cansado. Se sienta en un café cerca de Pompidou y saca su libreta, Desde su cumpleaños que no escribe nada. Ojea el pequeño diario y lee anotaciones de otro tiempo: «Después de verte los fantasmas vuelven, convocados por los días». O: «En el fondo, lo que se expone es una migración, el paso por el estrecha de un continente a otro#. Una cita de O'Gorman: «Imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas. Historia susceptible de sorpresas y accidentes, venturas y desventuras, historia tejida de sucesos que así como acontecieron, pudieron no acontecer». Un dibujo en el que un hombre le dice adiós a otro. Varios poemas bastante malos. Un número de teléfono de algún desconocido.

Archundia no llama, pero sabe que lo hará. Le parece que toda esta situación pertenece a otra historia, como si otro mundo se hubiera traslapado con el suyo, generando una intersección sacada de alguna novela policiaca.

Repasa la idea principal: entregar un paquete, recoger otro. La escena se le antoja llena de clichés, como en el cuento del Mantequilla Nápoles.

Compra un *six* de cervezas y sube al departamento. El horizonte brilla y segundos después se escucha un trueno. Va hacia el estéreo y busca un disco de Fleetwood Mac entre las cajas de plástico que se encuentran al lado. Tiene ganas de poner una canción en modo repetición, una y otra vez, como un gran paréntesis. Toma una cerveza y sale al balcón. La lluvia cae en diagonal sobre

la calle. Su teléfono suena: es Gonzalo.

—Hey, ¿quieres hacer algo esta noche?

Arturo piensa de inmediato en La Faena, El Gallo de Oro, La India y tantas otras cantinas que se esconden en las inmediaciones de Notre Dame.

—Va, ¿nos vemos en El Gallo de Oro a las siete?

—Cámara.

Cuelgan. Por alguna razón siente una sed malsana. Apúralas cervezas que tiene en el refrigerador y baja en medio de la lluvia al Oxxo de la esquina a comprar dos *sixs* más. Quiere beber y escuchar esa canción. De regreso, guarda las cervezas y se sienta en el sofá, mojado.

Recuerda a Archundia sentado en su comedor. Tiene que cambiar la chapa, poner una más segura. Cuando le llame, sabe lo que le pedirá a cambio. Necesita una cosa de él. Una más.

Da otro trago a su cerveza.

Está bien así, sin hacer nada, concentrado de manera casi religiosa en la canción que se repite una y otra vez.

Se queda dormido con la cerveza en la mano. Tiene un sueño extraño: se halla en una estación de metro que no reconoce. Hay mosaicos, detalles verdes en los túneles, escaleras que bajan como serpientes hasta los andenes. Intenta leer el nombre de la estación, pero no lo entiende. Luego algo lo asusta y sale corriendo hacia

la calle. Alguien grita: «¿Qué crees?». Se da la vuelta y esta de nuevo en la Farmacia París, con el cañón de una pistola en la frente.

El disparo lo despierta. Se pasa las manos por la cara y mira su celular: son las nueve de la noche y tiene tres llamadas perdidas de Gonzalo.

—Güey, perdón, me quedé dormido, voy para allá.

Toma bu chamarra, una cerveza y sale a la noche una vez más.

26

Lleva horas hablando de su hijo. Lo tuvo cuando estaba muy joven y ahora no lo ve. Gonzalo escupe un poco al hablar. La madre del niño vive en Coatzacoalcos, o en un punto entre Cuernavaca y Acapulco. Parece que en cualquier momento se va a quebrar y todo el alcohol que ha bebido se derramará sobre la mesa como un vaso roto.

Saca algo de su cartera. El tiempo ha desgastado el rostro de la Foto, pero por debajo de los rayones se intuye un niño sonriendo. Arturo también está borracho y lo ve todo como desde un aparador. Un grueso vidrio lo separa de Gonzalo y la cantina.

—Mesero, otras dos cubas de Bacardí. Pero ahora sí machinas, no como las otras.

La conversación se está desgastando. Tienen que salir de ahí o uno de los dos terminará colgado de los hombros del otro.

—Vamos a pagar.

—Espérate, puto. Acabo de pedir otras dos cubas.

La plática regresa a la órbita de las mujeres y aterriza justo en el tema que Arturo quiere evitar.

—Gema, güey. La amo.

—Amala.

—Apenas comenzamos a salir. Es bien buen pedo. La verdad es que no está tan buena, pero, no sé, es calzonuda, la vieja.

Arturo recuerda bu última conversación

—¿Seguro que no te la cogiste, güey? Ella me dijo que no —insiste Gonzalo.

Gema, la linda Gema. Quisiera hablarle de todo lo que recuerda de ella.

La dicha que le proporcionó verla desvestirse la primera vez, empujando la ropa al suelo con prisa.

—¿A ti te gustaba, verdad, perro?

La manera en la que fruncía el ceño y se mordía la mano mientras cogían. El tamaño exacto de sus pies.

—Si la Gema te buscara, ¿te la cogerías?

«Lo haría de nuevo», piensa. Gema pudo haber sido un puerto seguro, un lugar donde refugiarse. Algo le debe después de aquella vez. Un gesto de cariño, una sonrisa.

—Voy a mear.

Gonzalo se levanta con esfuerzo. Es alto, con una espalda que parece querer romper en un par de alas. Su estómago escapa por encima de su cinturón y le da la apariencia de ser mucho más viejo de lo que en realidad es.

«Gema. Por mí que se joda y se quede con Gonzalo.»

El mesero trae dos cubas servidas hasta el límite del vaso.

El alcohol es una noche de tormenta. Arturo mira alrededor y observa a la gente que lo rodea, oficinistas en su mayoría, aunque también hay un par de grupos de jóvenes que gritan y brindan cada diez minutos. Ellos son los que ponen canciones de Héroes del Silencio en la rocola.

Gonzalo regresa y pide la cuenta con un gesto.

—Tengo ganas de echar el baile, ¿qué trampa? ¿Nos lanzamos al Ángeles?

Arturo no contesta.

—Ya, no seas apretado. Luego nos vamos de putas, ¿cámara? Yo pago,

¿A qué edad se termina la juventud? Él tiene treinta y tres años y tiene la sensación de que las únicas cosas que le pertenecen son un puñado de situaciones como ésa.

«Voy a dejar de chupar. Voy a dejar de meterme en pendejadas. Voy a dejar de trabajar en la farmacia. No voy a salir con Gonzalo de nuevo, Voy a dejar de perder el tiempo. Voy a ir a París y luego me iré a vivir a Mérida, Tulum, Mazunte, a cualquier otro puto lugar hasta que cumpla cincuenta años y me meta un balazo en la cabeza.»

—¿Tonces, papirrín? ¿Vamos a raspar el guarache o qué?

27

—¿Te das cuenta de que nadie escribirá nunca de nosotros, Gonzalo? Somos la antítesis de los raros. Somos lo común, lo que a nadie importa, los que vamos a los minisúpers, los que trabajamos como cajeros en el banco, los que servimos la gasolina.

—¿De qué hablas, güey?

Gonzalo introduce la llave en el contacto de su Chevy. Un chillido agudo surge del fondo del motor.

—Los de la vida plana, los sin emociones. Me da miedo todo esto, todo lo que supone que debo esperar del resto que viene: casarme, tener un hijo, trabajar, morir, dejar por herencia mis traumas o mis deudas.

Gonzalo arranca y se incorpora al tráfico del centro.

—Un dios aburrido repite en nosotros el tedio del universo.

—Güey, relájate.

—El alumbramiento más cercano al que tenemos acceso es besar a una mujer. Y después de una semana, un mes. un año, una vida, aun eso se convierte en algo terrible.

Gonzalo escucha a Arturo como se escucha a la soledad: sin tratar de prestarle mucha atención, pero con esa punzada que genera en las entrañas. Para ignorarla sensación, prende el estéreo.

—Ahorita te vas a alivianar.

—No participamos de grandes historias, Gonzalo. Somos lo aburrido, somos lo que hay.

Gonzalo sube el volumen. Logran salir del primer cuadro del centro y se incorporan a Reforma.

—Ahorita te vas a alivianar, pinche Arturo. ¿Ya has ido al Ángeles? Ya

sabes lo que dicen, ¿no?

—Que el que no conoce Los Angeles no conoce México, o una mamada así.

—Eso.

—¿Dónde está?

—Cerquita de Tlatelolco, ahorita llegamos en putiza.

—Montmartre.

—Tu pedo es que siempre estás en otro mundo. Piensas de más, todo lo ves como una puta historia, no te dejas llevar. Si fueras una vieja seguro que no sabrías bailar.

—Pero no sé bailar.

—Por eso, pero sí fueras vieja sería más notorio.

—No tiene sentido.

Rebasan a un Topaz y aceleran por Reforma para cruzar Hidalgo antes de que el semáforo se ponga en rojo.

Una patrulla sale del acotamiento y enciende su sirena.

—Putra madre.

—Déjate llevar, güey, ahorita arreglo el pedo. Tú tranquilo y yo nervioso.

Para el coche junto ala acera, pero deja prendido el motor y espera a que los policías bajen de la patrulla. Apenas están a la altura de la llanta trasera cuando Gonzalo acelera, haciendo rechinarlos neumáticos.

—¿Querías algo emocionante? Ahorita vas a ver.

Arturo no responde. Se pone el cinturón de seguridad mientras Gonzalo avanza como un bólido.

—Nos van a alcanzar en chinga, no mames.

—Nel.

Gonzalo sube aún más el volumen de la radio y da la vuelta en Eje i Norte para volver a meterse al centro. Pasan al lado de la Lagunilla y la Cámara de Diputados del D. F. y doblan por Donceles hacia el Zócalo.

—Aquí está el 815.

—¿Qué?

—¡Donceles 815!

La patrulla sigue detrás de ellos. Dicen algo a través del altavoz pero la salsa que ha puesto Gonzalo no deja a Arturo escuchar nada

—¡Güey, párate!

—Nel, me pelan la verga

Otra patrulla los encuentra en el cruce de República de Brasil y se detiene justo frente a ellos. Gonzalo sube la llanta del Chevy a la acera y alcanza a girar a la izquierda. Arturo le parece escuchar el sonido de un disparo. Están a punto de llegar al Eje cuando un par de patrullas salen de República de Ecuador y los encuentran de frente.

Frenan a fondo. Arturo cierra los ojos. Cuando los abre, Gonzalo ya está afuera, resistiéndose a los policías. Los uniformados parecen niños luchando contra un gigante.

—¡Oigan, ya estuvo! ¡Ya estuvo!

Trata de calmar a Gonzalo, que sigue empujando a los policías conforme se le acercan. El cansancio o la borrachera lo vence. Cuatro policías aprovechan su momento de debilidad para someterlo sobre el piso. Alrededor de ellos hay cuatro patrullas y gente asomada a las ventanas.

—¡Ya estuvo bueno!

Otro policía toma a Arturo del brazo y lo lleva junto a Gonzalo.

—¿Cómo ve, pareja? Mínimo un par de años al tambo.

—Salimos a cotorrear. No se pasen de lanza.

Desde una ventana, un viejo echa un silbido. En un instante salen varios jóvenes y un par de señores del edificio de enfrente.

—No se pasen de lanza con los chavos, pinches policías ojetes.

—¡Usted no se meta, abuelo!

—Órale, no le falte al respeto al ruco grita uno de los tipos que acaba de salir.

Gonzalo aprovecha para quitarse de encima al par de policías que lo tiene agarrado de los brazos.

—Ahora sí. culeros, ya estuvo bueno. Aquí entre todos les vamos a dar en la madre.

Arturo tarda un rato en comprender que Gonzalo conoce a los tipos que han salido. Uno de ellos le pasa una manopla de acero que él acomoda entre sus dedos.

—Qué pedo, putos.

El resto sucede muy rápido: los policías prefieren irse y Gonzalo

estaciona el coche frente a la puerta de la vecindad.

—Pinche aguacatito, te pasas de lanza con los tiras dice uno de los tipos mientras le da un trago a una botella de aguardiente.

—Pinches polis ojetes, nomás andan buscando la pinche mordida.

—Acá tienes a tus compás —dice el primero mientras se golpea el pecho.

—¿Adonde iban? pregunta otro.

—Al Ángeles, pero yo creo que ya nos la pelamos.

—Pues quédense acá a echar la beberecua.

—Nel, no puedo. Quedé de llevar a mi compita por unas reinas. Igual ya le caemos, antes de que nos toque pura pinche jodida.

—Cámara la banda. Ahí estamos.

—Díganle al ruco que gracias por el paro.

—No hay tos, ahí nos vidrios.

Arturo presencia maravillado todo el intercambio. Él también le da otro trago a la botella antes de irse.

—Ya no se metan en pedos, carnalito.

Le sorprende la súbita fraternidad, el hermanamiento. Al subirse al auto le pregunta:

—¿Cómo sabías que tus amigos iban a estar ahí justo cuando nos agarraran los polis?

—Nel, no sabía. Pura cagada. Pura cagada repite entre dientes mientras avanzan de nuevo hacia Trocadero.

0

Llegué a la Arena México y seguí las instrucciones, En el pasillo encontré a Noemí. Me tomó de la mano y caminamos por aquel laberinto como esa vez en Trocadero, guiándome hasta llegar a un cuarto grande con un inmenso espejo. De su bolso sacó una pistola y me la puso en la mano. Frente a mí estaba yo mismo» mirándome» extrañado. Me costó percibir lo que esperaba: la satisfacción de verlo desplomarse. Sonreí y disparé. El otro yo cayó al suelo, consumido en un gesto de espanto.

«No trato de recordar, pero hay recuerdos», Salgo de la casa a deambular por todos los lugares donde conservo alguna memoria. Desde que comenzó el invierno casi no veo a nadie por las calles. A veces volteo tras de mí. Siento que alguien me sigue, que hay una sombra que busca mis pasos.

Voy a casa de Noemí, pero encuentro su edificio en ruinas. Meto los pies entre las cenizas y subo las escaleras hasta su piso. No queda nada, solamente el somier de latón, ahumado por el fuego.

Camina a Notre Dame, la catedral destruida. Todo» sus columnas y contrafuertes, demolido. Me quedo sentado sobre los restos. Frente a mí. el Seine mantiene su paso. En ese escenario en el que las ruinas y el invierno hacen pensar en una guerra, en un mundo que ha sido desplazado, el río es el único que permanece inmutable.

28

¿Cuántas veces ha estado ya ahí? Parece un lugar recurrente, con la Torre Eiffel a sus espaldas. No le ha dicho que Noemi es prostituta. Seguro que se la encuentran, con su vestido negro centelleante.

Entran en la tienda de la esquina a comprar cervezas que después vacían en vasos de café. Desde la caja registradora ve a una mujer en la calle, moviendo un pie al ritmo de una música que Arturo no escucha. Bien podría ser ella.

—Paga, güey —dice Gonzalo—. Yo picho lo demás.

Le tiende el billete al tipo de la caja.

—¿Te han asaltado? le pregunta Arturo.

—¿Perdón?

—Que si alguna vez te han asaltado.

—Un chingo. Por eso ahora siempre cierro.

—¿Con pistola?

—Si, claro. Con cualquier otra cosa si me rifo. Pero con un fierro, Nel. Tengo una niña.

—¿Y cómo fue?

—¿Ves que tenemos ese cuadrado en la puerta? Una vez un bato, no sé cómo, metió la mano y me agarró de la camisa. «Ábreme o ya valiste madres, pendejo.» Y pues le abrí. Esa vez sólo me dieron un cachazo en la cabeza.

El hombre se señala una cicatriz en la sien izquierda.

Arturo se vuelve a mirar a la que podría ser Noemí. Habla con el conductor de un Taurus dorado.

—Chale. Cuídate, carnal.

Gonzalo le da la mano como si fueran amigos de toda la vida.

Arturo recibe el cambio y vuelve a mirar a la calle. La mujer se ha subido al auto. ¿Es Archundia el que está a su lado? El auto arranca y ambos se pierden en la noche.

—¿Cómo vas? le pregunta Gonzalo.

—De la verga.

El invierno ha regalado un cielo sin nubes.

Cruzan la calle y Gonzalo se pone a hablar con una de las mujeres.

—¿Conoces a Noemí? -interrumpe Arturo.

—¿Quién?

—Noemí, flaca, más o menos así de alta.

La mujer no la ubica. Arturo marca su teléfono y escucha un mensaje que conoce bien: «Estás hablando al número de Noemi Por favor, déjame un mensaje y te regresaré la llamada».

—Güey, esta vieja dice que por mil varos nos arman un show y nos llevamos a ella y a su amiga al hotel de aquí a la vuelta. ¿Cómo ves?

—Como quieras.

—Pero necesito que pongas quinientos varos, ¿va?

—No mames, no tengo lana.

—Si para eso lo hacen redondo, para que ruede, cabrón.

—Que no tengo, con un carajo.

Vuelve a llamar. «Estás hablando al...»

Avienta el vaso con cerveza y deja a Gonzalo con la mujer.

—Pinche puto, para eso me gustabas.

—¿Qué? Por cierto, se me olvidó decirte: sí, me cogí a Gema. ¿Cómo ves?

Gonzalo aprieta los puños y los dirige al rostro de Arturo. Ambos ruedan sobre el suelo. Arturo siente crujir sus nudillos a) errar el golpe y estampar su mano contra el cemento. El puño izquierdo le duele, pero aún tiene el otro. Alo lejos se escucha una sirena. Sigue golpeando. A cada porrazo las manos duelen un poco menos.

La gente se reúne a su alrededor, curiosa, mientras un par de oficiales los levantan del suelo. La luz roja intermitente le hace pensar en un naufragio. Han sido rescatados del agua; el mar de la noche dejará finalmente de amenazarlo.

No se resiste. Dentro de la patrulla, Gonzalo vomita en los asientos de plástico.

Los oficiales los maldicen. Afortunadamente no son los mismos que unas horas atrás los perseguían por las calles del centro. Uno les pide dinero. El otro los amenaza con entamarlos por un rato.

Arturo no escucha. Mira a Gonzalo dormir y le limpia el vómito de la cara. Lo apoya sobre el extremo contrario del asiento mientras la patrulla se sumerge en el Boulevard Périphérique para después entrar de nuevo al remolino de los *arrondissements*.

Tour Saint-Jacques - Saint Pierre de Montmartre - Sacre Coeur

Dieciséis de septiembre y Palma, el último vestigio de l'église Saint Jacques de la Boucherie.

Citada en la Crónica del arzobispo de Turpín, la leyenda dice que fue fundada por Carlomagno en el siglo XII, aunque su construcción data del siglo XVI. Salvada milagrosamente después de ser casi destruida durante la Revolución francesa, la Torre ahora alberga el Centro Joyero de la Ciudad. Miles de peregrinos cubiertos de oro se dan cita aquí para recorrer la vía Turonensis, el gran camino a Santiago de Compostela.

Peregrinación: itinerarios para recuperar una vida. Caminas hacia el norte, al barrio de Montmartre, entre Ricardo Flores Magón y Eje 2 Norte. Decides llegar a Reforma y de ahí caminar en línea recta hasta Tlatelolco. Comienza a oscurecer, pero en la entrada de la iglesia de la esquina hay un montón de gente.

—¡San Juditas, reza por nosotros! —grita una mujer desde la acera.

Continúas por Reforma hacia Montmartre. Niños de la calle se te quedan mirando mientras cruzas la plazuela del Periodista. Atrás dejas sus risas y gritos, atrás queda el santo de las causas difíciles y el cruce que lleva a Champs Élysées. Continúas cuesta arriba por la colina de Mercurio. La cúpula del Sacre Coeur está cerca. En la distancia, penetra como una aguja en el cielo. El horizonte está lleno de nubes que el atardecer tiñe en tonos naranja y rosados: no hay cielo más hermoso que éste.

Desde la plaza de las Tres Culturas de la basílica de! Sacre Coeur, la vista domina todo París, incluyendo el Champ de Mars y la Tour Eiffel. Este lugar conserva la memoria de importantes batallas: la Comuna de París o la manifestación estudiantil del 2 de octubre de 1968.

Los muertos han teñido de rojo los edificios de Montmartre. Ya no hay consignas ni quejas, solamente fantasmas sobre fantasmas. Sabes que estás cerca del final, y no puedes sino tomar como un signo que ahora te halles en medio de ese cementerio.

29

Gonzalo está acostado frente a él. Ha vomitado otra vez sobre el piso del separo. Otro tipo duerme al lado. Podrían ser hermanos: ambos tienen el labio partido y un ojo que parece querer salir flotando. Sus estómagos se hinchan y se deshinchán, acompasados.

No se ha visto en un espejo, pero su cara podría ser el complemento de la de ellos. Juntos, las tres aristas del mismo triángulo.

Tiene sed. De vez en cuando se oyen risas desde la sala principal.

La primera vez que estuvo en una estación de policía fue después del asalto, cuando el cuerpo de Luis cayó, abatido, sobre el piso de Notre Dame. ¿Cuántos han caído antes? Piensa en Antonieta Rivas y su suicidio con la pistola de Vasconcelos. En la liberación de París, en 1944, y en todos esos cuerpos tirados sobre la plazuela. En esa turista que se aventó desde el campanario, como en aquella novela de Víctor Hugo.

Gonzalo se agita, tose, parece querer abrir los ojos pero no despierta y se coloca de lado para seguir durmiendo.

Arturo piensa que debería dormir también, dejar que el sopor absorba las horas que faltan para salir de ahí. Está a punto de hacerlo cuando alguien le habla desde el otro lado de la reja.

—Metiéndote en problemas, cabrón.

Es Archundía, que abre la reja y le hace una seña con la cabeza para que lo siga.

—Ahí te encargo a éste - le dice al policía que tiene al lado mientras señala a Gonzalo.

Caminan por un pasillo y bajan unas escaleras hasta una puerta de madera en el sótano. Dentro, las paredes están forradas con hueveras de cartón.

—¿Y este lugar?

Archundia cierra la puerta tras él y le pide que se siente.

—Así estoy bien.

—Creo que no me escuchaste.

Archundia le da un golpe en el estómago que lo pone de rodillas.

—Estás bien pendejo, me cae de a medres. Siéntate. ¿Ves que se esté mejor sentado?

En el cuarto hay una mesa y dos sillas de metal. Del techo cuelga un foco de 100 vatios.

—Necesito un paro, pinche Arturo. Un pendejo me ha robado, ¿sabes? Y no puedo dejar que un pendejo me robe así como así. Eso me haría lo doble de pendejo, ¿no crees? ¿Conoces a este culero?

Archundia le tiende la foto de un hombre.

—No.

—Bueno, pues éste es el culero que me quiso chingar. Y a mí nadie me chinga. Ni a mí ni a mis amigos. ¿Tú eres mi amigo?

Arturo no responde. Le duele el estómago.

—Claro que somos amigos. Yo te hice un favor y tú me vas a hacer un favor a mí. Eso es lo que hacen los amigos, ¿o no?

París interrumpida. Otra realidad, brutal, insiste en colarse por un resquicio.

—Te estoy hablando, pendejo.

Archundia le da una cachetada.

—Por supuesto que somos amigos! Y como amigos, me vas a hacer un paro. Ten —dice mientras le entrega un boleto—. Arena México, mañana por la noche.

—No dice más, pero se sorprende que todo pueda coincidir una vez más, empujar la situación al borde del plagio y que la Arena México sea en realidad esa carpa de circo montada por Alain Delon.

—Escucha bien, porque no lo voy a volver a repetir. Antes de que comiencen las peleas, tendrás que escabullirte hacia los vestidores. Entrarás por una puerta roja que se encuentra a la derecha de la rampa principal. Por lo general está cerrada, pero esta, noche la encontrarás abierta. Al cruzar, caminas hacia la izquierda hasta topar con pared. Ahí, tomas a la derecha.

Archundía le explica todo esto como si fuera una secuencia cinematográfica con dos temporalidades distintas: Arturo frente al judicial, Arturo en la Arena México.

—Al llegar a los vestidores ubicarás el casillero número 105. Va a estar a tu derecha, cerrado con un alambre. Cuando lo abras, tomarás la pistola y matarás al pendejo de la foto.

—Pensé que sólo había que recoger un paquete.

Archundia le da un zape.

—¿De qué hablas? Me cae que estás rependejo. Escucha: lo más probable es que en ese momento esté solo, pero no dudes en quebrarte a cualquier otro cabrón que se quiera pasar de verga. Después abrirás el casillero 205. Tomas la maleta que está ahí y te peías. Afuera te estará esperando un coche rojo.

—Pero.

Tocan a la puerta.

—Pásale.

Entra el policía que estaba con Archundia. Trae consigo a un hombre desnudo, el rostro cubierto con una capucha negra.

—Siéntalo ahí. ¿Alguna vez has matado a alguien, Arturo?

—¿Yo?

—¡Responde bien, pendejo! ¿Alguna vez has matado a alguien? — Archundia saca su pistola y apunta a la cabeza de Arturo—. ¡Contéstame!

—¡No! ¡Nunca!

—No es tan difícil ¿Te acuerdas cuando fuiste a ver a aquel pendejo que asaltó la farmacia? Misma cosa. Imagínate que fuiste tú quien jaló el gatillo y que ése fue el culero al que mataste. Imagínate que el pendejo se cogió a tu novia o que el cabrón violó a tu jefecita. Tomas la pistola, disparas y piensas: eso le pasó por culero.

El tipo que han traído intenta hablar, pero de debajo de la capucha no salen más que sonidos ininteligibles.

—¿Qué dice? Tiene algo en la boca.

—¡Te vale vergas qué dice! Te estoy diciendo que el pendejo se cogió a tu vieja y encima dice que eres puto, ¿qué vas a hacer?

Archundia le pone la pistola en la mano y la sostiene con él. Mientras, el tipo se retuerce en la silla. El policía que lo sujetaba lo ha dejado solo.

—¿Qué vas a hacer, pinche Arturo? El culero amenazó a tu familia. Dijo que se iba a coger a tu jefa y después te iba a meter la riata.

El tipo se ha caído. Tiene las manos esposadas en su espalda. Es grande y peludo.

Arturo intenta zafarse del abrazo de Archundia, pero no puede.

—Yo te voy a decir lo que se debe hacer con un cabrón así. ¡Se le dispara, al hijo de la chingada!

El arma suena como un rugido y el cuarto se llena de olor a pólvora quemada.

—Abre los ojos, pendejo. Ahí está el culero que te chingó, hecho mierda. Así es como se hace. Archundia saca un pañuelo de su pantalón y se seca la frente. Así es como se hace. ¡Éste es el pendejo que te jodió! Pero somos amigos y yo lo agarré por ti.

Sonríe y le quita la capucha al muerto. Es Gonzalo. Sus ojos están abiertos en un gesto de espanto. De la herida desciende con pereza una línea carmesí.

—¿Ves como somos amigos?

—Lo mataste...

—Lo mataste tú, Arturo. El arma tiene tus huellas. Hay testigos que los vieron, pelearse en la calle. Regresaste a tu casa, agarraste tu pistola y fuiste a matarlo. Lo encontraste dormido en pelotas en su casa y le disparaste. Eres un cabrón, Arturo.

Arturo grita. Ahora entiende por qué el cuarto está forrado con hueveras de cartón.

—¿Te das cuenta que te tengo agarrado por los tanates? Vas a hacer lo que te dije que ibas a hacer, y si no lo haces, ei próximo no va a ser un pendejo cualquiera: va a ser Noemí, Gema o hasta tu puta madre.

—¡Lo mataste! ¡No mames!

La sangre continúa su lento camino hacia Arturo. Archundia se acerca, le pone una mano en la nuca y jala su cabeza hacia él.

—Haz esto bien, cabrón, o te va a cargar la verga. Favor con favor se paga, en eso quedamos. Le da un par de palmadas en la mejilla y camina hacia la puerta. Llévense a este pendejo, ya saben qué hacer.

«Gonzalo no está muerto piensa Arturo. Duerme, como cuando estábamos en la celda. Duerme y mañana se levantará. Buscaré a Nadia y me iré con ella,

y no volveré a pensar en Archundia, ni en Gonzalo, ni en Luis, ni en la Farmacia París, ni en nada más.»

La sangre ha alcanzado sus zapatos.

—¿Archundia?

—¿Qué?

—Necesito la dirección de Nadia.

30

Intenta no pensar, pero el recuerdo del disparo se desliza en su mente como una serpiente roja sobre el suelo.

Toma las notas, el mapa y algunas fotografías, y las mete en una caja de zapatos que luego cierra con cinta adhesiva. Una vez en la calle, para un taxi.

—Lléveme a esta dirección.

Ciérralos ojos. No ha dormido nada. Es temprano y un azul tenue delimita los contornos de la ciudad. Arturo no necesita verla para delinear las formas que lo rodean y añadir los detalles: los faros, las escaleras, los zaguanes, y anticipar luego los sonidos que la precederán: cláxones, rejas que se abren, cubiertos, estornudos, el lento ensayo de una sinfonía repetitiva, todavía por estrenarse.

—Chingas a tu madre, pendejo.

Es el taxista el que ha gritado, mientras maniobra para ganar un diminuto espacio entre la vorágine del tránsito. París despierta aletargado, violento, y cubre en horas pequeñas distancias que lo valen todo, fragmentos que significan voluntad, amor, deseo, supervivencia.

El taxista para a comprar el periódico. Arturo abre los ojos: están cerca, Piensa en el momento que se abre frente a él y recuerda entonces lo que tiene que decir, el discurso que cobró forma en el momento en el que Luis cayó muerto, clausurado por una bala en su cerebro.

Paga y baja frente a la Unidad Habitación al IMS5 Narvarte. El mundo vibra. Sabe que en este momento la espada de Dárnosles pende sobre él. Piensa en las mil y una razones por las que habría que claudicar, y pese a ello, continuar.

0

Después de hablar con Jeanney Luis, llegó Archundia.

—Me dejaste esperando —dijo—. Nunca me ha gustado esperar. Me da por pensar, y pensar nunca lleva a ningún lado.

Supongo que disfrutaba de esos momentos. Seguro lo hacían sentirse como un hombre de acción que inventa los diálogos de una mala película.

—¿Dónde está la maleta? —preguntó después de prender un cigarrillo.

El resto era predecible, hasta lo de la almohada.

—¿Te estás burlando de mí? —gritó, pero no contesté.

Sentí mi cuerpo como otra cosa: agua que sostiene un bote, un cuarto con la luz apagada. Pensé que estaba sudando, pero no era sudor lo que recubría mi cuerpo, era otra cosa. Tal vez una certeza Archundia se quedó ahí un rato, fumando y mirando por la ventana. Cuando se fue me desperté. Primero pensé que estaba acostado boca abajo. Luego recordé que estaba boca arriba. Me levanté y fui al baño a lavarme la cara. Dejé correr el agua y me contemplé largo rato en el espejo. Detuve la mirada en los detalles: las ojeras marrones debajo de los ojos, el pelo apuntando al cielo. Los poros abiertos de mi nariz. Las orejas, chicas, una más pegada a mi cabeza que la otra. Y mis dientes. Un tanto amarillos, sí, pero fuertes, sin espacios entre sí.

Mi mirada trataba de ir más allá, de encontrar en un lunar, en un reflejo de la pupila o en un súbito pestañeo la señal que me permitiera entender quién era yo después de aquel momento.

No lo conseguí. Me limité a permanecer en París, buscando la forma de penetrar en ese misterio. En algún momento me imaginé la ciudad como un recipiente con agua, donde bastaba meter la mano para perturbar aquel reflejo y generar las ondas que te llevaran a cualquier sitio, pero esa imagen no

abarca todo lo que quiero transmitir. Hay una frontera difusa donde todo se mezcla, como el horizonte en alta mar a medianoche. Da igual. Hay tantas cosas que no entiendo. Por ejemplo: alguien debería aclararnos de una vez por todas la diferencia entre ser y estar. En francés existe un único verbo para designar ambas cosas. ¿Pueden, para mí, ser también lo mismo?

Sé que no fue vano tratar de reinventar una ciudad y volver a vivirla, salvarse así de lo ennegrecido cotidiano. En algún lugar, tal vez alguien recuerde esto, descubra los itinerarios y los publique. Me gustaría ver a hombres y mujeres persiguiendo fantasmas por la calle tras haberse revelado el azar, la certeza de repentinas proximidades y coincidencias alucinantes, pero qué más da ya. Tal vez ya no sea París, sino otra ciudad con, acaso, nuevas intersecciones. Otras personas, otras ciudades, impregnadas de la misma esencia, la misma membrana que veo ahora entre mí y las cosas.

Miro por la ventana. Afuera nieva. Todo parece congelado bajo esa capa blanca que cae sin tregua.

31

Bagneux, en la frontera entre Hauts de-Seine y Val-de Marne. Una mujer le señala la dirección, pero al llegar ahí descubre que no es la torre correcta. Regresa, se para en el centro y vuelve a buscar el edificio dentro del complejo sistema de letras y números que da sentido a la IMSS Narvarte.

Da con la puerta de madera pintada de color blanco. Hay un timbre al lado derecho. Toca una vez. Oye a una niña que grita, mientras una mujer le pide que se calle. La puerta se abre.

—¿Nadia?

—¿Sí?

—No me conoces. Me llamo Arturo. Conocí a Luis.

—¿Luís?

—Me llamo Arturo, y... Nadia, escucha: vine de Paris para dejarte esto.

Arturo levanta las manos.

—¿Qué es?

—Tenemos que hablar.

—Natalia, ve a tu cuarto.

Arturo ve a la niña recoger sus juguetes y entrar en la habitación.

—Pasa. ¿Quieres tomar algo?

Por alguna razón aquel lugar le recuerda al local de la tarotista. Tal vez sea por la iluminación, o por las figuras de porcelana encerradas dentro de cajas de cristal. Frente a él hay un cuadro de unos caballos que galopan junto a lo que parece ser una granja

Nadia se dirige a la cocina y sirve jugo de naranja en dos vasos.

—Ten.

—Gracias.

—¿Tiene alcohol?

—Un poco. Perdón, me decías que...

Arturo deja el vaso en la mesa y se asoma por el pasillo.

—Me decías que venías a dejarme algo insiste ella, impaciente.

—En realidad, te lo he dicho ya varias veces.

Hay pocos momentos en los que a Los hombres les es dado ser elocuentes, y éste no es uno de ellos. Arturo se atropella, omite fragmentos, deja puntos suspensivos que Nadia no comprende.

—No conozco a ningún Luis. No sé de qué me estás hablando.

—¿Éste es tu número de celular?

—Sí. Bueno, lo era. Lo cambié porque me intentaron extorsionar.

Arturo da un trago al jugo.

—¿Siempre tomas por la mañana? —pregunta

Nadia se vuelve hacia la ventana. Tiene una sonrisa amplia pero inusual, replegada bajo unos ojos marrones. Nunca había visto unos ojos como los suyos. Toda ella es una mirada atenta, como si nunca fuera a bostezar.

—A veces. Me ayuda a mantenerme alerta.

—La policía pensó que conocías a Luis porque te había llamado pero, por lo que entiendo, en realidad el tipo solamente buscaba sacarte dinero.

—Eso parece, Sherlock.

Un error. ¿No es así como nacen todas las cosas? Es algo increíble el hecho de coincidir o, en otra escala, el de sobreponer dos mapas tratando de encontrar una ciudad en otra. En el trayecto, conocer a una mujer o a otra. Imposible desde el punto de vista de la probabilidad y, pese a ello, estar sentado frente a una de ellas, pensando en todas las decisiones que tuvieron que tomarse para llegar a este momento. Habría bastado con cambiar una variable: no haber ido a trabajar ese día, que Luis hubiera decidido asaltar otra farmacia, haber estudiado otra carrera o que Luís hubiese marcado otro número, para que nada de esto hubiera sucedido.

Asombroso, y entonces recuerda que su padre tenía la costumbre de estampar su nombre en sus libros con un pequeño sello que mojaba en un cojín con tinta roja. Un día, mientras viajaba en un pesero, olvidó un libro de Artaud en el asiento. Años después Arturo lo encontró en el tianguis del Chopo, con la rúbrica escarlata aún en La primera hoja. Encontrar a Nadia es encontrar esas

líneas de Artaud: «*Sinistre fonction qui est de maintenir l'envoutement sur moi, de continuer à faire de moi cet envout éternel*».

—Qué locura —susurra.

Nadia lo mira con curiosidad. Sus dedos son ligeros y juegan con una bolita de papel que sostiene entre los dedos.

—Necesito otro trago.

Se levanta y Arturo la mira mientras ella se sirve más jugo de naranja con vodka.

—Nadia, tu nombre en ruso es Nadege, ¿sabías?

—No —contesta sin mucho entusiasmo.

Arturo deja la caja sobre la mesa y se pasa las manos por la cara. La niña sale de su habitación y camina hacia él.

—¿Qué es esto?

Toma la caja, la sacude, pero Arturo se la quita de las manos.

—Es un regalo para tu mamá.

—¿Y tú quién eres?

—¡Natalia!

—Un amigo.

—¡Natalia, vete a tu cuarto!

La niña hace un mohín y sale gritando:

—¡Se lo voy a decir a mí papá!

Nadia se queda callada.

—Creo que tengo que irme.

—¿Adonde? Quédate un poco más.

—No puedo, tengo que ir a la Arena México. Hoy hay función.

32

Noemí baja las escaleras envuelta en la oscuridad para después asomar como un resucitado a la luz del poste. Mete la llave en el cerrojo y abre la puerta de metal.

—¿Dónde te habías metido?

—¿Estás bien? Te ves fatal

—Estoy enferma. No he dormido nada estos días.

Arturo lleva sus dedos a las ojeras de Noemí y ambos suben en silencio las escaleras. Las luces de la casa están apagadas y unas cuantas velas alumbran las esquinas.

Arturo recuerda aquella vez que entró y se acostó en esa cama. Colocó su mano frente el techo tratando de hacer empatar la cicatriz con las líneas del tabique. Extiende el brazo en la misma dirección y cierra un ojo, y piensa cómo todo regresa sobre sí mismo.

—¿Recuerdas la fiesta a la que fuimos después del Patrick Miller?

—Sí, ¿por?

—No sé, me acordé. Ven, acuéstate.

La abraza, siente sus costillas bajo su mano.

La música entra por la ventana: algún vecino ha puesto salsa.

—Siempre hay un amor perdido.

—¿Qué?

—En la salsa. Se canta a *la recherche de l'amour perdu*. El otro como Edén.

—No te entiendo.

—No importa.

Arturo se sienta sobre ella y la besa, le toca los senos.

—No estoy de humor —dice ella, pero Arturo toma sus brazos y utiliza su peso para evitar que se mueva.

De los bordes del somier de latón cuelgan las telas de siempre, nudos dispuestos a apretarse.

—Arturo.

—¿Qué se siente al estar al mando?

Toma las telas y anuda sus muñecas.

—Nunca me habías atado.

Arturo se para y busca la caja de cuero negro entre las gavetas.

—¿Qué buscas?

—Esto. ¿Dónde está la llave?

—En la cómoda, al lado del aretero.

Abre la caja y saca una navaja de barbero. Separa la ropa de Noemí de su piel y la rasga, dejando expuesto su pecho desnudo. Noemí lo mira con las pupilas dilatadas. Arturo le quita el pantalón y mete la navaja entre el hueso de la cadera y sus calzones y jala hacia arriba, dejando su pubis al descubierto.

—¿Hasta dónde te han llevado estos pies? —pregunta mientras los besa y aprieta los nudos.

Camina al baño y toma jabón y un vaso de agua.

—Sabes, Noemí, siempre me pregunté por qué no te sacó de onda lo de Archundia.

Vierte agua sobre el vello y frota el jabón para formar una breve espuma. Moja la navaja y comienza a rasurar el área de arriba hacia abajo. Disfruta del sonido que hace al quitar los pelos, un breve crujido antes de dejar la piel expuesta.

Noemí respira agitada. Arturo ve cómo sus pies se estiran mientras él se acerca a sus labios vaginales. Deja la navaja y toma un vibrador.

—Y luego, ayer, fui a buscarte a Trocadero. Siempre me ha parecido curioso que las cosas siempre se acomoden por cuestión de segundos. Bien pude llegar antes, o después, y todo se hubiera desarrollado de forma distinta.

Prende el vibrador y lo inserta en la vagina de Noemi.

—Creo que ahora te entiendo un poco mejor. Tengo ganas de hacerte daño, aunque no me siento excitado. ¿Cómo se cruza esa frontera? ¿Qué es lo que se tiene que romper para lograrlo?

—Nunca podrías. ¿Has escuchado el sonido de un hueso al romperse? Una vez le rompí las costillas a un novio. Tomé un palo de escoba y lo azoté contra su cuerpo. Una costilla rota flota dentro del cuerpo, es un dolor constante. ¿Podrías hacer algo así, Arturo?

Él toma el fuste y decide pegarle en los pies. Noemí comienza a reír, pero Arturo pega con más fuerza, una y otra vez. Extiende sus golpes a los muslos, a su estómago, a sus tetas.

—Me pidieron matar a un hombre y recoger una maleta. Llegué ahí y ubiqué la puerta roja. Estaba abierta, como me dijeron. La atravesé. Vi el pasillo y era justo como me lo imaginaba: estrecho, cubierto con pintura de aceite. Manchas en el piso y una luz fría al fondo. Caminé, giré a la derecha donde tenía que hacerlo. Llegué a un cuarto grande, dividido en tres por filas de taquilleras. Al fondo vi las sombras de dos sujetos. Hablaban poco. Ubiqué el casillero y lo abrí: ahí estaba la pistola. Era pesada y no sabía si sólo tendría que poner mi dedo en el gatillo para disparar.

Arturo sigue golpeando, cada vez más fuerte. La salsa sube hasta ellos desde el otro departamento, acompañada de risas y gritos.

—¿Imaginar algo es lo mismo que hacerlo? Pensé en lo que vería: dos luchadores de espaldas a mí, terminando de ponerse vendas, mallas, máscaras. Me imaginé en medio de las sombras, levantando la mano con la pistola como en una mala película noir, con mi sombra reflejada sobre la pared hasta el momento en el que se escucharan los disparos, bam, bam. El relámpago del percutor, el calor escapando de sus cuerpos.

Avienta el fuste a un rincón y saca el vibrador.

—Me quedé parado con la pistola en la mano. Mi mente ya estaba concentrada en el momento en el que tendría que salir y correr hacia el coche, pero mi cuerpo seguía allí. Mi mirada se clavaba en dos lugares a la vez: la secuencia que Archundia había detallado la noche anterior y ese presente eterno con la pistola temblando entre mis dedos. Luego escuché una voz que anunciaba la lucha especial.

Arturo se quita la ropa y se acuesta desnudo sobre Noemí.

—Los vi. Un hombre tocó el hombro del luchador y me señaló. Vi su rostro con horror. Cerré los ojos y escuché dos disparos. Cuando los abrí, Luis estaba tirado en el suelo, con un agujero en su ojo izquierdo. El otro tipo había desaparecido.

Siente la humedad de Noemí y entra.

—Yo no era el que había disparado, pensé. La pistola estaba fría, pero en el aire persistía el olor a pólvora. Arrojé la pistola al suelo y corrí. Ni siquiera pensé en la maleta que tenía que recoger. Seguí una sombra a través de pasillos infinitos. Una voz pidió al público que desalojara el recinto. Luego escuché sirenas, el aullido de una ambulancia o una patrulla, Sin darme cuenta, me encontré en la calle. Había oscurecido y todo mundo comentaba algo acerca de un muerto y un par de disparos. Me sumé a un grupo que caminaba hacia la Rué de Sevres y me perdí entre ellos.

Noemi muerde el hombro de Arturo. Sus brazas se agitan, toda la cama tiembla bajo el chillido agudo que lanza al vacío.

—Entonces me vine para acá. Tenía ganas de vomitar. No podía sacarme de la cabeza la imagen de ese tipo tirado en el atrio de Notre Dame. Corrí y, al llegar aquí, bajaste como un espectro y abriste la puerta.

Noemi alarga un suspiro. Su cuerpo ha dejado de oponer resistencia y respira agitada bajo el cuerpo de Arturo. Él también ha acabado.

—Tú eras quien estaba ahí, ¿no es cierto? Fuiste tú quien disparó.

—No sé de qué fregados me hablas.

Arturo se levanta y va al baño. Se echa agua en la cara y al mirarse en el espejo ve el rostro de Luis.

—¡Putra madre!

—¿Qué pasa? —grita Noemi desde la cama.

«Será mejor que me vaya. Tomaré algunas cosas del depa y me iré al Mediterráneo. ¿Dónde estaba el Lugar ese en el que vivía Montaigne?»

—Tengo que irme. —Toca el pie derecho de Noemí y luego besa sus dedos —. Es una lástima, Noemi.

—Desátame.

—Será mejor que no lo haga.

—Te digo que me desates, pinche Arturo.

—¿Escuchas eso? Las paredes se empiezan a caer.

—¿De qué chingados hablas?

—Que sais *je*? Creo que es un cancán. Pensé que era la salsa, pero no. Viene de otro lado.

—Es la salsa.

—No. Es un cancán. Lo mejor será que abra esa puerta y me vaya.

—Ven aquí, cabrón. No puedes dejarme así.

—Tengo que irme ¿Escuchas? Archundia ya ha estacionado abajo. Viene fumando. Además, tú eres su amante. ¿Qué estoy haciendo?

—¿Quién es Archundia? ¿De qué coños estás hablando?

—Tal vez un día nos encontremos en París. Con Nadia y Luis. Iremos a comer y recordaremos todo esto como un mal sueño.

Termina de vestirse y sale del departamento. Cuando llega a la calle todo está sumido en un terrible silencio. Mira hacia arriba y ve el cielo arder.

—¡Noemi!

El edificio está envuelto en llamas. Las brasas se alzan y ascienden hacia el cielo.

—¡Noemi! ¿Qué has hecho?

Regresa hasta la puerta, pero no se abre.

—¡Noemi!

Dentro se sigue escuchando ese cancán infernal.

—¡Ábreme!

El fuego no lo deja entrar. Observa el departamento consumirse bajo los lengüetazos del fuego. Afuera, los vecinos observan desde sus ventanas.

—¡Rápido! ¡Llamen a los bomberos!

Pero ellos no hacen más que mirar el fuego, hipnotizados. Unos cuantos aplauden, como si se tratara de un juego.

—¡Malditos!

Vuelve a la calle y corre hacia la Alameda. «Tal vez Noemi ha salido después de mí —piensa—, antes de que iniciara el incendio. Tal vez está ya con Archundia.»

Sigue corriendo, arrastrando por París el desastre irreparable del fuego.

Saint Louis - Notre Dame - Sainte Chapelle

En un inicio París estaba dividido en cuatro barrios: Moyotla al suroeste; Teopán Zoquipan al sureste; Cuepopan al norte y Atzacualco al noreste. Es en Cuepopan «donde las flores abren sus corolas» y donde está ubicada la rue Saint Louis, desde donde puede contemplarse la vista de la arquitectura moderna de París. Después de la Revolución. Carlos Obregón Santacilia, bisnieto de Benito Juárez, quedó a cargo de la renovación de la ciudad, y destruyó el París medieval para erigir una nueva ciudad que favoreciera las grandes avenidas. Mercerías, tiendas de telas y de electrónica, todas ellas llenas de baratijas que jamás se venderán, se sitúan en la rue Saint Louis, al lado del Seine. Baudelaire se hospedaría en l'Hôtel de Lauzun una temporada, poco antes de su muerte.

En República de El Salvador, 97 se halla Notre Dame. Ha oscurecido y parecen estar a punto de cerrar.

Aquí podemos situar el punto donde comenzó la historia de París. Construida a partir de 1163 por la iniciativa del obispo Maurice de Sully, Notre Dame en un principio una botica para la elaboración de fórmulas herbolarias. Terminada noventa años después, es ahora una de las farmacias góticas más antiguas de Europa, la última de las grandes farmacias in foro.

Te paras en la frontera que separa el pequeño supermercado de los anaqueles de la farmacia. Sientes un mórbido placer al ver las recetas, las

cajas numeradas, los detalles dorados que dan forma a esos aparadores transparentes llenos de medicamentos.

Un hombre entra corriendo, agitado. Es Arturo, el que te ha dado la caja. Intentas acercarte, pero entonces aparece otro hombre y lo toma del brazo. Desde donde estás, escuchas una conversación a gritos.

Arturo. Tal vez ésta sea la oportunidad para cerrar la brecha, unir los puntos entre la realidad y el deseo.

—¿Dónde putas estabas? No has venido en dos días, y de Gonzalo tampoco sabemos nada.

Parpadeas, pero parece que el tiempo se ha alargado, que en realidad has cerrado los ojos y al abrirlos todo es diferente. ¿Cómo explicar que las cosas cambien en un instante? No se trata de una catástrofe, sino de algo más, algo que tal vez todo el mundo estaba esperando.

Miras hacia el techo y ves cómo la farmacia se desmorona y en su lugar se levanta otro edificio: columnas, arbotantes y contrafuertes, un pasillo y un altar. Al fondo, el Cristo. Todo ahí es un universo completo, piedra y vidrio que reverberan en otra síntoma, ajena al clamor de los cláxones y los gritos de su gúey.

Arturo sale corriendo y una mujer desde el mostrador lo llama a gritos. No necesitas ver más para entender lo que quiere decir. Metes el mapa, los libros, las anotaciones y algunas fotografías en la caja y caminas hacia la mujer, que sigue mirando hacia la calle.

—Ten —dices—. Me harías un favor enorme si te quedas con esto. Era de él.

Te das la vuelta para mirar el trío de rosetones del fondo y piensas en Natalia. Si tan sólo la hubieras despertado ese día, si tan sólo hubieran escapado juntas... Lo que te duele no es esa manda incumplida, sino el hecho de haberte olvidado de ella hace ya mucho tiempo.

Te persignas y sales a aquellas calles abarrotadas de gente, automóviles y recuerdos. Notre Dame se quedará ahí, perpetuada en República de El Salvador, 97, siempre y cuando los peregrinos sigan llegando con sus recetas. Casi has llegado al final. Te llevas la mano al bolsillo del abrigo y palpas con los dedos el frío revólver. Suspiras y caminas hacia el último punto de tus itinerarios: la Sainte- Chapelle, entre Isabel La Católica y República de Uruguay.

Las gárgolas son las únicas que siguen tu trayecto.

33

Llega a la farmacia. El incendio brilla sobre el horizonte.

—Arturo...

Pero el gerente interrumpe a Gema y lleva a Arturo a la bodega.

—¿Dónde putas estabas? No has venido en tres días y de Gonzalo tampoco sabemos nada. —Su voz parece venir de otra parte, como si se alzara desde el fondo del piso—. Su celular está muerto. ¿Saliste con él, no? ¿En qué chingaos andan metidos? De una vez te digo...

Notre Dame cruje, se abre frente a ellos extendiendo los ciento treinta metros de la nave central en el diminuto espacio de la bodega. En lo alto, las columnas rompen el techo y se elevan sobre sus cabezas.

—No puedo comprometer mi chamba, y tú lo sabes.

Arturo abraza su cuerpo. Le parece demasiado cercano, como sí no lo hubiera sentido en meses.

—Te he echado la mano un buen de veces, pero si acaso alguna vez pensaste que...

Por encima de ellos se van tejiendo las cúpulas, los vitrales.

—Tengo que irme.

—¿Qué? Si cruzas esa puerta, Arturo, estás despedido.

Ni siquiera lo escucha; sale corriendo hacia la calle. Gema lo ve salir y le grita algo incomprensible desde una de las bancas de madera. Frente a ella ciudad aide.se desmorona. El centro se derrumba y desde las cenizas se eleva otra cosa: torres, gárgolas, detalles barrocos sin sentido.

Una llamada a su celular. El identificador dice que es su madre.

—¿Bueno?

—Arturito, hijo, ¿cómo estás?

Cuelga, aterrado. Toma la Rué des Bernardins hasta la *église* Saint - Nicolás du Chardonnet GLORIA DEO PAX TERRAE.

—Padre, ¡padre!

La encargada de la tienda se queda mirándolo.

—Hay una iglesia que atraviesa 20 de Noviembre —dice, incrédula.

—Recuerdo haber estado aquí antes. *Mon Dieu, que votre Saint Nicolas du Chardonnet est une chose triste! Décrépité, lézardée, crevassée!*

Un hombre lo toma del brazo y lo lleva a la salida.

Arturo se libera del guardia y corre hacia la esquina. París se desborda. A su alrededor los edificios surgen de las minas de una Ciudad de México que nunca será la misma Golpea a alguien y le quita su bicicleta Baja por la Rué Monge y dobla por la Rué Lacépède para tomar luego la Rué Tournefort, donde un taxi casi lo atropella

—*Va t'faire mettre, connard!*

—*Ta gueule, toi!*

Con un poco de suerte estará en casa al cruzar la siguiente calle. Abandona la bicicleta en la acera y sube las escaleras corriendo. Lo único que tiene que hacer es abrir la puerta y mirar por la ventana y descubrir que ahí está, ahí ha estado siempre la calle donde vive, en la Doctores.

Cruza la sala y llega al balcón. Mira con alivio que Chimalpopoca, 20 de Noviembre y 5 de Febrero siguen ahí. Respira agitado. Tiene una sed terrible. Va a la cocina y se sirve un vaso de agua. Cuando regresa a la sala, ve a una mujer sentada en el comedor.

—Hola, Arturo.

—¿Quién chingados?

—Soy Jeanne.

—¿Jeanne?

—Jeanne Hébuterne, zopenco.

—¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? Vivo aquí.

—No puede ser. Aquí vivo yo. Y tú estás muerta.

Jeanne camina hada el balcón.

—París ha cambiado mucho.

Arturo la sigue. El nudo de calles se funde en un río gris que luego se

petrifica y se rompe como un huevo duro. De los fragmentos nace de nuevo aquella calle diminuta de París, con los postes negros que marcan el límite de la acera.

—Así está mejor.

—No.

—¿No qué? Querías vivir en París. ¿No te agrada la vista?

Arturo entra en casa y se echa agua en la cara.

—Conozco bien esta calle, ¿sabes? Hasta podría decir que conozco bien la baldosa que está justo debajo de nosotros. La he visto muy de cerca. *Merde, que je suis malheureuse!*

Arturo sigue echándose agua en la cara, temblando.

Jeanne lo observa desde el balcón. Luego camina hacia él y lo toma del hombro.

—Ten.

—¿Qué es?

En la mano tiene una caja de cerillos.

—Hay que contribuir a los aullidos de la noche.

La vista desde el balcón se apaga, la luz mengua poco a poco.

—Prende fuego a todo, como hiciste con Noemi.

—Yo no lo hice.

—Una ciudad tiene que morir para que otra nazca.

Arturo sostiene los cerillos y los avienta al suelo.

—París aún no está completo allá afuera. Tienes que hacerlo, hacer estallar todo en un carajo. ¿Qué? ¿Me vas a decir que quieres regresar? ¿Que hay algo para ti en aquella farmacia?

—«*Estrella, de colores que se apaga, piedra que nos cierra las puertas del contacto.*»

—Deja a Paz en paz, Además, todo esto no es nuevo para ti. Ya lo hiciste antes, ¿recuerdas? Cuando intentaste quemar la casa de tu madre. Me recordaste al tipo ese que quemó el Casino Royal en el ochenta.

Arturo no contesta. Intenta salir del departamento, pero la puerta está atrancada.

—Esto no está pasando.

—¿Qué cosa? ¿París? ¿Yo? ¿Tu incapacidad para abrir una puerta que ni

siquiera está cerrada?

La voz ha cambiado. Ya no es Jeanne la que habla, sino Luis.

—¿Qué has hecho con Jeanne?

—Saltó. En 1920. Iba a tener un hijo, ¿lo sabías?

—Claro que lo sabía.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿O es que tienes que leer tu horóscopo antes?

Arturo se queda callado. Va a la cocina y toma una cerveza.

—Fui a verte, ¿sabes? Fui a verte a ese jodido lugar. Estabas hecho una mierda. Una mierda. Nadie se acordó de ti. Nadie te fue a buscar mas que yo. Fui el único. Me debes mucho, mucho, hijo de la chingada.

Luís se encoge de hombros.

—Es bonito París. Nunca pensé que llegaría a ir.

—¿Por qué no?

—Parecía tan lejano.

—¿Quieres un trago?

—No, gracias.

Arturo se queda callado y vuelve la vista hacia la calle; la Ciudad de la Luz ha regresado.

—Está chingón París. Míralo. Parece palpar, tener vida. Puedes quedarte aquí para siempre. Sólo tienes que recoger los cerillos y prenderle fuego a todo. ¿Tienes alcohol en algún lado? ¿O aceite? Será como el último viaje de un rey.

—¿Último viaje?

—Es un decir.

Arturo le da un trago a su cerveza y se apoya en la barandilla del balcón.

—Esta imagen me había rehuído durante meses. Por más que cerraba los ojos, no me era posible verla.

Ambos se miran.

—A todo esto, ni nos parecemos.

—No te distraigas. —Luis le tiende los cerillos—. Te queda poco tiempo.

—¿Por qué haces esto?

—¿Todavía no te das cuenta?

Arturo baja la vista. Está llorando en medio de la sala de la casa de sus padres. A su nariz llegan todos sus olores; tela vieja, polvo acumulado, naftalina, plástico, tinte de pelo.

—¿Qué pasa, hijo?

Es un niño de nuevo. Sus padres miran la televisión y él está llorando.

—Me oriné.

—No te preocupes.

Arturo mira Arturo, su padre, sentado frente a la luz azulada que parpadea ante él. Quisiera decirle tantas cosas, pero es sólo un niño.

—Ven, te cambio— le dice su padre.

Lo levanta en brazos. Sonríe, dice algo que él no escucha.

—¿Qué?

Su padre sigue hablando, pero Arturo no logra entendería.

—¡Repítelo!

—Quémalo.

Sus labios se mueven a cámara lenta. Cuando levanta la vista, es Luis el que habla.

—Quémalo todo.

Tiene los cerillos en la mano. Todo el departamento huele a alcohol.

Arturo se limpia la cara y se suena la nariz. La oscuridad avanza hacia él, apagando el horizonte, el balcón, el departamento. Luis ha desaparecido. Quiere tocar su cuerpo, pero ya no hay nada, tan sólo la sensación del tacto sobre la caja de cartón.

Eso y la penumbra.

A lo lejos escucha pasos. Una puerta que se abre.

Toma uno de los cerillos entre los dedos y lo sostiene contra el costado de la caja.

Llora incontrolablemente.

Una lengua de fuego acaricia la oscuridad.

0

No volví a ver a Noemí. Ni a Gema ni a Gonzalo. Estaba en casa, solo, cuando recibí una llamada. Era Nadege.

—Gracias por la caja —dijo. Hubo una pequeña pausa al otro lado de la línea—. ¿Nos podemos ver? —preguntó.

—Seguro —respondí, y nos citamos frente a la Sainte Chapelle.

Mientras caminaba por el Quai du Marché Neuf escuché un ruido sordo, como el eco lejano de algo al caer. Corrí y giré por el Boulevard du Palais.

El lugar estaba vacío, salvo por Nadege, sentada en las escaleras frente a la capilla. Nos abrazamos. Se veía pálida.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —me preguntó.

—¿Cuánto? No sé qué quieres decir.

Puso su dedo en mis labios para interrumpirme y me besó como si no hubiera besado a nadie en toda su vida. Nos quedamos así abrazados un largo rato. Sentí manar de su cuerpo calor, luego humedad. Poco a poco fue desfalleciendo y se dejó caer entre mis brazos.

—¿Nadege?

En el centro de su pecho tenía una gran mancha de sangre.

—Estoy aquí, Arturo.

Sus dedos se relajaron y dejaron caer un revólver. La bala había entrado por su seno izquierdo.

—¿Qué significa errabundo?

—Es como errante, Nadege. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Errante. De error, ¿cierto?

Grité, pedí ayuda En español. En francés. Pero estábamos solos.

—Qué bueno que todo termine aquí.

Me pareció que dijo esto como una llave que se rompe, coma agua que se tira por una coladera.

—No hables. Te pondrás bien.

La dejé en el suelo y toqué la puerta de la Sainte Chapelle. Quería que alguien me abriera y Nadege pudiera ver el crucifijo, pero nadie contestó.

—Te seguí, Arturo, ¿no es así? —dijo, frágil y desesperada.

—Si —contesté.

Tras decir esto sus ojos se perdieron en el fondo de sus párpados. Grité su nombre varias veces, pero me di cuenta que había perdido para siempre su mirada. La abracé un largo rato. No sé cuánto tiempo pasó. Me sequé el rostro y la acosté frente a la capilla. Sus labios se veían blancos, casi tan blancos como su piel. En ese momento empezó a nevar de nuevo. Pensé que tendría una tumba inmaculada, con una flor roja en el pecho. En el funeral de cada uno de mis padres leí un poema, pero ahora no se me ocurría ninguno. Tal vez un día podría escribirlo.

Pasé mis dedos por su cara y besé sus labios fríos. Nadege. Coloqué sus manos entrelazadas sobre su estómago, como si fuera una reina o una virgen, y la dejé allí, en su tumba blanca, mientras mis pasos me llevaban devuelta a casa.